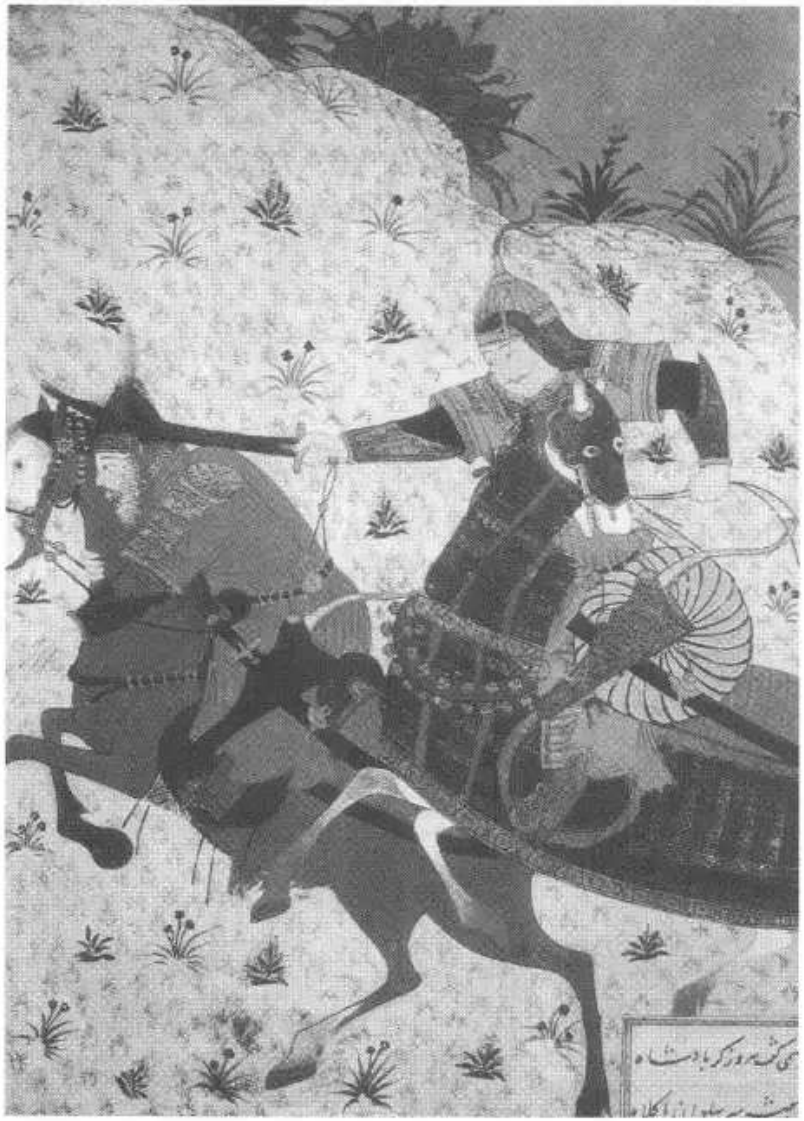


Hakim Abdul-Qāsim Firdusi

El libro de los reyes

Historias de Zal, Rostam y Sohrab

Traducido del persa por Clara Janés y
Ahmad Mamad Taherí

Alianza Editorial

Título original: *Shahnameh*

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© de la traducción: Clara Janés Nadal y Ahmad Mamad Taherí, 2011
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2011
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15; 28027 Madrid;
teléf. 91 393 88 88
www.alianzaeditorial.es
ISBN: 978-84-206-6330-2
Depósito legal: M-35.650-2011
Composición: Grupo Anaya
Impreso en Fernández Ciudad, S. L.
Printed in Spain

SI QUIERE RECIBIR INFORMACIÓN PERIÓDICA SOBRE LAS NOVEDADES DE ALIANZA EDITORIAL, ENVÍE UN CORREO ELECTRÓNICO A LA DIRECCIÓN:

alianzaeditorial@anaya.es

Prólogo

El libro de los reyes (Shahnameh) es una de las obras maestras de la literatura universal. Escrita por Hakim Abdul-Qāsim Firdusi entre finales del siglo x y comienzos del xi, constituye la epopeya nacional de Irán, es decir, de Persia. Dadas sus dimensiones, la presente edición recoge sólo un extenso fragmento del libro, el que gira en torno a su héroe más emblemático: Rostam. La obra, de hecho, abarca la historia y la leyenda del pueblo persa desde la creación hasta su conquista por los árabes, cuya victoria supuso un cambio religioso al imponer el islam. Durante el largo periodo que sucedió, la refinada civilización autóctona no desapareció, sino que, en algunos casos, los mismos emires, fundamentalmente los samánidas, se ocuparon de conservarla, fomentando el desarrollo cultural y la creación poética. En este ambiente inició Firdusi la escritura de su epopeya.

La historia

El Imperio persa, primero con la dinastía aqueménida, fundada por Ciro II el Grande en 550 a.C. y desaparecida con la conquista de Alejandro Magno en el 331 a.C., y, más adelante con la sasánida, que permaneció desde que Ardeshir I subió al trono en el 226, hasta la victoria musulmana de las llanuras de al-Qadisiyyah en el 637, vivió periodos de inmensa grandeza y también interregnos y continuas guerras. Las raíces de dicho imperio se remontan a las migraciones que, alrededor del 1400 a.C., llevaron a cabo distintos pueblos arios, entre los que figuraban los persas, que se instalaron en Irán, meseta de Asia, al sur del mar Caspio. Esta zona fue además ocupada sucesivamente por otros pueblos, como los guti, los elamitas, los partos o los selyúcidas.

Si después de la derrota del último rey meda, el aqueménida Ciro II extendió su dominio a gran parte de Mesopotamia, sus sucesores fueron vencidos en las Guerras Médicas, al intentar apoderarse de las ciudades griegas. Posteriormente, el imperio fue conquistado por Alejandro Magno, y, tras un breve periodo macedonio, de escasamente once años, con la Partición de Babilonia (323 a.C.) se iniciaron una serie de fluctuaciones en el poder. La Partición dio el predominio, por encima de los persas, a los turcos selyúcidas. Los partos, que habían sido los primeros en reconocer a los aqueménidas, constituyendo una de las satrapías más importantes, pasaron a estarles sometidos, pero durante el siglo II a.C. lograron imponerse. Unos cuatrocientos años después, en cambio, el Imperio parto tuvo que ceder ante los persas sasánidas. Éstos desplegaron su fuerza y, durante el llamado Imperio Medio, extendieron sus fronteras desde el Éufrates al Indo, incluyendo Capadocia, Armenia y Georgia, alcanzando hasta Tashkent. Su influencia cultural llegaba a Europa occidental, África, China e India, e incluso al mundo islámico, de modo que la conquista musulmana tuvo, en cierto modo, un carácter de renacimiento persa.

La complejidad con la que hoy se nos presentan todas estas sucesiones históricas se debe en parte a los distintos pueblos, cuya preponderancia variaba y provocaba luchas. Se trataba, de hecho, de pequeños reinos todos sometidos al soberano del Imperio, el llamado Rey de Reyes.

Un momento decisivo en la historia de Persia tuvo lugar en el siglo VII, cuando se inició el interregno de dominio musulmán (636-1501) con la derrota de los sasánidas, última dinastía preislámica que gobernó Irán. Tras la conquista, se produjeron constantes revueltas contra los invasores, sobre todo en la provincia de Fars. Los omeyas (661-750) no valoraron la civilización y la sensibilidad del pueblo dominado, pero sí lo harían los abasidas, sus sucesores, que subieron al poder, en parte, gracias a las revueltas de Jorasán. Éstos trasladaron la capital a Bagdad, cerca de las ruinas de la capital sasánida Ctesifonte, un gesto ambiguo que tanto afirmaba su triunfo como la orientación persa del nuevo califato. Muy significativo fue el hecho de que al-Ma'mun, cuya madre era persa, nombrara primer ministro a Fazl ben Sahl, igualmente persa.

El debilitamiento gradual del califato, sin embargo, explica que en el siglo X las dinastías locales controlaran gran parte de Irán. Incluso en Bagdad, llegaron a gobernar los buyidas, que se consideraban descendientes de los sasánidas, utilizaron el título de Rey de Reyes y celebra-

ron los antiguos festivales zoroastrianos. En el noreste, los samánidas, hombres cultos y de talento, decían descender igualmente de un sasánida: Bahram Chubineh. En su corte, más que el árabe, se hablaba el nuevo persa, que se había desarrollado tras la conquista, lo que impulsó el florecimiento de una pléyade de poetas en el Jorasán y la Transoxiana. Los emires samánidas verían su ocaso en el año 1010, derrocados por los gaznavíes, de origen turco procedentes de Asia Menor.

Vida y leyenda

Cuando nace Firdusi, el gobierno está todavía en manos de un samánida, pero cuando muere habrá pasado a los gaznavíes. Este cambio marcará la leyenda, quien sabe si con base en la realidad, que se teje en torno a sus últimos días y la recompensa por su magna obra *El libro de los reyes*.

Firdusi nació en Tus, en el Jorasán, cerca de la actual Mashad, entre 932 y 941, y murió entre 1020 y 1025. Pocos datos han llegado de su vida, si bien parece que no se movió de su provincia, entonces llamada el Gran Jorasán, pues abarcaba lo que es hoy el noreste de Irán, llegando por el norte hasta Samarcanda y Bujara (Uzbekistán), parte del actual Tayikistán y del oeste de Afganistán. Se sabe que Firdusi era un terrateniente noble de pura raigambre iraní (un *deqhân)* y que, como los miembros de su clase social, deseaba mantener sus tradiciones y su cultura frente a los nuevos valores introducidos por los árabes. Éste pudo ser uno de los impulsos que le llevara a la escritura de la epopeya.

Treinta años, y casi toda su fortuna, dedicó el poeta a este empeño, que coronó en 60.000 versos. El escritor Nizami Aruzi afirmó que Firdusi «disfrutaba de una situación privilegiada y sin necesitar de otros»; sin embargo, entregado a su labor creadora, con el paso del tiempo gastó su capital y llegó a verse en la necesidad de vender muchas de sus tierras. Si en la creación de *El libro de los reyes* le movía su espíritu patriótico, contaba además con el estímulo de algunos nobles que menciona incluso en el libro. La leyenda, según la cual el sultán Mahmud buscaba un poeta para que escribiera en verso la historia antigua y eligió a Firdusi, no coincide con los documentos conservados. La fecha de conclusión de *El libro de los reyes*, claramente mencionada por el autor, es anterior a la llegada del sultán Mahmud al trono. Por otra parte, la naturaleza del sultán, sus características raciales y su modo de actuar indican que no pudo ser el impulsor de esta obra. Pero acaso Firdusi, una vez concluida, habiendo perdido ya sus principales apoyos y recursos económicos, pensó en dedicarla a Mahmud para conseguir cierto bienestar y tranquilidad durante sus últimos años, y, por otra parte, lograr apoyo para la edición del libro. Cuando se lo envió a Mahmud, o él mismo se lo llevó en mano, éste lo trató con frialdad debido quizá a las intrigas de los envidiosos. Dolido, el poeta, después de este trance, vivió ya poco tiempo.

La leyenda más conocida y colorida dice, en cambio, que, una vez acabada la obra, Firdusi se dirigió a la corte de Mahmud esperando una prometida recompensa: una moneda de oro por verso escrito. Pero dado que el poema era un canto a los persas, persa era su héroe Rostam, y los enemigos, los turanios (turcos de Asia Central

como el mismo Mahmud), no salían muy bien parados, el sultán, en vez de monedas de oro se las dio de plata. Firdusi, indignado, dio esas monedas a un vendedor ambulante, satirizó a Mahmud, huyó a Herat, luego a Tus y finalmente a Mazandarán, donde encontró un protector en el rey local Shariyar. Según otra versión, Mahmud acabó por arrepentirse y envió al poeta, a Tus, la suma prometida, pero cuando los emisarios llegaron a la ciudad, él ya había muerto y estaban sacando de su casa el ataúd.

La obra

No era el de Firdusi el primer intento de elaborar poéticamente los acontecimientos históricos y las leyendas del pueblo persa, otros habían abierto el fuego. Existían ya el llamado *Libro de los reyes de Abú Mansur,* escrito en prosa por orden de Abú Mansur Tusí (gobernador de Tus y comandante del ejército de Jorasán), que fue editado por los zoroastrianos de Jorasán y de Sistán, bajo la supervisión de su visir Abú Mansur Moamarí. Esta obra se basaba a su vez en un conjunto de relatos y cuentos de *El libro de los señores (Jodainaméh),* de Ayatkar Zerirán, y de *El libro de los sucesos (Karnaméh),* de Ardeshir Babakán, y *La historia de Bahram Chubín.* Dichos relatos procedían de finales de la época sasánida. *El libro de los reyes* se distingue, en parte, porque en las leyendas que integra tienen mayor presencia los elementos arios o del *Avesta,* los elementos babilonios (en el episodio de Keikavús), griegos (en el de Alejandro) y judíos (en el personaje Djamshid, muy parecido a Salomón), mientras la parte histórica, que se refiere a la época sasánida, está permeada de elementos esotéricos.

Firdusi parte directamente de la obra del zoroastriano Daqiqi, joven de talento que se convirtió en panegirista de los samánidas y que fue misteriosamente asesinado en 980 por su esclavo turco, dejando un poema con mil versos escritos de modo algo rudimentario, donde relataba el advenimiento de Zoroastro y el establecimiento de su religión. Firdusi lo incorporó entero a su obra con algún comentario poco halagador, lo cual ha sido interpretado como un modo de dar prueba de su ortodoxia chiíta contra algunas acusaciones de favorecer al zoroastrismo.

Lo que caracteriza *El libro de los reyes,* junto a sus grandes dimensiones, es su estilo y el empleo de un persa casi puro, con muy pocos préstamos del árabe. El poeta se empeñó en ello, pero también es cierto que era una tendencia del momento, como demuestran otras obras conservadas.

Cuando Firdusi hubo concluido su tarea, escribió:

Con versos he consolidado un alto palacio,
que no dañarán vientos ni tormentas.
Mucho me he esforzado en estos treinta años:
el mundo persa he resucitado con la lengua persa.
Ya no moriré, viviré, desde ahora, para siempre
pues he sembrado, de la palabra, la simiente.

En vano se ha comparado *El libro de los reyes* con otros grandes poemas épicos universales como la *Ilíada,* si bien es verdad que en este caso hay un motivo: se presenta también el conflicto entre el rey y su principal caudillo, es decir, hay un paralelismo entre la relación de Aquiles y Aga-

menón y la de Rostam y Kavús. Con todo, ningún héroe de la *Ilíada*, por más que le ayuden los dioses, aparece tan hiperbólico como Rostam. Lo cierto es que la epopeya de Firdusi sólo puede parangonarse con la épica india del *Mahabharata* y del *Ramayana*. Dicha proximidad se da no sólo en sus dimensiones, sino en cierto modo de plantear determinados acontecimientos y actitudes de los héroes. Así, la figura de Kavús, rey que no es precisamente ejemplar, lleva a su autor a investigar en los dilemas del héroe que vive sometido a un superior incompetente. La naturaleza del héroe invencible le impulsa a proponer una ética a través de él, a pesar de las muchas contradicciones que los acontecimientos presentan.

Paisajes y conflictos

Un lector occidental que desconozca la obra, pensando enfrentarse con la historia persa, esperaría ver relatadas las hazañas de los aqueménidas Ciro, Darío o Jerjes, pero éstos están virtualmente ausentes hasta la aparición de Alejandro Magno, y el reino de Fars (Pars) es apenas mencionado. Los lugares donde transcurren los acontecimientos están fuera de los confines del actual Irán. De hecho, se trata del Gran Jorasán tal como era bajo los samánidas.

El conflicto básico del que parte *El libro de los reyes* es el que se establece entre Irán y Turán, es decir, entre Jorasán y la Transoxiana, y empieza con un fratricidio mítico, cuyo protagonista es Irach. Los habitantes de Turán son llamados turcos, debido a que al final de la época sasánida aquella zona estaba habitada por tribus tur-

cas que constantemente retaban a los iranios. Las leyendas recogidas, de todos modos, son, sin duda, anteriores y no todas de la misma procedencia. Acaso lo que resulta particularmente fascinante en la obra es la mezcla de leyenda con momentos en que el poema pasa a emplear material casi histórico, como sucede al final.

Muchos de los relatos legendarios insertos en el libro proceden del este. Dos tradiciones dinásticas diferentes se entremezclan, resultando muy llamativas las relaciones entre los kayanidas, que gobiernan Irán, y la casa de Narimán (Sam, su hijo Zal, el hijo de Zal, Rostam y su hijo Faramarz) que gobiernan en Sistán. Éstos, con todo, son a su vez campeones y consejeros de los kayanidas. La

fidelidad de Sam en este sentido, la merezca el rey o no la merezca en absoluto, es incuestionable, aunque es capaz de criticarlo. Rostam, en su crítica, va más allá al hacer frente en algún momento a Kavús.

Ciertamente los héroes y consejeros aparecen en la obra como superiores a los reyes. A nivel familiar sucede algo semejante, cuando, en más de una ocasión, un hijo muere a manos de su padre, así en el caso de Sohrab, que tan amorosamente intenta descubrir la verdadera identidad de su enemigo, que sospecha es su progenitor.

Rostam, sin duda, es el héroe que destaca por encima de todos. Hijo de una princesa india descendiente de un rey demonio árabe y de Zal, el educado fuera de la civilización por el fabuloso pájaro Simurg, es una figura liminar, que tiene la fuerza del que está en conexión con el mundo real y el sobrenatural, así como con el animal a través de su vestidura de tigre que actúa como talismán. Por otra parte, es experto en astucias, y su sobrenombre, «Dastán», significa «trampa». También sus armas son particulares: la maza y el lazo, tan antiguas que se remontan incluso a una época anterior a la Edad de los Metales.

Rostam es el héroe de toda la primera parte de la epopeya, un héroe con las características del noble ideal del momento, tan entregado a la lucha por la justicia como a los placeres de la corte, donde abundan las celebraciones de fiestas, los regalos y las cacerías. Se siente igual asando una cebra junto a un río, bebiendo vino con los nobles, que enfrentándose a todos los diablos moradores de la región de Mazandarán. Rostam es tan leal que rechaza la idea de ser él mismo un día rey del país.

De hecho, cada uno de los héroes aparece con características muy marcadas y son numerosos en el texto los

momentos ya de gran belleza lírica y poética, ya de fuerza emotiva y heroica; así, el episodio en que los magos someten a Zal a una serie de preguntas, la elección de *Rajsh*, el caballo de Rostam, o el combate de éste con el Diablo Blanco, por no mencionar la desgarradora muerte de Sohrab. Igualmente los personajes femeninos están bien definidos y se muestran llenos de iniciativa y dinamismo. Incluso, de pronto, nos sorprende la aparición de una hermosa doncella guerrera, Gordafarid, que pone en un brete al valiente Sohrab.

Cierta ambigüedad, sin embargo, se trasluce en la obra, debido, sin duda, a las distintas fuentes históricas manejadas por Firdusi, que podían ser contradictorias entre sí. Se diría que el poeta empleaba un método próximo al de algunos historiadores medievales árabes, como Tabari, que reproducía dos versiones distintas, aunque añadía: «Pero Dios lo sabe mejor».

Permanencia del poema

Si la obra de Firdusi no fue considerada en su día por el sultán Mahmud debido a motivos políticos, también por motivos políticos fue enormemente apreciada y promovida, concretamente por los reyes pahlavíes, que gobernaron Irán desde 1925 a 1979, a los que interesaba dar realce a la gloria preislámica. Pero por encima de estas vicisitudes, *El libro de los reyes* es no sólo una joya literaria, sino también un tesoro en cuanto a fuente de las leyendas iranias, ya inseparables de la cultura del país; todo un monumento que certificó los hechos en la hora de la conquista y salvó la memoria histórica de Irán anterior a ella.

A pesar de los avatares políticos, la obra de Firdusi tuvo influencia en algunos sectores de la sociedad y, a veces, en la guerra, se recitaban fragmentos para exhortar a los soldados. Por otra parte, a lo largo de los siglos, los *naqqal* o rapsodas, acompañándose de grandes retablos, la han ido recitando, y esta costumbre ha llegado prácticamente hasta nuestros días.

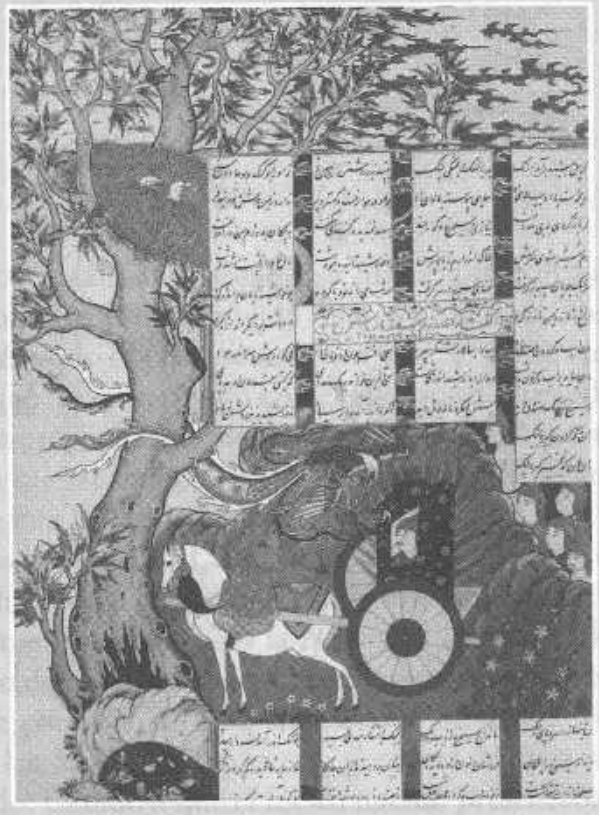
Escrito en métrica masnaví, versos de 10 y 11 sílabas partidos en dos hemistiquios que riman entre sí, siendo independientes cada verso uno de otro, el libro original no tenía el orden con que hoy se presenta y tampoco han llegado a nosotros los 60.000 versos, si bien algunas versiones alcanzan los 50.000.

Para esta edición se ha partido de la 8.ª edición de *Shahnameh* (Teherán, 2006, Nashr-e Ghatreh), llevada a cabo por Said Hamidían y basada en la edición de Moscú (1960), la cual contiene a su vez distintas versiones de algunos episodios, de las que se ha seleccionado una para evitar la repetición. El hecho de presentar la obra en prosa se debe al intento de obtener más fluidez, pues numerosas son las elipsis y supuestos que presenta el poema tal como ha llegado hasta nosotros. Siguiendo la línea que hubiera elegido un *naqqal,* sencillamente, se ha querido acercar la obra a un público más amplio, en vez de reducirla a un texto para especialistas.

CLARA JANÉS

Febrero-marzo 2010

I
La historia de Zal



Simurg y Zal

ESCUCHAD ESTA asombrosa historia que llega hasta nosotros procedente de relatos antiguos. Observad de qué modo obró el tiempo con Sam, el héroe victorioso. Fijaos en cómo jugó con él el destino. Sam, el héroe victorioso, no tenía descendencia. Tener hijos era un deseo que ansiaba cumplir su corazón. En su morada había una belleza con rostro de pétalos de rosa y almizclados bucles. De él, aquella hermosa y esbelta luna de cara hechicera concibió un hijo. Encinta, pues, de Sam Narimán se encontraba la bella y su cuerpo padeció el estado de gravidez hasta que alumbró un ser resplandeciente como el sol que enciende el universo. Tenía el niño las facciones perfectas, pero era blanco todo su cabello. Debido a que el recién nacido presentaba dicha característica, durante una semana ocultaron a Sam el suceso. Todos los moradores de la casa de aquel glorioso héroe se reunían junto al pequeño, pero nadie osaba

comunicar al gran Sam que su hijo tenía el pelo de un anciano.

Una nodriza, aguerrida como una leona, se acercó al héroe llena de valor y le dijo:

–¡Que tiempos de alegría se acerquen a Sam! ¡Que se aparten los deseos de los perversos! En tu hogar, oh renombrado héroe, ha visto la luz un bello niño. Ha llegado el de cara de luna. Está aquí el de cuerpo de plata y rostro de paraíso. No puede encontrarse en él ni un miembro que no sea hermoso. Su único defecto es que su pelo es blanco. ¡Oh héroe, éste ha sido tu destino!

Ante estas palabras, Sam descendió del trono y se dirigió al interior de la casa para ver aquella nueva primavera. Al contemplar a su hijo de pelo cano sintió un desgarro, como si le arrancaran la vida. Levantó al cielo la cabeza y suplicó justicia al Juez superior:

–¡Oh Tú, que eres el más alto y estás lejos de todo defecto y tara; Tú, que multiplicas el bien cuando lo deseas, si he cometido un gran pecado, si he elegido el camino del demonio, pido perdón al Creador del universo y, a ocultas, Él me perdonará. Mi alma oscura sangra de vergüenza; de sangre caliente hierve mi corazón. Cuando se presenten los paladines, ¿qué les diré sobre este niño de mal agüero? ¿Qué diré de este niño infernal? ¿Es una pantera? ¿Tiene dos colores? ¿O es un geniecillo? Alejaré semejante lacra de la tierra de Irán. En este poderoso territorio no la quiero.

Y ordenó que recogieran al niño y lo alejaran de la región. Y se lo llevaron al lugar donde Simurg[1] tenía su

[1] Pájaro esotérico, también llamado pájaro rey, dotado de numerosos poderes.

morada. En aquella morada, el bebé era un extraño. Lo dejaron, pues, en el monte. Y allí permaneció mucho tiempo. El inocente hijo del héroe no distinguía aún blanco de negro. Su padre había roto el vínculo entre ambos y el amor, comportándose como un tirano con el niño lactante. Esto, en cambio, diría un miembro de otra especie, un león: «¿Cuándo queda saciada de leche la criatura? Si le doy la sangre de mi corazón, no se trata de ningún favor, pues para mí tú eres los ojos y el corazón. Si de mí te separas, se separa de mí el corazón».

Llegó un momento en que un polluelo de Simurg tuvo hambre y éste, desde su hogar, se lanzó al vuelo y, entonces, vio al recién nacido llorando de tal modo que parecía rugir. Y vio la tierra como un agitado mar. Su cuna era de espino y su nodriza el duro suelo. Su cuerpo estaba desnudo y sus labios limpios de la presencia de leche. En torno a él, la tierra oscura, firme y fuerte; y en su cabeza el radiante sol. Se dijo Simurg: «¡Ojalá fuera su madre o su padre una pantera! ¡Ojalá tuviera una sombra este sol!».

Simurg bajó de la nube y con las garras lo arrebató de aquella caliente roca y lo llevó a toda prisa hasta el monte Alborz[2], donde estaban su nido y los suyos. Llevó al niño como caza para sus crías, sin atender a sus tristes lloros. Pero el bondadoso Dios otorgó al infante su clemencia, pues estaba en su destino el existir.

Simurg y sus hijos se fijaron entonces en aquel pequeño cuyos ojos derramaban sangre y, sorprendidos y perplejos ante una cara tan hermosa, le entregaron su amor.

[2] De hecho, una cordillera situada en el norte de Irán, al sur del mar Caspio.

Le llevaron su caza más tierna y, a falta de leche, el huésped bebía sangre. Y así transcurrió mucho tiempo, pero llegó un día en que el misterio se reveló. De este modo, hasta alcanzar su crecimiento, el niño pasó la vida en aquel monte. Luego se hizo un hombre como un ciprés. Era su cuerpo tal la montaña plateada y su cintura como un junco. Sus señas de identidad se hicieron famosas en todo el universo. El bien y el mal no quedan nunca ocultos. Y a Sam Narimán le llegó la noticia de aquella majestuosa y bendita criatura.

Una noche de las noches dormía Sam, el héroe victorioso, con el corazón triste, agitado por el paso del tiempo. Entonces vio en sueños a un hindú que corría montando un caballo árabe y le daba la buena nueva de su hijo. Y le habló de su alta y robusta figura. Al despertarse, Sam llamó a los magos y les relató el sueño. Les preguntó:

–¿Qué decís de esta historia? ¿Qué entiende de este relato vuestra sabiduría?

Todos los que estaban presentes dejaron que su lengua se expresara ante el héroe sobre el joven anciano, diciendo:

–En la roca y en la tierra el león y la pantera, el pez y la ballena en el mar, todos han criado a sus hijos, todos han dado gracias a Dios. Tú rompiste el pacto con el Bondadoso y arrojaste de tal modo lejos de ti al inocente niño, que ahora debes excusarte ante el Misericordioso. Él es el guía hacia la bondad.

Cuando llegó la oscura noche, de nuevo un sueño dominó a Sam, cuyo corazón estaba agitado de tanto pensar. Vio en el sueño que de la montaña de la India se alzaba una bandera muy alta. Apareció un joven de hermosa cara y una gran tropa detrás de él. A su izquierda, un

mago; a su derecha, un reconocido sabio. Uno de ellos se acercó a Sam y permitió que su lengua dijera estas frías palabras:

–Oh, hombre atrevido de impuro pensamiento. Has barrido de tu corazón y de tu vista la vergüenza ante Dios. Si fuera un ave tu nodriza, ¿de qué te serviría tu heroicidad? Si es un defecto que el hombre tenga el pelo blanco, tu barba y tu cabeza son como el sauce blanco. Harto debes estar, pues, del Creador, ya que cada día hay un nuevo color en tu cuerpo. Si tu hijo te pareció humillado respecto a ti, ahora el Creador lo ha criado. No hay nodriza más excelente que Él. Tú careces de la esencia del amor.

Mientras esto soñaba, Sam lanzó un grito como el de un león al caer en la trampa. Al despertarse llamó a los sabios e invitó a todos los jefes de la tropa a montar en sus caballos. Y se dirigieron con gran velocidad hacia la montaña en busca de lo que un día habían abandonado allí. Y Sam, el héroe, vio una montaña con la cumbre coronada por las Pléyades, como si su pico arañara a las estrellas. Vio un nido tal, en lo alto de la montaña, que ni Júpiter podría causarle desperfecto alguno. Estaba sujeto con guías de ébano y sándalo y su trama era de aloe. Sam observó aquella dura piedra y la grandeza del ave y su enorme nido. Era un castillo en lo alto del cielo. Invulnerable a la mano, a la tierra y al agua. Y el héroe empezó a buscar el camino. ¿Dónde estaba? ¿Cómo llegaban el animal salvaje y el doméstico a aquella morada? Alabó al supremo Creador y, rozando la tierra con la cara, dijo:

–Oh, Tú, que existes más allá del espacio y más allá del alma luminosa del sol y de la luna, si este niño es mi

pura descendencia y no es fruto de la mala semilla del diablo, coge la mano de este pobre siervo, acepta a este hombre lleno de culpas.

Y dijo Simurg al hijo de Sam:

–¡Oh, tú, que conoces el sufrimiento del nido, tu padre Sam, el renombrado héroe, que no tiene par entre los grandes, ha venido a esta montaña en busca de su hijo. Tú te has convertido en su dignidad. Merece que ahora yo te recoja y, sin hacerte daño, te acerque a él.

Y observad qué dijo Dastán, que también por este nombre se conocía a Zal, a Simurg:

–Cansado estás ya de la compañía. Tu nido es deslumbrante morada para mí. Tus plumas son la corona de mi grandeza.

Simurg le respondió:

–Cuando veas la corona y el lugar, y también la tradición de realeza kiani[3], este nido ya no te servirá. Prueba por una vez la vida en el siglo. Llévate una de mis plumas, que la sombra de mi majestad es benéfica. Si te provocan a enfrentarte a algún obstáculo, si te aturden con lo bueno y lo malo, echa mi pluma al fuego y, al instante, verás mi grandeza. Yo te he criado bajo mis alas. Igual que a mis hijos te he educado. Enseguida aparecerá como una nube negra y, sin que sufras, haré que regreses a este lugar. No arranques de tu corazón el amor de quien te ha alimentado, porque mi corazón está lleno de amor por ti.

Así lo tranquilizó, lo cogió y, con rapidez, cruzando las nubes, lo llevó volando al lado de su padre. El largo cabello de Zal caía hasta cubrirle el cuerpo. Su cuerpo era

[3] Palabra que equivale a «persa».

fuerte como el de un elefante y su rostro como la primavera. Al verle, su padre se echó tristemente a llorar. De inmediato se prosternó ante Simurg, elevó una acción de gracias a Dios y miró con detenimiento al chico: la corona y el trono kiani, el pecho y los brazos de león, la cara de sol, el corazón de héroe y la mano dispuesta para la espada; las pestañas blancas, los ojos de azabache, los labios de coral y el rostro como la sangre. Sam sintió que su corazón se convertía, de pronto, en el más alto cielo y, lleno de admiración ante aquel muchacho puro, exclamó:

–¡Oh, hijo, que tu corazón se enternezca! Olvida el pasado y sé bondadoso. Yo soy el más humilde siervo de Dios, por esto tiendo hacia ti la mano. He aceptado este hecho de Dios altísimo, mi corazón nunca será duro para ti. Estaré contigo en lo bueno y en lo malo y, a partir de ahora, tendrás cuanto desees.

Cubrió entonces el cuerpo de Zal con vestiduras de héroe y emprendió el descenso de la montaña. Bajaba ya por la ladera y pidió una capa, la capa de realeza. Y todo el ejército se acercó a Sam. Llegaban con alegría y regocijo. Tocando atabales, conducían a los elefantes. El polvo de la tierra se levantaba como el Nilo. Se oía el rugido del tambor y el sonido de las trompas y también el de las campanillas indias. Todos los jinetes empezaron a lanzar gritos de júbilo y emprendieron el camino con alegría. Cuando por el cielo se desplegó la bandera de la noche, la cara romana del aire se convirtió en abisinia. Al llegar al desierto se apaciguaron, durmieron y allí permanecieron durante las horas del sueño. Cuando en la Rueda giratoria[4] el sol dispensador de perlas levantó la tienda

[4] El universo y el tiempo o el destino.

de seda blanca, entraron con gran alegría en la ciudad. Y otros héroes se reunieron con ellos.

Uno a uno fueron informando al rey Manucher de que Sam, con toda majestad, había llegado de la montaña. Ante esta nueva se alegró el rey, alabó al Creador del mundo y ordenó a su hijo, el renombrado Nozar, que, cabalgando, se dirigiera hacia donde se hallaba Sam, el héroe victorioso, y le diera los parabienes reales. Le dijo así mismo que le transmitiera el gran contento que sentía por aquella venturosa historia, pidiéndole que acudiera a su presencia pues quería preguntarle muchas cosas. Y también porque deseaba ver la cara de Zal, el hijo de Sam, y alegrarse con dicha visita. Dijo, pues, a Nozar que luego se reuniera en Zabolestán con el séquito real.

Cuando Nozar llegó junto a Sam, vio a su lado a un joven sin igual. Sam bajó entonces del caballo y ambos se abrazaron. El héroe victorioso preguntó por el rey y por los aguerridos héroes, y Nozar le transmitió las palabras de su padre. Al oír el mensaje del gran rey, el poderoso Sam besó la tierra. Cabalgando, emprendió el camino de la corte tal como la corona le había ordenado. Cuando ya se acercaba al rey, éste salió a recibirle. Al ver la bandera de Manucher, Sam bajó del caballo y siguió a pie. Manucher ordenó a aquel hombre de corazón puro y héroe muy afecto a él que montara de nuevo a caballo. Se dirigieron entonces hacia el lugar del trono y el castillo, tanto el que llevaba la corona como el que seguía a la corona. Alegre se sentó Manucher en el trono y se ciñó la de ceremonia. Del mismo modo, Gharán el guerrero, por un lado, y por el otro Sam se sentaron. Todos lo hicieron con alegría y corazón gozoso.

Mientras tanto, para presentarlo ante el rey, habían engalanado a Zal con maza y yelmo de oro. El número uno de la corte acompañó al héroe, y el rey se quedó admirado. Dio luego la orden a los magos, a los astrólogos y a los sabios de que averiguaran cuál era la estrella de Zal y cuál el destino del héroe según aquella estrella. Cuando crezca, ¿qué será? ¿Qué aventuras vivirá? Los astrólogos buscaron al punto los indicios dados por el astro y dijeron al dueño de la corona:

–Vive alegre durante toda tu vida porque él será un héroe famoso: honrado, inteligente y aguerrido caballero.

Al oír estas palabras, el rey se puso contento y el corazón del héroe se liberó de tristeza. Y aquel soberano de la tierra dispuso para el héroe un presente. Y todo el mundo le alabó por el regalo: caballos árabes con sillas doradas, una espada india con el cinto de oro, oro en sí, dinares, martas cibelinas, rubíes, numerosas viandas, esclavos romanos con capas llenas de relucientes joyas, bandejas de piedras de crisolito y copas de turquesa. También oro rojo y plata pura, abundante almizcle y alcanfor y azafrán. Todo esto lo llevaban los servidores e igualmente la coraza, el yelmo, la capa, la lanza, las flechas y la maza. Así mismo llevaban un sitial de turquesa, una corona dorada, un sello de rubí y un cinturón de oro. Luego, Manucher redactó un compromiso lleno de enormes alabanzas. Todo Kabul, Zabol, May y la India, desde el mar de China hasta el río Send, desde Zabolestán hasta aquel río, lo mencionaron en dicho compromiso. En cuanto el compromiso y el regalo estuvieron dispuestos, mandaron traer al caballo del héroe sin par. En aquel punto, Sam se levantó y dijo:

–¡Oh, tú, que eres el más bondadoso, recto y justo de los hombres, supera lo imaginable que haya un rey como

tú en el universo, desde donde habitan los peces hasta la órbita de la luna! Por tu amor, tu justicia, tu comportamiento y tu sabiduría, el mundo puede vivir en paz. El tesoro del mundo se ve humillado ante tus ojos. No haya momento en que no se recuerde tu nombre.

Sam se inclinó y besó el trono. Ataron el atabal a lomos del elefante y emprendieron la marcha hacia Zabolestán. En todas las ciudades, los pueblos y los barrios llamaban la atención. Cuando llegaron a las inmediaciones de Nimruz, se extendió la noticia de la llegada del héroe, resplandor del universo. La ciudad de Sistán fue adornada como el jardín del paraíso: flores con aroma de almizcle y adobes dorados. Se arrojaron mucho almizcle y dinares, y también azafrán y monedas. El mundo entero rebosaba alegría, tanto entre los mayores como entre los pequeños. Todo hombre famoso del lugar emprendió el camino hacia donde Sam se hallaba con estas palabras: «¡Bendito sea este joven, este famoso héroe de puro corazón!». Y le alabaron con generosidad y derramaron joyas para él.

Sam convocó luego a los expertos de todo el país y les habló de temas fundamentales. Dijo a los sabios:

–¡Oh, vosotros, los de esclarecida inteligencia, los magos de corazón despierto, ésta es la orden del inteligente rey: la tropa debe ponerse en el camino! Yo dirigiré un gran ejército hacia Gorgán y Mazandarán y dejaré con vosotros este joven hijo mío que es mi alma y mi corazón. Aquí se quedan, pues, mi alma y mi corazón, y las pestañas derramarán sangre. En tiempos de juventud e inexperiencia cometí un absurdo error. Dios me dio un hijo y, por ignorancia, no lo aprecié y lo abandoné. El valeroso Simurg lo recogió por orden del mismo Creador. Él

lo crió, alto como un ciprés, para mí humillación y su grandeza. Cuando se inició el tiempo de la clemencia, el Dueño del universo me lo devolvió. Ahora os advierto que, ante vosotros, él es como yo mismo. Respetadlo y dadle consejos. Mostradle todos los caminos e inculcad en él pensamientos elevados.

Luego Sam miró a Zal y le dijo:

–Sé justo y clemente, y busca la paz. Sabe que Zabolestán es tu reino y todo este territorio está bajo tus órdenes. Ahora, en torno a ti, reúne un grupo de caballeros y hombres sabios. Escucha y aprende todo tipo de ciencia porque en ellas encontrarás las claves del sosiego. No dejes de alimentarte y tampoco de ser generoso, reúne todas tus fuerzas y ponlas a disposición de la sabiduría y de la justicia.

Cuando Sam hubo dicho esto, se levantó la voz de los atabales y el cielo cobró el color del azabache y la tierra el del ébano. Al tintineo de las campanillas y de las campanas indias salió él de su resguardo. El que mandaba sobre las tropas emprendió el camino de la guerra con un ejército formado por curtidos soldados. Durante dos jornadas, Zal lo acompañó para ver a su padre dar órdenes al ejército. Llorando sin mesura, su padre abrazó a Zal con todas sus fuerzas. Le ordenó que deshiciera el camino y se fuera contento a ocupar el trono y ceñir la corona. Sam prosiguió su andadura sin que se apartara de su mente un pensamiento: cómo vivir para alcanzar buena fama.

Zal se sentó en el trono de marfil. Llevaba la brillante corona, el brazal y la maza con la cabeza de toro, el pectoral y el cinturón dorado. Convocó a los magos de todas las regiones y les preguntó sobre todas las tareas.

Y luego dio sus órdenes. Convocó igualmente a los astrólogos y a los religiosos, a los caballeros luchadores y a los héroes.

Un día le asaltó este pensamiento: sería bueno moverse por su reino. Se puso, pues, en marcha con sus cortesanos más allegados, aquellos que compartían sus mismas ideas y opiniones. Cabalgando, riendo y de muy buen humor, llegó de Zabol a Kabul, donde había un rey próspero llamado Mehrab, poseedor de numerosos tesoros. Era descendiente de Zahak[5], el árabe. Tenía gran poder y posesiones en Kabul y todos los años pagaba un tributo a Sam para evitar la guerra.

Mehrab, al enterarse de los movimientos del hijo de Sam, Zal, también conocido por el nombre de Dastán, salió la misma mañana de Kabul y se puso en camino para ir a su encuentro, llevando distintos y ricos dones: hermosos caballos, esclavos e indumentaria, dinares, rubíes, almizcle y otros perfumes, capas tejidas de oro y seda china, una corona con joyas reales y un pectoral con crisolitos.

Cuando a Zal, el hijo de Sam, le llegó la noticia de que Mehrab acudía hacia él con tal solemnidad, lo recibió con gran afecto y le preparó un asentamiento. Juntos se dirigieron con gozo hacia el sitial de turquesa mientras se disponía una fiesta, un banquete digno de los más altos héroes. Ambos, con los demás nobles caballeros, ocuparon sus puestos. El escanciador llevaba ya el vino y la copa, y Mehrab observaba al hijo de Sam. Aquella

[5] Zahak era un rey tirano de cuyos hombros emergían sendas serpientes y, para alimentarlas, todos los días les daba cerebro de jóvenes. Era un gran enemigo de los iraníes.

visita le llenó de entusiasmo. Su corazón latía. Cuando Mehrab se puso en pie para dejar el banquete, Zal pudo observar su altura y su fuerza. Uno de los caballeros más famosos dijo entonces:

–¡Oh, héroe del universo, Mehrab tiene en su morada una hija cuyo rostro es como el sol y todavía más luminoso! De pies a cabeza se diría de marfil, su cara de paraíso, y es esbelta como la teca. Por su plateado cuerpo discurren los lazos negros de sus cabellos, que, al fin, son como una argolla de pie. Su cara es como la flor del granado y de granate son sus labios. De ese blanco cuerpo emergen dos delicadas dunas. Sus dos ojos son como dos narcisos del jardín. El negro de sus pestañas, como la pluma de cuervo. Sus dos cejas, como dos hermosos arcos que han cubierto la piel con aroma de almizcle. Toda ella es un cielo lleno de tal belleza y gracia que despierta los anhelos.

Ante estas palabras, tanto se encendió el corazón de Zal, que perdió la calma y hasta el juicio. Al llegar la noche, le atormentaba el hecho de no verla y se sentó sin comer, sumido en la impaciencia. Cuando el primer rayo del sol despuntó por el pico del monte, el universo, una vez más, trocó rubíes en alburas. El hijo de Sam convocó a la corte y llegaron los héroes con sus cintos dorados. También Mehrab, el rey de Kabul, se dirigió a la tienda de Zal, rey de Zabol. Mientras se aproximaba a ella, oyó una voz que le decía:

–Abre la puerta.

Y se acercó al héroe como un árbol lleno de frutos. El corazón de Zal se llenó de contento, lo trató con afecto y, en la reunión, lo alabó y le hizo la siguiente pregunta:

–¿Qué quieres de mí, el sitial, el sello, la espada, el yelmo...?

Mehrab le contestó:

–¡Oh, honrado y próspero rey, que ostentas el poder!, en el mundo tengo un solo deseo y satisfacerlo no es difícil para ti: que vengas a mi hogar con alegría y como el sol ilumines mi corazón.

Él le repuso que tal cosa no era adecuada:

–No hay un lugar para mí en tu morada. Sam no estaría de acuerdo con esto, ni lo estaría el rey Manucher si se enterara. No aprobarían que bebiéramos vino juntos y nos embriagáramos y fuéramos a la casa de los idólatras. Excepto esto, por verte, acepto cuanto digas y daría mi aprobación.

Al oír estas palabras, Mehrab lo elogió, pero en su corazón se dijo: es de religión impura. Lentamente se alejó de su sitial loando su suerte. Dastán, el hijo de Sam, lo miraba de espalda y lo alababa cuanto merecía.

Rudabeh

Un día, al despuntar el alba, Mehrab dejó aquella corte y partió. Regresó a su hogar. Dando vueltas por su jardín había dos soles: su esposa Sindojt y su hija Rudabeh, de rostro como la luna, y ambas adornadas como el jardín en primavera, lleno de aromas, color y belleza. Sorprendido, contemplaba él a Rudabeh, nombrando al Creador. Y la veía como un ciprés, coronado por la nocturna luminaria, con un tocado de ámbar en la cabeza, enjoyada y vestida de seda. Parecía un paraíso, lleno de tentaciones. Sindojt inició el diálogo con Mehrab

y le hizo una pregunta. En su hermoso rostro se abrieron los granates de sus labios:

–¿Cómo partiste y cómo has regresado? ¡Que las manos perversas queden lejos de ti! ¿Qué hombre es éste, cuya cabeza es como la de un anciano, el hijo de Sam? ¿Va en busca de trono o del nido? ¿Se comporta como un ser humano? ¿Recorre el camino propio de los que han alcanzado la gloria?

Mehrab le respondió de este modo:

–¡Oh, plateado ciprés, de cara de luna!, entre todos los grandes héroes del universo, ninguno es comparable a Zal, de apariencia de anciano. No verás nunca un jinete como él cuando monta a caballo y coge las riendas. Tiene un corazón de león y la fuerza de un elefante; sus manos son poderosas como el Nilo. Su único defecto es tener el pelo blanco, en lo que sólo se fijan los murmuradores. La blancura de su pelo aumenta su belleza, de modo que así roba los corazones.

Al oír esta conversación, el rostro de Rudabeh se encendió como una rosa. En su corazón prendió el fuego del amor por Zal, y el deseo de comer, la paciencia y el sosiego la abandonaron. Cuando el deseo sustituye al juicio, se modifican el modo, el humor y el comportamiento.

Tenía la joven cinco doncellas –las cinco le servían y la amaban– y les dijo a aquellas muchachas inteligentes:

–Quiero revelaros lo que albergo en mi interior, y vosotras guardad el secreto y servidme y acompañadme en mis penas. Sabed todas –y prestad atención, ¡y que la suerte os acompañe toda la vida!– que me invade un amor rugiente como el mar, cuyas olas alcanzan el cielo. El hijo de Sam ocupa entero mi despierto corazón y no consigo

dormir de tanto pensar en él. Sin cesar embarga mi pecho la tristeza que este amor me causa. Día y noche imagino su rostro. Decidme, pues, ¿cómo haré frente a este problema? ¿Qué pensáis? ¿Qué ayuda me prestáis? Necesito encontrar ya un remedio, liberar mi alma y mi corazón de esta pena.

Sorprendidas, las doncellas exclamaron:

–¡Inútilmente se ha enamorado la hija del rey!

Y al punto se levantaron de su sitio y adornaron con florituras la respuesta esperada:

–¡Oh, corona de las mujeres del mundo entero, la más hermosa entre todas las jóvenes de alcurnia! Te alaban hasta en la India y en la China, y entre todos los ídolos eres la joya más brillante. No hay ciprés que crezca entre la hierba que tenga tu altura, ni cara alguna que como la tuya resplandezca. Ni en Qonuj ni en Rai[6] se encuentra un rostro tan bello como el tuyo, que no tiene par en todo Oriente. Lo que ves en tu interior será causa de vergüenza ante tu padre. Aquel al que el padre aleja, quieres tú abrazar. Él fue criado por el ave de la montaña y su nombre está en boca de todos, pues nadie nació viejo del vientre materno. Es un desarraigado de su linaje. Sorprende que tus labios de granate, que aún huelen a leche, busquen a un anciano. Un mundo te ama: tu imagen está en los castillos. Tú, con tu rostro, tu altura y tus cabellos mereces un marido del cuarto cielo.

Al oír estas palabras, como si el viento avivara el fuego de su corazón, Rudabeh, agitada, lanzó un grito:

–¡Volved la cara y cerrad los ojos!

[6] Dos antiguas ciudades en la India conquistadas por el rey de Irán sultán Mahmud.

Después, con el rostro y la mirada furiosos, arqueando de ira las cejas, dijo:

–Vuestra pretensión no ha sido sopesada, vuestras palabras no merecen ser escuchadas. No quiero al emperador ni al rey de China, ni busco entre los que en Irán llevan corona. Zal, el hijo de Sam, el de brazo y pescuezo de león, está a mi altura. Ya digáis que es joven o viejo, para mí es el alma y el cuerpo. Sin verlo, sólo por oír hablar de él, mi corazón eligió su amor, deseó su amistad. Enamorada estoy de su rostro y su pelo. He de encontrar un arte para conseguir su amor.

Las doncellas, al escuchar el lamento de su corazón dolido, comprendieron su secreto y en voz alta dijeron:

–Somos tus esclavas, te queremos de corazón y estamos a tu servicio. Esperamos tus órdenes. No hay orden mejor que la que tú puedas dar.

Una de ellas dijo:

–Oh joven esbelta, evita hablar de esto con nadie. Si es necesario recurrir a sortilegios y con hechizos hacer que los ojos se queden perplejos, volaremos como aves en busca de magia y, a toda prisa, en pos del remedio iremos como gacelas. Traeremos al rey para que esté junto a la luna. Y, cerca de ella, levantaremos su morada.

Con una amplia sonrisa en sus labios de granate, Rudabeh volvió la cara hacia la sierva:

–Si haces lo que anuncian tus palabras, será cosa importante y plantaremos un árbol fuerte, cuya fruta, cada día, será el rubí y el centro que aglutine a los árabes.

Las criadas se levantaron y se alejaron en busca del remedio de lo sin remedio. Se vistieron de seda romana, adornaron con flores su rizado cabello y las cinco se di-

rigieron al río, rodeadas de aromas y colores como si se tratara de una hermosa primavera.

Era farvardín[7] y era el comienzo del año. El ejército de Zal estaba acampado en la orilla. Las muchachas recogían flores junto al río, sus rostros como un jardín, y sentadas entre flores. Desde el alto trono, Zal, que las observaba, preguntó:

–¿Quiénes son estas amantes de las flores?

Uno de sus hombres dijo al héroe:

–Son del castillo del astuto Mehrab.

Zal tomó entonces el camino hacia aquellas muchachas de cara de hada. Mandó a su servidor turco que le trajera el arco y se enderezó el cuello. Fue andando en busca de caza y vio patos en aquel río. El servidor colocó la flecha en el arco y lo puso en manos del héroe del universo. Él permaneció mirando fijamente al ave hasta que se elevó desde el agua. Entonces, raudo, lanzó una flecha. Y dijo al turco:

–Vete a la otra orilla y trae el ave ya sin alas para volar.

Rápido, cruzó el río con la barca el fuerte turco. Una de las doncellas se acercó a él con donaire y le preguntó:

–¡Oh, héroe, abre tus dulces labios y habla! Aquel de cuerpo fuerte como un elefante y brazos de león, ¿quién es? ¿De qué pueblo es rey, el que así lanzó la flecha con el arco? Ante él, se desvanece todo mal pensamiento. No hemos visto nunca un jinete más atractivo que él. Nadie se le asemeja con el arco y la flecha.

El servidor se mordió los labios y luego dijo:

[7] Primer mes del calendario iraní, que es solar y comienza el 21 de marzo.

–No se menciona el nombre de este rey a la ligera. Es Zal, el rey de Nimruz[8], el hijo de Sam. Los más renombrados soberanos lo llaman Dastán. Si este jinete gira, gira el mundo entero. No se ha visto ningún héroe glorioso comparable a él.

La muchacha dijo entonces riendo al apuesto servidor:

–No hables demasiado. Mehrab tiene en su casa una luna, en belleza superior a tu rey. Tiene la altura de la teca y el color del marfil. Y en la cabeza una rizada y divina corona de almizcle.

Acto seguido todas las doncellas describieron sin ambages el rostro de su hermosa señora, para darla a conocer al hijo de Sam a través de aquellos labios de granate.

Cuando el servidor volvió sonriente, el célebre hijo de Sam le preguntó:

–¿Por qué sonríes, qué te dijo aquella muchacha? Tus labios se han abierto y te brillan los dientes.

Y él contó al héroe lo que había oído. Y la alegría floreció en el corazón de Zal. Dijo entonces éste al muchacho de hermoso rostro:

–Ve a donde las doncellas y conmínalas a que no abandonen nunca el jardín de rosas sin llevarse perlas con las flores.

Pidió luego monedas, joyas y tesoros, y cinco valiosos vestidos tejidos de seda y oro. Y dio la orden a sus hombres:

–Entregadles todo esto y no habléis de ello con nadie. Hacedlo a escondidas. No han de volver estas doncellas a su castillo sin que antes envíe yo un mensaje secreto.

Y aquéllos se dirigieron hacia donde estaban las cinco jóvenes de cara de luna, con palabras de afecto, dina-

[8] Región del este de la antigua Persia, situada en el actual Afganistán.

Idas y venidas

Cuando Mehrab entró por la puerta, contento y hablando maravillas de Zal, y vio a Sindojt dormida, con el rostro fatigado y el corazón doliente, le preguntó:

–¿Qué te ocurre, que parecen marchitarse los pétalos de tu rostro? ¡Dime!

Ella respondió así a Mehrab:

–Una tristeza creciente me domina el corazón. Este alto castillo, esta prosperidad, los hermosos caballos árabes, los criados que adoran a su amo, la corona y el trono real, el rostro y la altura de ciprés, la fama, la sabiduría, las ideas, todo ello, desdichados de nosotros, tendremos que entregarlo al enemigo. Cuanto hemos sufrido ha sido en vano. Nos corresponderá un ataúd estrecho. La fruta de nuestro árbol se ha manifestado veneno. Lo plantamos y regamos con dolor y lo adornamos con joyas y corona. Al crecer mirando al sol y poseer la sombra, su grávida cabeza se ha inclinado hacia la tierra. Éste es nuestro fin. Veamos, ¿dónde se hallará nuestra paz?

Mehrab dirigió entonces a Sindojt estas palabras:

–Hablas de novedad, y lo nuevo no envejece. El universo es así, mutante. Quien piensa en ello, se alarma. Uno entra, otro sale y así gira la Rueda. Con pena o alegría no se cambia nada, no se puede luchar contra el Justo entre los justos.

Ella le replicó:

–Esta historia, desde la Antigüedad, tiene otra cara: un sabio y afortunado mago asimiló su hijo a un árbol. Te lo conté así para que tu inteligencia atienda a mis palabras.

Sindojt inclinó la cabeza como alto ciprés, sus ojos regaron las rosas de sus mejillas:

–Oh, clarividente, la Rueda no recorre el camino que es debido. Sabe que, a ocultas, el hijo de Sam, ha tendido una trampa a Rudabeh. Se ha adueñado de su corazón puro. Alerta, pues hay que buscar remedio. En vano la he querido aconsejar, la veo con el corazón triste y el rostro pálido.

Al oír Mehrab estas palabras, se levantó de un salto y tomó espada en mano. Con el cuerpo tembloroso, la cara lívida, el corazón dolido y la cabeza nublada de tormento, dijo:

–Un río de sangre en la tierra haré ahora mismo de Rudabeh.

Sindojt, al verlo de aquel modo, de un brinco se acercó a él, con las dos manos rodeó su cintura y dijo:

–Ahora escucha una palabra de esta que está por debajo de ti, y reflexiona. Luego haz lo que te indique tu juicio, y lo que el alma y el intelecto te aconsejen.

Él se dio la vuelta, se quitó de encima las manos de Sindojt y gritó como un elefante airado:

–Temo por la vida y, además, es una vergüenza. ¿Por qué desistir de la pelea? Si Sam, el héroe victorioso, y el rey Manucher vienen y nos alcanzan, subirá el humo desde Kabul al sol y no quedará cultivo ni cosecha.

Sindojt contestó al guardián de Kabul:

–No manejes así tu lengua serpentina. Sam, el caballero, está informado. Aparta de ti el miedo, la tristeza y el sufrimiento.

Mehrab dijo:

–¡Oh, cara de luna, conmigo no utilices la mentira! ¿Cómo podría parecer concorde al juicio que la tierra

El rey, entonces, mandó recado a su hijo, Nozar, de que fuera a verle acompañado de sus próximos y altas personalidades, y le dijo:

–Parte en busca de Sam, el caballero victorioso, y pregúntale sobre la guerra que llevaba a cabo. Cuando lo veas, dile que se acerque y se asiente junto a nosotros.

Siguiendo la indicación de su padre, el renombrado Nozar acudió a donde se hallaba Sam, el caballero victorioso, y le comunicó aquel mensaje real.

Sam se alegró de verle y le respondió que cumpliría la orden, que estaría junto al rey y le tranquilizaría el alma. Celebraron entonces un banquete, alzaron las copas y, antes que a nadie, mencionaron a Manucher. Los grandes de todos los países se unieron a Sam y Nozar en la celebración. La larga noche transcurrió con alegría, hasta que el sol radiante desveló los misterios ocultos por la oscuridad. Al otro día, por cumplir las órdenes, emprendieron el camino hacia la corte, hacia donde se hallaba la corona.

Informado Manucher de la cuestión, lo dispuso todo. Cuando el fatigoso día se extinguió y se refugió en la montaña a descansar, el rey celebró con gozo una fiesta. Vio el universo limpio de malos pensamientos. Bebiendo vino y brindando a la salud de Sam, se acortó la noche.

Y la noche se convirtió en día y se abrió la sesión de visitas al monarca. Entró Sam, el vigoroso adalid, y se acercó al gran rey Manucher. El soberano de todos los confines le habló así:

–Parte con los héroes más relevantes y, cuando llegues a la India, prende fuego al castillo de Mehrab y quema la ciudad de Kabul. No hay que permitir que quede impune del mal el descendiente del hijo del dragón. En cualquier momento levantará a los suyos con un grito, y el mundo, ahora en paz, se llenará de guerras.

Sam contestó en tono conciliador:

–Haré eso y alejaré las preocupaciones del corazón del rey.

Después besó el trono y rozó con su cara el sello del anillo real.

Estas noticias, la decisión del rey y de Sam, llegaron a oídos de Mehrab y de Zal. Al escucharlas, fieramente airado, Zal, también conocido por el nombre de Dastán, decidió partir de Kabul. Apretando los labios y con el cabello erizado, dijo:

–Si, lleno de cólera, el dragón viene a prender fuego al universo con su aliento, si pretende destruir Kabul, tendrá primero que cosechar mi cabeza.

Luego se encaminó hacia donde se hallaba su padre con el corazón ardiendo, el alma desbordada de penas y la mente de palabras.

Cuando informaron a Sam, el valiente, de que llegaba por el camino el fuerte hijo del león, toda la tropa se puso en pie, levantando la bandera de Ferydún[14].

Al ver la cara de su padre, Dastán bajó del caballo y soltó las riendas. Los gloriosos héroes de ambos lados se apearon. El valiente Zal besó el suelo. Su padre le dirigió unas palabras desde lejos. Zal montó entonces de nuevo su caballo bayo árabe, luminoso como la alta montaña. Los héroes todos se acercaron a hablar con él, dispuestos a reprenderle:

–Tu padre está disgustado contigo, pídele perdón y no te entrometas en aquello que su mando ha dispuesto.

[14] Ancestro de los reyes iranios.

Él les respondió así:

–No hay que tener miedo. Para todos existe un solo y mismo final, que es la tierra.

Acto seguido, con calma, se dirigieron juntos a la corte de Sam. Y llegaron contentos. Sam, el recio caballero, desmontó y, al punto, mandó entrar a su hijo. Zal alabó a Sam, el héroe, y con las lágrimas de sus ojos hizo barro de la tierra. Dijo:

–¡Que la alegría reine en el despierto corazón del adalid, que su alma esté siempre del lado de la justicia! Por tu espada arde el diamante y llora la tierra llegada la hora de la guerra; el espacio del orbe y el tiempo, gracias a ti, alcanzan la paz; todos los hombres celebran tu justicia. Todos, excepto yo, que no gozo de ella y debo mi extraña fama a mi relación contigo. Sam, el héroe, es mi padre. Mi arte consiste en esto: haber crecido de dicha raíz. Cuando nací de mi madre, me arrojaste lejos, hiciste de la montaña mi morada. Me apartaste del afecto de quien me parió. El destino de tu hijo abandonaste al fuego, pero no pudiste combatir con el Creador del mundo, pues uno es el color negro y otro es el blanco. Así, pues, ya que me crió el mismo Creador, mírame con ojos divinos. Bajo tus órdenes me instalé en Kabul, cumpliendo tu deseo y tu mandato. Desde Mazandarán me has traído un inesperado presente al cabalgar desde Gorguestán hasta aquí para destruir mi próspero reino. ¿Es ésta la justicia que tú impartes? Ahora estoy en pie delante de ti. He provocado tu ira, así que párteme en dos con una sierra y no hables conmigo de Kabul.

Al oír las palabras de Zal, Sam, el adalid, enrojeció hasta las orejas y agachó la cabeza, respondiendo de este modo:

–Lo que dices es verdad. Tu lengua es de ella testigo. Fui injusto en todo respecto a ti. Por ello los enemigos se alegraban. Y sólo me manifestaste un deseo, que, en cambio, ha llegado a ser causa de tristeza. No te enojes, pondré remedio a ello, haré que salgas airoso en la empresa en que se cifra tu empeño. Redactaré una carta para el rey y la dejaré en tus manos, oh feliz mortal. Si nuestro señor nos acompaña, todo se hará según tus aspiraciones.

Sam llamó entonces al escribano, hizo que se sentara ante ellos y empezó a dictar cuanto era conveniente.

Encabezó la carta, alabando a Dios:

Él, que es y será omnipresente, dueño del bien y del mal, del ser y del no ser, del cual todos somos siervos; Él, que es el único Señor y que al crear engendra cuanto necesita la Rueda giratoria, Dios de Saturno, del Sol y de la Luna; Él es el mismo que se digna aclamar al rey Manucher.

Yo sirvo al rey y, donde estoy, como caballero sigo en pie. Me he ceñido el cinturón de la servidumbre y así permaneceré eternamente en la lucha, empuñando el lazo, montado a caballo y con la maza en la mano. Nadie ha visto un jinete semejante en el mundo entero. Si no hubiera de mí alguna señal en el mundo, con violencia se sublevarían los rebeldes.

Hace ya largos años que mi montura es mi cama y mi caballo la tierra. Nunca deseé otra tierra o morada para mí. Para vos deseé victorias, alegría y salud. Y sabed que de mi erizado cabello y de la gran maza que hiere apenas va a quedar nada. Pronto se doblarán mi cintura y mi cuerpo. El tiempo me ha echado

su lazo y, derribándome, me ha atado. Doy, pues, paso a mi hijo Zal. Él merece ya el uso del cinturón y la maza. Él tiene además un deseo secreto y a fin de alcanzar su cumplimiento acudirá a suplicaros a vos, señor del universo. Se trata de un deseo hermoso ante Dios y cuanto es bello incluye Su mandato, pero no se realizará sin la anuencia del rey, que el siervo no debe ser soberbio. El voto que hice respecto a Zal, lo ha oído ya el soberano de todos los confines.

En estos días, Zal ha acudido a mí y yo no he de fallarle en lo que desea. Se acercó con el rostro congestionado y heridas que le llegaban hasta el hueso, y me dijo: «Si has de ahorcarme en Amol[15]*, mejor será que vayas hacia Kabul».*

Debido a que fue criado por Simurg en la montaña, las gentes hablan mucho de él. Hallándose en Kabulestán, vio a una hermosa luna de altura de ciprés y rostro como una rosa, y enloqueció. No es cosa que deba extrañar, y el rey no puede reprochárselo. El amor y el sufrimiento que ahora experimenta son tantos que, al verlo, cualquiera lo trataría con clemencia. Ha padecido mucho sin tener culpa alguna. Esta es la historia que hago llegar al rey. Él mismo será su propio mensajero, y con el corazón doliente se acercará al alto trono. Realizad, pues, lo que es digno de grandeza, nada tiene que enseñaros el intelecto.

Escrita la carta y tomada la decisión, Dastán cogió la misiva y se puso en pie. Hasta que el sol no asomara la cabeza por el este no podría estar tranquilo ni dormir.

[15] Ciudad del norte de Irán.

Cuando la noche se despojó de su vestido negro y la blancura abrió los labios y sonrió, montó él en su caballo y las trompetas empezaron a rugir.

Sindojt

MÁS ADELANTE, en Kabul, se reveló esta historia y la cabeza de Mehrab desbordó de ira. Inquieto, llamó a Sindojt y achacó todo su enojo a Rudabeh. Dijo:

–No existe ni la más remota posibilidad de remedio. No hay modo de resistir ante el soberano de todos los confines. A ti y a tu hija, de impuro ser, tendré que daros muerte ante todo el mundo. Tal vez esto aplacará la ira del rey de Irán y la tierra recuperará la paz.

Sindojt repuso:

–Escucha una palabra y si no te convence, actúa según tu voluntad. Por larga que sea la noche, la oscuridad no permanece eternamente.

Mehrab le dijo:

–No hables de la historia, no hables ante los grandes expertos. Di lo que sabes e intenta salvar tu vida, de lo contrario ve a ponerte el velo de sangre.

Sindojt le respondió:

–¡Oh, noble caballero, verter mi sangre no será necesario, ya verás. Iré a encontrar a Sam, que es lo que me incumbe, y mi lengua será como una espada fuera de la vaina. A mí me toca soportar esta entrevista, a ti preparar un valioso tesoro como regalo.

Mehrab le contestó:

–Coge la llave: nunca hay que preocuparse por el tesoro. Dispón una criada, caballo, silla y sombrero, y llévatelos de camino. Aunque Kabul no arda, la marchita Kabul nos prende fuego.

Dijo Sindojt:

–Cuando parta en busca de una solución, no debes causar daño ni pena a Rudabeh.

Así fue como Sindojt vistió galas de seda y se adornó con perlas y rubíes. Sacó del tesoro, como regalo, más de treinta mil dinares e hizo que su doncella llevara puesto el anillo de oro. Cada una fue portadora de una áurea copa. Y prepararon también una rica corona real, collar, pendientes y pulsera; un gran trono dorado con distintas piedras de valor incrustadas, cuatro enormes elefantes de la India y toda suerte de ropajes y de alfombras.

Al ver todo aquello dispuesto, como un héroe que manifiesta estar a punto, Sindojt se ciñó el cinturón. A gran velocidad se dirigió hacia la corte de Sam, sin dar aviso ni mencionar su nombre. Dijo sólo a los emisarios que informaran al caballero victorioso de que llegaba repentinamente un enviado de Kabul para visitar al adalid de Zabol.

Se acercó entonces hasta donde moraba Sam. Se presentó y él accedió a recibir su visita. Sindojt bajó del caballo y, con gesto regio, se presentó ante el adalid. Besó el suelo, alabó al rey, el héroe victorioso –regalos, criados, caballos y elefantes formaban una fila interminable– y dio la orden de que llevaran ante Sam, uno por uno, cuantos obsequios habían traído. El adalid se quedó perplejo al ver toda aquella riqueza. Con las manos inmóviles, cabizbajo, abstraído y pensativo, se decía a sí mismo: ¿De dónde proceden estos tesoros? ¿Y una mujer

como enviada...? ¿Qué modos son esos? Si acepto todos estos regalos, el rey se enojará conmigo. Si los rechazo y los devuelvo, Zal como Simurg, abrirá las alas dispuesto al enfrentamiento.

Sam levantó luego la cabeza y dijo:

–Toda esa caravana, estos criados y bellos elefantes, todo este tesoro entregadlo a Zal como regalo de la luna de Kabul.

Sindojt, de cara de hada, quedó ante Sam con la boca sonriente y el corazón alegre. Aceptados los regalos, estaba segura de que los obstáculos desaparecerían. Mandó entonces llamar a tres criadas, de esbelto cuerpo y altura de ciprés, hermosas como ídolos, cada una con una copa de oro en la mano, y las hizo sentar con ella y entregar las ofrendas a Sam.

Concluida la reunión con Sam, hicieron salir a todos los que eran ajenos a cuanto les ocupaba. Sindojt habló entonces de este modo con el héroe:

–Con tu ayuda el viejo se convertirá en joven. Los grandes han aprendido de ti sabiduría. Por ti han podido desaparecer las tinieblas. Con tu amor el mal ha quedado maniatado. Y tu maza ha abierto el camino de Dios. Si Mehrab ha tenido alguna culpa, sus ojos derraman ya la sangre de su corazón. Pero ¿qué culpa tienen los inocentes de Kabul? ¿Qué motivo habría para convertir la ciudad en polvo? Todos en ella viven gracias a ti, son tus criados y tus siervos. Sé temeroso del Creador de la inteligencia, de la fuerza, y de las luces de Venus y del Sol. No cierres las puertas a la benevolencia, derramando sangre. Una actitud así no sería bien recibida por el Creador.

Sam replicó:

–Responde a mis preguntas y no busques pretextos. Si tú eres la esposa de Mehrab, ¿dónde ha visto Zal a tu hija? Háblame de su rostro, de su cabello, de su trato e inteligencia. Dime ¿con qué hombre merece ser desposada? Háblame de su aspecto, su cultura y su modo de ser.

Sindojt le dijo:

–Oh héroe, oh cabeza de grandes y famosos, primero te pido un compromiso tan fuerte que haga temblar la tierra: que por ti no sea dañada mi vida ni la de ninguno de mis seres amados. Yo poseo un castillo, prósperos patrimonios, tesoro, familiares y próximos. A ocultas, intento llevar a Zabol todo el tesoro de Kabul.

Entonces Sam tomó su mano y la retuvo entre las suyas; trató a Sindojt con amabilidad y formuló el voto. Al oír su promesa, su palabra y su compromiso, Sindojt besó la tierra y luego se puso en pie y le reveló toda la verdad. Dijo:

–Yo soy descendiente de Zahak, ¡oh héroe!, soy la esposa del clarividente Mehrab, la misma madre de Rudabeh, de cara de luna, a la que Zal se ofrece para toda la vida. He venido de Kabul para conocer tus intenciones y decirte quién es tu amigo y quién es tu enemigo. Si somos culpables y de nefasta ascendencia, no merecemos este reino. Ahora estoy ante ti, inerme. Mátame si es tu intención, encarcélame si lo deseas, pero no prendas fuego en los corazones de los habitantes de Kabul. ¿Por qué cubrir el día con la oscuridad?

El héroe, al oír sus palabras, consideró que era una mujer sabia y clarividente, y pensó, además, que su cara era como una primavera, su altura de ciprés, iba bien vestida y tenía andares de faisán. Le respondió, pues:

–Mi compromiso es verdadero, durará hasta que se rompa el hilo de mi vida. Tú, Kabul y todos los vuestros

seguid con el corazón alegre. Nos convertiremos en cómplices para que Zal y Rudabeh sean la pareja del universo. Aunque vosotros seáis de otra estirpe, merecéis aquella corona y aquel trono. El mundo es así, y no es vergüenza. Con el Creador no se puede luchar. Una carta con dolorosas quejas escribí al gran rey. Zal, el héroe de blanco cabello, ha partido con una misiva para Manucher, tan veloz, como si tuviera alas. El rey responderá a dicha carta y, sintiéndose satisfecho, dará la orden deseada. Aquel que fue criado por el ave entregó su corazón y, debido al agua que fluye de sus pestañas, tiene los pies presos en el barro. Si la elegida es en el amor como él, de emoción, uno y otro no podrán contenerse. Muéstrame también a mí el rostro de esta criatura del poderoso dragón y te obsequiaré.

Sindojt repuso:

–Será un honor para nosotros, será una alegría para nuestro corazón, si el héroe, montado en su caballo bayo, llega galopando hasta nuestro castillo. En Kabul lo recibiremos como a un rey y pondremos nuestra vida a su servicio.

Sindojt miraba a Sam y observaba una amplia sonrisa en sus labios. Su corazón estaba ajeno a todo rencor.

Partió, pues, un mensajero y, veloz como el viento, llegó hasta donde Mehrab se hallaba y le dio albricias:

–¡Olvide, señor, cualquier pensamiento oscuro. Alégrese vuestro corazón y dispóngase para la visita! Cuando, pasados unos días, el sol se movió y despertó del sueño, la honorable Sindojt, que había partido hacia la corte de Sam, se acercó a él haciendo una reverencia y hablaron largo rato. Luego obtuvo el permiso para regresar a su morada y, contenta, se preparó para venir a

Kabul, disponiéndolo todo para recibir al nuevo huésped y preparar la ceremonia de compromiso matrimonial. El mismo Sam, el caballero victorioso, le dijo: «Regresa, y cuenta a Mehrab todo lo visto».

Por orden de Sam entregaron a Sindojt regalos y valiosas joyas y el caballero victorioso le ofreció sus posesiones en Kabul: castillo, jardín, tierra y cosecha; animales que dan leche, alimento y vestimenta. Cogiéndole la mano, le confirmó el compromiso: aceptaba a su hija para Zal, deseando que ambos, una vez unidos, fueran felices. Puso además a su disposición doscientos hombres, con un héroe a la cabeza, y dijo:

–No te detengas. Ve a Kabul, vive feliz y no temas ningún mal.

Aquella cara mustia floreció como una luna y con buenos augurios emprendió el camino.

Por los mismos días, informaron al rey Manucher de la llegada de Zal, hijo de Sam. Todos los héroes y caballeros que se encontraban en la corte real lo recibieron. Cuando entró en ella, de inmediato le abrieron la vía hacia el rey. Y una vez el héroe se halló ante el monarca, besó la tierra y lo alabó. Durante largo rato mantuvo el rostro cara a la tierra, pero el rey lo trató con cariño y lo sentó junto a su trono, con estas palabras:

–¡Oh, valiente héroe!, ¿qué caminos difíciles has recorrido que estás lleno de polvo?

Zal le respondió:

–Con vuestra realeza todo es excelente. Con vos incluso el sufrimiento es gozoso.

El rey Manucher cogió entonces, sonriendo, la carta de Sam. El alma se le llenaba de contento. Al leerla, dijo:

–Tu corazón cargó con un enorme pesar, pero con esta grata carta, escrita por Sam, sinceramente afligido, aunque este asunto me disgusta, dejaré de fijarme en lo malo y en lo bueno que el cumplir tus deseos pueda comportar. Lo haré todo para satisfacerlos, si eso ha de devolverte la paz.

Los magos

Los cocineros prepararon luego un brillante banquete. El rey se sentó con Zal, el héroe de blanco cabello, y llamó a todos los caballeros de fama para que se les unieran en tal celebración. Después, y una vez degustado el vino, el hijo de Sam montó el caballo de dorada silla y pasó la noche entera cabalgando, con el corazón asaltado por un pensamiento y con palabras en los labios. Sin detenerse y bien dispuesto, regresó a la corte de Manucher. El soberano de todos los confines lo elogió en voz alta y también en su interior lo alabó. Convocó entonces a los magos y los sabios, los astrónomos y los expertos, ante el alto trono, y dio la orden de que averiguaran el destino de Zal. La tarea era difícil. Para revelar el secreto de su estrella emplearon tres días y tres noches sin apartar el astrolabio romano de sus manos. Luego comunicaron al rey los resultados. Dijeron:

– Hemos hecho cálculos ateniéndonos a la Rueda giratoria. De la hija de Mehrab y del hijo de Sam nacerá un héroe inteligente y de excelente fama. Tendrá una larga vida, fuerza, grandeza y fe. Con la espada hará llorar al cielo. Incluso llegará a asar en las brasas una cebra

entera. Estará al servicio de los reyes y será refugio de los jinetes iranios.

Manucher, el rey triunfador, soberano de todos los confines, les dijo:

–Mantened en secreto cuanto habéis dicho.

Después llamó a Zal para hablar con él de cosas reservadas. Y dijo a los sabios que le plantearan algunos enigmas eternos.

Se reunieron, pues, con Zal los videntes, los grandes conocedores y los más famosos magos. Un sabio inteligente y experto empezó el diálogo. Dijo a Zal:

–Hay doce altos cipreses llenos de vigor y frescura. En cada uno han brotado treinta ramas que son iguales en este número.

Otro mago le dijo:

–Oh, héroe, hay dos caballos valiosos y veloces. Uno de ellos es oscuro como el mar negro, el otro es como el cristal blanco. Los dos se mueven y lo hacen con velocidad, pero no se alcanzan uno al otro.

El tercer sabio añadió:

–Hay treinta jinetes desfilando ante el rey. Cuando se cuentan, falta uno, pero si uno se fija en ellos están los treinta.

El cuarto le dijo:

–Hay un oasis lleno de hierbas y riachuelos. Hay un hombre con una gran hoz en la mano. Con gran energía se dirige al oasis y corta cualquier planta, sea verde o seca. No se detiene en su trabajo bajo ningún concepto.

Otro lanzó:

–Hay dos cipreses altos en un mar cuyas olas se mecen como juncos. En ellos un ave tiene su nido. De noche en uno y de día en otro. Cuando abandona uno, se le secan

las hojas. Cuando se posa en el otro, huele a almizcle el ciprés. Uno siempre fue vigoroso, el otro marchito y doliente.

Otro sabio anunció:

–En la montaña vi una ciudad bien fundada. La gente de dicha ciudad se dirige a un valle donde hay muchos arbustos de espino. Construyen altos edificios que llegan a la luna. Algunos son señores y otros son sirvientes. No echan de menos aquella ciudad. Nadie menciona un recuerdo de ella. De repente se produce un terremoto. Sus casas y pertenencias desaparecen. Necesitan aquella ciudad y esto les causa una enorme tristeza.

Luego le dijeron:

–Busca la verdad de estas palabras y ante los sabios habla de estos misterios. Si revelas sus secretos, de la tierra negra harás almizcle.

Muy pensativo quedó Zal durante largo rato. Alzó la cabeza y ensanchó el pecho. Luego abrió la boca para contestar y recordó todos los enigmas planteados por los magos:

–En primer lugar, los doce altos árboles, en cada uno de los cuales brotan treinta ramas, es el año, que tiene doce lunas nuevas, como si fuera un nuevo rey en una corte nueva. A los treinta días la luna se acaba. Esto significa el giro del Tiempo. Habláis, por otra parte, de la labor de dos caballos, encendidos como el fuego fugaz. Son uno blanco y otro negro y, sin cesar, se siguen entre sí velozmente. Representan la noche y el día que transcurren: la Rueda nos está contando la vida.

Sin detenerse, prosiguió:

–El tercer sabio habló de los treinta jinetes, que desfilan ante el rey y dijo que de aquellos treinta jinetes,

falta uno, pero al contarlos están los mismos treinta. Hablaba sencillamente de la luna, que a veces falta una noche. Y ya saco la palabra de la vaina: hablaré de los dos cipreses en los que el ave tiene el nido. Desde Aries hasta Libra, el universo tiene en su interior mucha oscuridad. Los cipreses son dos brazos de la alta Rueda: la mitad de ella es alegría y la otra mitad tristeza. Y sabed que el ave que vuela es el sol. El temor y la esperanza del mundo dependen de él. A su vez la poderosa ciudad, que se halla encima de la montaña, es la morada para estar en sosiego. El valle de espinos es este mundo de unos días. Encierra gracias, tesoros y también dolor y penas. Y con cada latido va reduciendo la vida. Él mismo aumenta todo esto y también lo aniquila.

Calló un instante, pero con fluyente voz continuó y dijo:

–En cuanto al viento acompañado por un terremoto, cuya consecuencia es que todo el universo lanza gritos y rugidos, indica nuestro sufrimiento, que se da en este valle de espinos, que hay que cruzar para dirigirse hacia aquella ciudad. Habrá quien disfrute con nuestros sufrimientos. Tampoco a él este goce le durará, ya que es pasajero. Desde el principio hasta el final, éste es el resumen: lo viejo no vuelve ser joven. Si la cosecha es la buena fama, el alma, en aquel otro lugar, estará en paz. Toda cosecha de avaricia y falsedad se pierde al acabar la vida. Si nuestro castillo se eleva hasta el cielo, al final sólo el sudario nos tocará. Cuando en el desierto un hombre tiene una hoz afilada, la planta seca y la verde se someten por miedo. Él las va cortando todas indistintamente del mismo modo. Aunque derrames abundantes lágrimas, no oirá tus palabras. El que siega con la hoz es el tiempo y

nosotros somos sus plantas. Le da igual el abuelo que el nieto. No se fija en el joven ni en el viejo, cosa tras cosa, lo que encuentra, atrapa. El universo no conoce otro comportamiento. Nadie nace de madre sin llevar consigo la muerte. El que entra por una puerta saldrá por otra. El tiempo le irá cortando cada aliento.

Al ver que Zal descifraba aquellos enigmas, el corazón del rey se puso alegre y los que estaban reunidos lanzaron gritos de júbilo. Todo eran elogios por parte del soberano, que mandó preparar una fiesta tan esplendorosa como la luna llena en la noche oscura. Así se hizo y la celebración se prolongó muchas horas, hasta que todos se retiraron.

La boda

Cuando el sol asomó la cabeza por la montaña y los héroes despertaron del sueño, Zal, el héroe del universo, valiente como un león, con el cinturón ceñido se dirigió ante el rey y le pidió permiso para regresar a donde se hallaba su honorable padre. Dijo así a Manucher, el soberano de todos los confines:

–Oh, bondadoso señor, deseo ver de nuevo el rostro de Sam. Ya he besado este trono de marfil y mi corazón se regocija por la corona y su grandeza.

El rey le dijo:

–Oh, héroe valiente, pasa un día más con nosotros. Tu corazón busca el aroma de la hija de Mehrab, ¿cómo vas a añorar el camino que lleva a Sam de Zabol?

–El trono real es una fábula y es efímero, no hay que considerarlo eterno. Mis años han llegado a ciento veinte, y los he vivido con dificultades y sufrimientos. He recibido muchas alegrías y muchos de mis deseos se han visto cumplidos. He emprendido numerosas guerras con mis enemigos y he limpiado el mundo de seres malvados. He construido incontables ciudades y castillos... Y a pesar de todo, me parece no haber visto el mundo: cuanto he contado desaparece ya. La vida, cuyo resultado es la muerte, carece de valor, es un árbol cuyo fruto es veneno. Del mismo modo que Fereydún me entregó el trono y el tesoro, ahora yo te los dejo, y también mi recuerdo que en ti permanece. Pasan los tiempos y en el mundo habrá una nueva era de justicia, cuando llegue el profeta Moisés. Aparecerá en Occidente y habrá que estar atento a no enfrentarse con él. Su religión es divina, así que, con inteligencia, cuida el modo de comportarte. Nunca te apartes del camino de Dios, suyo es el bien, y el mal también. Luego vendrán los turcos con un ejército a establecer un reino junto al de Irán. Grandes empresas tendrás por delante. Y no olvides: a veces hay que ser lobo y a veces cordero.

Dicho esto se le llenó la cara de lágrimas y también a Nozar, que lloró mucho. Sin enfermedad, ni sufrimiento por dolor alguno, Manucher cerró sus ojos reales y se marchitó con un aliento frío. Partió así aquel gran monarca, dejando a todos buenos recuerdos.

Nozar y el reino de Turán

Concluido el luto por su padre, Nozar se puso la corona real y ocupó el trono de Manucher. Ofreció banquetes, convocó a todas las gentes y regaló abundantes monedas. Pero no hubo pasado mucho tiempo, cuando en su cabeza se asentó la tiranía. La reacción no se hizo esperar: por todas partes surgieron disturbios y el pueblo empezó a aborrecer al nuevo rey.

Nozar olvidó las normas de su padre y se enemistó con los sabios y los magos, lo que desencadenó el desprecio por parte del pueblo. Él, mientras tanto, pensaba sólo en su tesoro y sus caudales.

Así aconteció que los agricultores se convirtieron en guerreros y los paladines consideraron que eran ellos los que merecían la corona. El miedo dominó entonces al injusto rey y mandó un emisario en busca de Sam, el caballero victorioso. Éste se encontraba en Sagsar, en Mazandarán, cuando le llegó el siguiente mensaje de Nozar:

Mi padre, el rey Manucher, hasta el momento que se unieron sus pestañas y cerró definitivamente los ojos, no dejó de mencionar el nombre de Sam, el hijo de Narimán. Ahora él, Sam, es mi apoyo. Es un héroe que quiere al rey. Mi reino está dominado por las sublevaciones, y los disturbios son excesivos. Si Sam no levanta su fuerte maza, este trono desaparecerá de la tierra.

Sam, al leer la carta, lanzó un suspiro de pena. Todavía era oscuro y se oía el canto del gallo, cuando atronó el sonido de los atabales y las trompas. El héroe victorioso

condujo entonces hacia tierras del hijo de Manucher un enorme ejército, ante el cual el verde mar de los campos era pequeño. Cuando llegó cerca de Irán, la capital del país, los héroes más renombrados fueron a recibirle y hablaron con él de la tiranía de Nozar. Le dijeron:

–El rey se ha desviado del camino seguido por su padre. Sus injusticias causan el daño de todos. Su suerte ya se ha apagado. Por apartarse de la pauta de la sabiduría, se aleja de él la bendición divina. Ahora lo adecuado es que Sam, el héroe, se siente en su majestuoso trono, para que, gracias a su justicia, el universo vuelva a conocer la prosperidad. Irán y sus pilares lo apoyarán. Y nosotros seremos sus obedientes servidores y, en prenda, dejamos nuestras almas.

Sam, el caballero victorioso, les dijo:

–¿Cómo va el Creador a aceptar una cosa tal, cuando hay un Nozar de real estirpe en el trono y dispuesto a gobernar? Si una hija del rey Manucher estuviera coronada y en su dorado trono, mis ojos se alegrarían de verla y la tierra seguiría siendo mi lecho. No hay hierro oxidado al que no pueda hacerse recobrar el brillo. Yo le devolveré la bendición divina, haré que recupere el cariño de todo el mundo.

Los héroes famosos se arrepintieron de lo dicho uno por uno, y recordaron que habían hecho un voto al soberano.

Cuando Sam llegó a la corte, el rey Nozar fue a recibirlo. Gracias al benéfico paso del gran adalid, el mundo recuperó su juventud. Los paladines se acercaron a Nozar para pedirle perdón, sintiéndose inferiores, en corazón y alma. Sam, el héroe victorioso, apareció ante Nozar como servidor y también como guía. Le abrió el tesoro de sus consejos y le habló largamente y con buenas palabras.

La noticia de la muerte de Manucher se extendió hasta el ejército de Turán, y cuando aquella información llegó a Pashang, el caudillo de los turcos, éste decidió emprender la guerra contra Irán. Convocó, pues, a todos los grandes del ejército, los guerreros más famosos del país: Arjasb, Garsivaz y Barmán, el guerrero Kalbad, el rugiente Hojabr, Viseh, de fuerte garra, que era comandante del ejército de Pashang, y también su hijo, el gran héroe Afrasiab, que acudió enseguida.

Pashang habló de Tur y de Salm[1] y dijo así:

–No se puede esconder el odio bajo la falda. Recordad qué hicieron los iranios con nosotros. Todos se comportaron mal. Ha llegado ya el día de acabar con la situación en que nos hallamos y llevar a cabo nuestra venganza. Debemos lavarnos el rostro de la sangre que derramaron nuestros ojos.

Las palabras de su padre sembraron el desasosiego en Afrasiab, de modo que dejó de comer y dormir. Lleno de ira y con el corazón dispuesto a la guerra, dejó que su lengua se expresara así ante Pashang:

–Yo soy, señor, el que es digno de ir a la guerra contra los leones. Yo soy el que puede competir con los iranios.

Pashang mandó luego desenvainar las espadas y dirigió la tropa hacia Irán. Cuando el que da las órdenes tiene un hijo con méritos, puede vivir con la cabeza muy alta: después de su muerte, ocupará su sitio. Por ello al otro hijo, Aghriras, lo llamaba el guía. Cuando todo lo

[1] Tur y Salm eran dos hijos del rey Fereydún. Él los envió a gobernar los territorios alrededor de Irán y dejó este país en manos de su hijo pequeño Iraj. Los hermanos se sublevaron y mataron al pequeño cuando fue a reconciliarse con ellos. Así se sembró el odio entre Turán e Irán.

necesario para la guerra estuvo dispuesto, Aghriras acudió al castillo y dijo:

–Oh, experto padre, tú eres el mayor de los turcos. Si Manucher ha desaparecido de Irán, siguen ahí Sam, el hijo de Narimán, Garshasb y Gharán, el guerrero, entre otros muchos héroes. Será mejor que no nos sublevemos. Este suceso agitaría a todo el país.

Pashang respondió a su hijo con estas palabras:

–Afrasiab es valiente como una ballena, es como un león en el día de caza, es como un elefante en el combate. También tú debes acompañarle en lo bueno y en lo malo, y ser optimista. El nieto que no busca vengar a su antepasado no merece ser considerado de noble raza. Dirigid la tropa hacia Amol, con el corazón alegre, y atravesad los campos llenos de hierbas y flores. Acabad con Gorgán y Dahestán, con las herraduras de vuestros caballos, y teñid, con sangre, de granate el agua. De allí mismo vino Manucher a enfrentarse con Tur. Luchad contra Gharán, el guerrero, luchad contra Garshasb, el fuerte. Y en el campo de la venganza alancead a estos dos héroes iranios. Sólo así podréis contentar a nuestros ancestros: prendiendo fuego en el corazón de los malvados.

Zal entierra a su padre

Cuando el campo, lleno de plantas, parecía de seda, se prepararon los héroes de Turán. De Turán y de China se movió un ejército, que reunió, además, a fuertes hombres orientales. No se veían los límites de la tropa y

no se barruntaba todavía hacia dónde se inclinaría la suerte. Cuando aquel ejército alcanzó el río Jeihún, llegó dicha noticia al rey Nozar, el descendiente de Fereydún. Éste, con su tropa, abandonó el castillo y se encaminó hacia el campo de batalla. Se dirigía a Dahestán, y Gharán, el guerrero, iba a la cabeza. Detrás de él se hallaba Nozar y un mundo entero de ruidos. Llegado que hubo la tropa a Dahestán, el sol desapareció. Entonces se procedió a montar la tienda del rey en el campo, detrás de la muralla.

Por su parte, Afrasiab, una vez puso el pie en Irán, eligió dos de los mayores guerreros del ejército –uno era Shamasas y el otro Jazarván– y los nombró jefes del ejército. Ellos dos, con unos treinta mil hombres, se dispusieron a cabalgar hacia el campo de batalla y emprendieron el camino a Zabolestán. Movidos por el odio, se apresuraban hacia donde se hallaba Zal, el héroe victorioso. En este punto recibieron la noticia de la muerte de Sam y se enteraron de que Zal estaba ocupado en enterrar a su padre.

Afrasiab se llenó de contento: una suerte nunca soñada acababa de presentarse por sí sola. También él llegó hasta Dahestán y montó su campamento ante el ejército iraní.

Afrasiab escribió luego a Pashang una carta que decía:

Buscábamos lo bueno y por sí solo nos ha llegado. Si nos lanzamos ahora contra la tropa de Nozar, todo será caza y los arrollaremos. Sam está muy lejos de la corte y en un lugar desde el cual ya no podrá acudir a esta batalla. Zal está precisamente cavando la tumba de su padre y no tiene fuerzas para guerrear. En Irán, yo sólo temía a Sam. Ahora que ha desaparecido, llevaremos a cabo nuestra venganza.

Cuando asomó la blancura por la montaña y brillaron los primeros rayos del sol en Dahestán, unas dos leguas separaban a ambos ejércitos y todo era atención a las armas y preparativos para la guerra. Entre los turcos había un tal Barmán, que despertó a todo el que seguía dormido, se acercó a contemplar la tropa de Irán y reconoció la tienda del rey Nozar.

De regreso, visitó al jefe de Turán y puso en su conocimiento todas las señales de aquel ejército. Dio, además, algunos consejos a Afrasiab:

–No tenemos que desvelar ahora todas nuestras artimañas. Siguiendo vuestras órdenes, las órdenes de Afrasiab, y como un león, buscaré competidores entre los hombres de aquella tropa, de modo que me conozcan a mí y conozcan también cuál es mi fuerza. Entonces creerán que no hay héroe más fuerte que yo.

El inteligente Aghriras dijo:

–Si a Barmán le pasa algo, nuestros hombres se asustarán y les será difícil competir con sus enemigos. Hay que elegir a un hombre sin fama para luego no tener que lamentarse en exceso.

Afrasiab se enojó fuertemente y consideró vergonzosas las palabras de Aghriras. Lleno de ira dijo a Barmán:

–Ponte la coraza y prepara el arco. Tú eres el honor de estos hombres, no habrá ningún lamento.

Barmán se dirigió entonces al campo de la batalla y llamó a Gharán, el hijo de Kaveh[2], diciendo:

–¿Quién, en ese ejército del renombrado Nozar, se atreve a competir conmigo?

[2] Kaveh, héroe que derrocó al tirano Zahak y creó la primera bandera iraní.

Gharán miró inquisitivo a aquellos altos caballeros, preguntándose quién se lanzaría a la lucha. Entre los gloriosos paladines, ninguno le contestó, excepto el viejo Ghobad. El inteligente caudillo montó en cólera al oír sólo a su hermano, Ghobad.

Debido a esta situación derramó lágrimas, lleno de ira a causa de la humillante tropa. Entre tantos jóvenes guerreros, sólo un anciano estaba dispuesto a hacer frente al combate.

Con el corazón dolido, Gharán dijo ante los héroes estas palabras:

–Oh, Ghobad, has alcanzado una edad tal, que debes apartar las manos de la guerra. Tú eres el mayor y eres la espina dorsal del ejército. El rey cuenta contigo para que se cumplan sus órdenes. Si el color granate asalta tu pelo blanco, la desesperación se adueñará de todos y la derrota se cernirá sobre este campamento. Es sabido que la tristeza vence a los corazones.

Y ahora, escuchad con Gharán, el guerrero, cómo habló Ghobad ante la tropa:

–Hermano, la muerte es para el cuerpo, y la cabeza del guerrero se acaba en el yelmo. Desde la época del gran Manucher el sufrimiento acompaña siempre mi cuerpo. Nadie llegará al cielo vivo. Es sabido: todo hombre es caza: la muerte lo caza. Si yo abandono este vasto universo, un hermano de cuerpo fuerte me sustituirá; harás una tumba real y, después de la partida, me tratarás con cariño. Recuerda, hermano –que la salud te acompañe–: si la sabiduría es el hilo vertical, sé tú el horizontal.

Dicho eso, cogió la lanza y, como un elefante ebrio, partió hacia el combate.

Barmán preguntó a Ghobad:

–¿Quién ha enviado tu cabeza ante mí? El mismo transcurrir del tiempo luchará contra tu vida.

Ghobad respondió así a Barmán:

–Durante mucho tiempo el universo me ha acogido en su seno, mas cuando nos llega la hora, en algún lugar moriremos. Esta hora, sin duda, en algún momento aparecerá.

Diciendo esto, movió su caballo negro a la vez que apaciguaba su corazón ardiente.

Desde medianoche hasta que el sol iluminó toda la tierra los dos guerreros estuvieron combatiendo. Ahora golpeaba uno al otro, ahora sucedía a la inversa. Al final Barmán salió victorioso, cuando en la ira de la lucha golpeó con la lanza la silla de Ghobad, rompiendo el cinturón que lo sostenía. Ghobad cayó del caballo y dio con la cabeza en el campo. Así dejó este mundo aquel anciano de joven valentía y Barmán regresó junto a Afrasiab con el rostro encendido y ufano por su gloria.

Horas oscuras

Al constatar la muerte de Ghobad, Gharán dirigió la tropa hacia el enemigo. Ambos ejércitos se movían como el mar de China. Se hubiera dicho que la tierra se agitaba. Brillos de espadas como diamantes, esmaltados del color granate de la sangre, se hundían en oleadas de polvo, bajo una lluvia de rayos del sol. Por donde Gharán pasaba, el hierro se convertía en fuego.

Afrasiab, el aguerrido, al ver a Gharán de este modo, movió su caballo y dirigió la tropa hacia él. La batalla siguió hasta el anochecer, pero en su corazón no se apaciguaba la ira.

Cuando todo quedó en la más completa oscuridad debido a la noche, Gharán, el guerrero, regresó con la tropa a Dahestán y entró en la tienda de Nozar, acongojado por la sangre de su hermano. Nozar, al verle, derramó lágrimas, con aquellos ojos ya presos del insomnio, y dijo:

–Después de la muerte de Sam, nunca he sentido una tristeza como la de ahora. Que brille como el sol el alma de Ghobad. Que lo que ha vivido en este mundo tenga el valor de vida eterna. Para la muerte y para esta batalla no hay remedio. En la tierra sólo la tumba es nuestra cuna.

Dijo Gharán:

–Desde que estoy vivo he acostumbrado el cuerpo a la muerte. Mi hermano estuvo dotado de inteligencia y de resistencia. Al final me sucederá lo mismo. Ya has visto, hoy, en la batalla, cómo nos acosaba el hijo de Pashang. Cuando perdió parte de su tropa, pidió refuerzos entre los que descansaban. La noche se intensificó por todas partes y él tenía los brazos fatigados. No hubo más remedio que volver del campo de batalla, ya que el polvo y la oscuridad lo dominaban todo.

Las tropas de ambas partes reposaron y el segundo día reanudaron la contienda.

Los iranios se situaron formando filas, dispuestos a su modo para el combate. Afrasiab, al ver aquel ejército, mandó que redoblaran con fuerza los tambores y que también sus hombres formaran filas. Debido a las gran-

des dimensiones de la tropa se levantó tanto polvo que cubrió el sol.

Empezó el combate entre ambos ejércitos y se derramó un río de sangre. Por donde Gharán, el guerrero, pasaba, vertía la sangre del enemigo. Por donde Afrasiab pasaba, la sangre cubría el campo. Por fin, Nozar, desde el corazón de la tropa, avanzó por el centro y se acercó a Afrasiab para enfrentarse directamente con él. Por ambas partes se arrojaron numerosas lanzas, cuyas puntas herían a unos y a otros. Las tropas se movían haciendo giros más sinuosos que los de una serpiente. ¿Cuándo con tal fuerza combatieron los reyes?

El enfrentamiento se prolongó hasta la noche. El hijo de Pashang sentía los brazos fatigados y, entre los iranios, el gran número de bajas hacía más dificultosa la batalla. Sin remedio emprendieron éstos el regreso y se dispersaron por el oasis.

La tristeza dominaba el corazón de Nozar, pues su corona estaba cubierta de polvo. Cuando el sonido de los tambores amainó en el campo, el rey mandó llamar a su hijo Tus. Éste, acompañado de Gostaham, acudió a la presencia del rey con el rostro dolido y el alma llena de pesadumbre.

Nozar confesó la pena que sentía en su corazón. Por dentro le hervía la sangre y su aliento era frío. Recordaba las valiosas palabras de su padre: «Un ejército atacará Irán. Sufrirás muchos padecimientos y se dañará tu tropa en gran medida».

Dijo Nozar a su hijo y a quien le acompañaba:

–Tenéis que partir hacia Pars y buscar a mi familia que está en aquella zona. Desde allí la llevaréis al monte Zaveh, y luego todos os iréis a la montaña de Alborz.

Ahora, dirigíos primero a Sepahán[3], pero sin que la tropa se percate de ello. Si los guerreros os ven, decaerá su ánimo y su fatiga aumentará todavía más. De este modo, quizás dos de los descendientes de Fereydún podrán salvar la vida. No sé si tendremos una nueva ocasión de vernos, pues volveremos a hacer frente a los enemigos. Si os llegan malas noticias de este ejército, la majestad de la monarquía se oscurecerá, pero que vuestro corazón no se entristezca. Se deberá al destino que mueve la alta Rueda y los giros del tiempo.

Muchos consejos dio Nozar a sus hijos y, abriendo sus reales brazos, los estrechó a ambos mientras sus ojos vertían abundantes lágrimas. Dos días descansó la tropa. Al tercero, cuando el sol, iluminador del universo, se encendió, el rey se vio obligado a proseguir la lucha, aunque no era su día de combate.

Gharán se situó en el corazón de la tropa, formando con Nozar su columna vertebral. El ala izquierda se hallaba al mando de Tilmán, la derecha, al de Shapur, el incansable. Por el lado de Shapur todos se dispersaron, pero él siguió luchando hasta morir. Así cayó la suerte de los iranios: una masa de guerreros turcos avanzó hacia Dahestán.

Día y noche continuó la guerra, y la tropa irania seguía resistiendo. Nozar se refugió detrás de la muralla, pero a los jinetes se les cerró el camino para acudir a ayudarle. Afrasiab preparó una nueva tropa, al mando de Kruján, descendiente de Viseh, y le ordenó que fuera hacia Pars, atravesando el desierto sin detenerse. En él se hallaba el refuerzo de los iranios con el que se proponía acabar.

[3] Ispahán.

Gharán, al enterarse de que Afrasiab, por la noche, había preparado aquella tropa, se puso furioso. Con el corazón dolido, pero como una pantera, fue a ver a Nozar y le dijo:

–Mirad lo que el infame rey de Turán quiere hacer con el reino de Irán: ha enviado un fuerte ejército contra la tropa de refuerzo y la familia real. Si alcanza a nuestro refuerzo, no habrá héroe que se le resista. Aquí hay comida y agua corriente, y unos guerreros cuya alma es el rey. Yo perseguiré aquel ejército, lo detendré y le cortaré el camino.

Nozar le contestó:

–Ésta no es la solución. No hay caudillo que sepa organizar el ejército como tú para defender a la familia, y los refuerzos de Tus y Gostaham partieron antes de que sonaran los tambores.

Nozar y Gharán se sentaron luego a comer y pidieron vino para olvidar por un rato las penas del corazón. Cuando Gharán volvió a su tienda, los paladines fueron a hablar con él:

–Nosotros tenemos que ir hacia Pars, no se puede dormir aquí. Si las familias de los guerreros iranios quedan cautivas por la maldad de un corazón lleno de odio, ¿quién podrá sostener la lanza en este campo? ¿Quién podrá permanecer aquí impasible?

Gharán, Shidush y Keshvad, como un solo hombre, estuvieron de acuerdo con esta idea. Pasada la medianoche, estos luchadores emprendieron el camino, llegaron al castillo, vigilado por Gajdaham, y allí se reunieron todos los valientes, una vez despiertos.

Al otro lado del castillo se encontraba Barmán con su tropa, sus elefantes y sus tambores. Gharán, el guerrero,

lleno de resentimiento contra él y pensando en vengar la sangre de su hermano, le atacó de pronto como un león, sin respiro, de modo que no pudo responder. Le arrojó una lanza a la cintura con tal fuerza que destrozó todo su cuerpo. El guerrero emprendió entonces el camino hacia Pars, acompañado por una poderosa caballería.

La derrota de Nozar

NOZAR, AL enterarse de la iniciativa de Gharán, se lanzó a correr tras él. Cabalgaba, sin saberlo, hacia su mal hado, hacia el momento en que se apagaría su estrella.

Cuando Afrasiab supo que Nozar se había encaminado hacia el desierto, preparó con rapidez la tropa y lo siguió sin detenerse. Llegó luego donde se hallaban los hombres de Nozar y estalló la batalla con gran movimiento de la caballería.

Buscaba el rey alguna salida para salvar su cabeza, pero el polvo que levantaban los jinetes oscurecía el mundo. El combate se prolongó durante toda la negra noche, hasta el amanecer del sol. Derrotado, Nozar fue hecho cautivo, con mil doscientos de los suyos, por el victorioso Afrasiab.

Aunque la celeste Rueda confesara sus secretos, no llegarías a comprender lo que procede de sus giros. Ella otorga corona y alto trono, otorga oscuridad y humillación. Gira para los amigos y para los enemigos. A veces alcanza la carne, a veces el hueso. Si un día tu ca-

beza puede rozar una nube, su morada será finalmente la tierra.

Afrasiab ordenó buscar a Gharán, el guerrero, por las cuevas y las montañas, las aguas y los desiertos hasta encontrarlo para quitarle la vida. Dijo al renombrado Viseh:

–Que no se aplaque tu ira por la muerte de Barmán. Si Gharán, hijo de Kaveh, vuelve al combate, ni una pantera podrá resistirlo.

Antes de llegar a enfrentarse con Gharán, Viseh, el comandante del ejército de Turán, al mando de una tropa de famosos jinetes, pudo ver, durante su recorrido, a numerosos conocidos muertos. Entre los héroes del ejército de Turán, muchos habían caído en el camino. Y vio banderas rotas, tambores reventados, cuerpos ensangrentados de color de tulipán y caras amarillas.

Cuando Gharán se enteró de que Viseh llegaba eufórico y victorioso, envió unos jinetes montando caballos árabes hacia Nimruz, y él mismo cabalgó hacia la tierra de Pars.

Salió luego Gharán de Pars a la llanura y vio a su izquierda una tropa, con el comandante turco al frente, y, envuelta en polvo, la bandera negra de Turán. Los dos ejércitos cerraron filas y los más aguerridos se dispusieron a luchar. Desde el corazón de la tropa, Viseh dejó oír su voz:

–El viento se ha llevado la corona y el trono de grandeza. Todo el territorio iranio está bajo nuestras garras. En los castillos lucen ya nuestras imágenes. ¿Dónde vas a morar tú, si tu rey está cautivo?

Él le respondió:

–Yo soy Gharán y tiendo mi kilim en el agua que fluye.

Entonces, a derecha e izquierda se levantó la tierra: el espacio y la luna se oscurecieron. Estalló el combate entre ambos ejércitos, y ya la sangre corría como un río.

Gharán, el guerrero, se lanzó a por Viseh, y éste huyó evitando luchar contra él. Con su fuga, muchos de los turanios perdieron la vida.

Cuando los astros impusieron a Viseh la derrota, Gharán, el guerrero, no lo persiguió para acabar con él. Viseh volvió junto a Afrasiab con las pestañas húmedas porque había perdido a su hijo.

Una vez conquistado el centro de Irán, la tropa, iracunda, salió hacia Zabolestán. Shamasas, veloz y entregado, partió del norteño río de Jeyhún y se dirigió hacia Sistán y Zabol. Jazarván, con treinta mil hombres armados con espadas y mazas, todos turcos, despiertos y aguerridos guerreros, llegó hasta el río Hirmand[4] con gran euforia.

Zal, muy afligido por la muerte de su padre, le erigió un monumento funerario en el cementerio. La ciudad estaba al mando de Mehrab, hombre clarividente y ágil, que envió a Shamasas un mensajero. Éste, al entrar en su tienda, le transmitió afectuosos saludos de parte de Mehrab:

–¡Que el rey de Turán, de corazón valiente, conserve en su frente la corona una eternidad! Nosotros descendemos de Zahak, el árabe, y discrepamos de la corona. De momento Zabolestán es mi territorio, todo está bajo mi dominio. Desde que Zal se puso de luto por la muerte de su padre, me alegra su dolor y me dispongo a no volver a verle la cara nunca más. A vos, gran héroe, pido

[4] Río que se extiende desde el actual Afganistán hasta el sureste de Irán.

tiempo para enviar un jinete veloz, un hombre sabio y

Cuando la noche se convirtió en día, se reunieron to-

valiente, a donde se halla Afrasiab, para informarle de mi secreto, y así acabar con falsas palabras. Si me manda que vaya ante él, iré y no me moveré del lugar donde está su trono. Le otorgaré el reinado y me llenará de contento el estar con él.

De este modo consiguió Mehrab la confianza de Shamasas, mientras, por otro lado, se ponía en acción. Llamó a un mensajero y le dijo:

–Sé ave, abre alas y plumas. Busca a Zal y cuéntale lo que has visto. Y que venga sin un instante de demora. Dile que dos héroes están aquí dispuestos a combatir, y el campo está lleno de turcos fieros como panteras. Hay dos tropas acampadas a la orilla del Hirmand. Con dinero, las he detenido. Si se descuida un momento y tarda en venir, el malvado satisfará sus deseos.

Cuando Zal oyó estas razones, sin más, se puso en marcha hacia donde Mehrab estaba. Cabalgaba acompañado de guerreros y llegó hasta el lugar en que se hallaba. Mehrab, de cabeza inteligente y sabia, lanzó al aire estas palabras:

–No me da miedo ningún ejército. Para mí lo mismo es Jazarván que un puñado de tierra.

Zal afirmó entonces:

–De noche iré hacia ellos y lograré derramar su sangre. Se enterarán de que he vuelto. En busca de venganza he venido.

Su mano cogió un enorme arco y flechas como ramas de árboles. Encontró luego el campamento de los héroes, tensó el arco y dispuso las flechas rápidamente. Lanzó tres flechas a tres puntos del ejército, se elevaron gritos y estalló el movimiento.

dos, completamente perplejos por las enormes flechas, y no cesaban sus comentarios: «Esta flecha sólo puede ser la de Zal, ningún otro guerrero puede lanzar semejante flecha con el arco».

Al despuntar los rayos del sol e iluminar el cielo, en el campo se levantó el atronar de los tambores. Zal dirigió la tropa hacia la llanura y la sacó, con sus guerreros y elefantes, de la ciudad. Jazarván, rugiendo y con maza de hierro y espada, fue cabalgando hacia él y con la maza asestó un duro golpe a su blanco cuerpo, de modo que su cota de malla se desgarró. Zal se la cambió y se lanzó al combate como un león. En la mano la gran maza de su padre, en la cabeza la ira y en el corazón la sangre encendida. Tal mazazo propinó a Jazarván, que la tierra se tiñó de rojo.

El héroe llamó entonces a Shamasas para que saliera al combate, pero éste no salió: temía que se le secaran las venas por la sangre vertida. Entre nubes de polvo, Zal encontró a Kalbad, diestro en el manejo de la espada, y se lanzó con la maza contra el héroe turco. Él, al ver aquella maza, se escondió para evitarla. Zal preparó luego el arco y le lanzó una flecha, que dio justo en el cinturón de Kalbad, formado por una cadena de acero, y cosió su cintura a la silla del caballo. Toda la tropa lanzó un suspiro. Con la caída de Jazarván y Kalbad, Shamasas se atemorizó y su rostro se puso pálido.

Fueron tantos los hombres que perdieron la vida en el campo de batalla que el universo mismo cercaba ya al ejército turanio. Con cinturones desabrochados y armas rotas, huyeron todos hacia donde se hallaba el rey de Turán.

Una cueva en Sari

Mientras Shamasas cruzaba el desierto, apareció Gharán, el hijo de Kaveh. Y las tropas se enfrentaron de nue-

vo. Esta vez, Shamasas atacó a Gharán, sediento de venganza. Gharán adivinó quiénes eran aquellos que regresaban de Zabolestán, dio la orden de que tocaran las trompas, cortaran el camino y cerraran filas ante el enemigo. Atacó de tal manera a aquel ejército cansado y sin héroes que el polvo de la tierra cubrió el sol.

Shamasas y algunos de sus hombres se salvaron del oscuro polvo de la batalla. El rey de los turcos recibió luego la noticia de que el mundo quedaba vacío de sus héroes más gloriosos y se sintió vencido por el fuego de la ira y la tristeza. Su cara se empañó con la sangre de su corazón. Irritado dijo:

–¿Dónde está Nozar? En él, Viseh debe satisfacer su hambre de venganza.

¿Era éste un remedio: derramar sólo la sangre de Nozar? Semejante hecho sólo fomentaría un nuevo odio.

Mandó, pues, el rey que el verdugo lo trajera a rastras ante sí para que aprendiera cómo se pierde la cabeza. El rey Nozar, al conocer la orden, supo que su día sería segado. Un grupo de guerreros, gritando, fue en busca de Nozar. Le ataron las manos con un fuerte lazo y lo arrastraron hasta Afrasiab. Éste, al ver a Nozar, abrió la boca y habló de la venganza de sus antepasados. Le dijo:

–Mereces todo el mal.

Y con rabia cogió la espada, cortó aquella cabeza coronada y tiró su humillado cuerpo al suelo. El recuerdo del rey Manucher se desvaneció. Irán quedó huérfano de corona y de trono.

OH, HOMBRE, si eres sabio e inteligente, no te cubras con los ropajes de la codicia, ¡cuántas coronas y tronos hemos visto! Semejante a esta historia, oirás muchas. Llegas al lugar que buscabas inquieto y ves que lo conseguido se acaba. ¿Qué persigues en esta tierra oscura, oh mezquino? Al final tienes que devolverlo todo. Si la Rueda giratoria mueve tu asiento, tu lecho acaba por ser la tierra.

Después, los turanios arremetieron contra los hombres de Nozar. Ellos, por salvar la vida, pedían clemencia. Aghriras, el sabio, al ver esta escena, sintió que le ardía el corazón. Irritado y rugiendo como una fiera, acudió como mediador a solicitar perdón para ellos, y animó a Afrasiab a actuar con justicia con estas palabras:

–Hay muchos héroes y famosos jinetes, pero todos están aún sin caballo, ni sayo, ni batalla. No es noble matar al cautivo. El declive está siempre al lado de la altura. Es preferible que no les hagas daño. Déjamelos en cautiverio. Los encarceleré en una cueva, en Sari[5], custodiados por guardias bien dispuestos. Allí, llorando, consumirán su vida. No quieras mancharte con su sangre.

Al oír estas palabras pronunciadas con dolor, Afrasiab les perdonó la vida, dio orden de enviarlos a Sari, atados con cadenas y humillados, y desde Dahestán se dirigió hacia la ciudad de Rey[6], con gran padecimiento de los caballos y de los suyos. Y colocó sobre su propia cabeza la corona irania y empezó a repartir dinares.

[5] Ciudad al sur del mar Caspio.
[6] Ciudad antigua, situada al sur de la actual Teherán.

El caballo Rajsh

LAS PALABRAS de Zal se expandieron por todo Irán y llenaron de aliento y estímulo a todos.
Dijo Zal a Rostam:

–Tu cuerpo es poderoso como el de un elefante, entre los héroes eres el más alto, pero tienes una tarea que cumplir y un largo camino de sufrimiento que puede hacer que pierdas el sueño, la calma y los dones. Oh, hijo, todavía no ha llegado tu hora de lucha, pero tampoco es hora de diversión. ¿Qué puedo hacer? ¿Cómo enviarte al campo de batalla, entre turcos airados y vengativos?

Rostam respondió así a Dastán, el hijo de Sam:

–No soy hombre de calma ni de copas. Si uno tiene un cuerpo fuerte y unas manos potentes, no puede pasar la vida en un recreo tranquilo. Necesito un caballo alto, domado por la curva de mi propio lazo, y una maza fuerte como una montaña, para que, cuando se acerquen los turanios, pueda machacar sus cabezas con ella y no haya enemigo que resista ante mí.

Debido al deseo expresado por Rostam, todos los rebaños de caballos de Zabol desfilaron ante él y todo aquel que Rostam apartaba apretando sus lomos con la mano, al no poder aguantar su enorme fuerza, por este mero gesto se doblaba y rozaba el suelo con el vientre.

El joven héroe recorrió desde Kabul hasta Zarang[11], probando al galope todos los rebaños de distintas razas. Entre ellos vio correr a una yegua blanca, de tronco como un león y de patas bajas, dos orejas como dos dagas afi-

[11] Ciudad del sureste de Irán.

El valiente joven, ante las palabras de Rostam, sonriendo le dijo:

–¡Oh, hombre fuerte, que perteneces a la descendencia de Fereydún! yo soy Keighobad, y conozco los nombres

Ghobad se levantó como una llama y montó su caballo rojo. Rostam, al servicio del rey, lo seguía como el viento. No dejaron de cabalgar ni de día ni de noche, hasta que llegaron donde se hallaba una tropa de tura-

de todos mis antepasados.

Al oír esto, Rostam inclinó la cabeza, bajó del banco y se dispuso a servirle:

–¡Oh, rey de los reyes del universo, refugio de los grandes y más célebres héroes!, tengo un mensaje para el gran rey de parte de Zal, el héroe por excelencia. Si se lo permitís, este siervo abrirá la boca para enunciar el mensaje.

Ghobad se levantó de su sitio y atendió a Rostam con su corazón y su mente. Éste empezó a hablar y descifró el mensaje del campeón de los héroes.

Al oír el mensaje, el corazón de Ghobad empezó a palpitar de gozo. Cogió un cáliz que desbordaba vino y brindó a la salud de Rostam. También él bebió una copa, alabando al rey. Todos los presentes lanzaron exclamaciones. Aumentó la alegría y disminuyó la tristeza.

El rey dijo al héroe:

–Tuve un sueño muy claro: vi dos águilas blancas que llevaban una corona brillante como el sol. Se me acercaron suavemente y me pusieron la corona. Al despertar me sentí lleno de esperanza debido a aquellas águilas blancas y a la corona radiante, y preparé este banquete según la etiqueta real en el oasis, como ya ves. Rostam es el águila blanca y me da la buena nueva de la corona.

Rostam, también llamado Tahamtán, al oír el sueño del rey, donde aparecían las dos águilas y la corona brillante, dijo al valiente rey:

–Este sueño es una profecía. Poneos en marcha para ir hacia Irán y acompañar a los valientes.

nios. Enterado Gholún, el valiente turco, como un rayo acudió a la batalla. Al ver la situación, el rey lo desafió a singular combate. Entonces Rostam le dijo:

–Oh, mi rey, el combate no es lo que os toca. Iré yo con *Rajsh*, mi mazo y mi armadura, y él no podrá resistirme.

Dicho esto, partió con *Rajsh* y dispersó a un grupo de jinetes. Gholún creyó ver a un diablo desatado, con la maza en la mano y el lazo en la silla. Se encaminó hacia Rostam veloz como el viento y lo atacó con la lanza para romperle la armadura. Tahamtán alargó la mano y cogió la lanza. Gholún se quedó perplejo ante su valentía. Rostam le arrebató la lanza, rugiendo como un trueno en la montaña. Con aquella misma lanza, levantó a Gholún de su silla, que fue a dar en el suelo.

Gholún era ya como un pájaro atrapado por una flecha. Toda la tropa lo estaba observando, y todos huyeron de la batalla humillados y quejándose de la mala suerte.

Por la noche, Rostam condujo al rey hasta Zal, pero a nadie mencionaron su llegada. Durante una semana estuvieron sentados deliberando y consultaron a los magos y los expertos. El octavo día prepararon el trono de marfil y colgaron al lado la corona.

El reinado de Ghobad

KEIGHOBAD SUBIÓ al trono y se puso la corona toda

cuál es su bandera? ¿Será aquella violeta que brilla? Daré caza a su cinturón y lo traeré a rastras hasta aquí.

Zal le dijo:

incrustada de joyas. Se presentaron los paladines: Zal, Gharán, el guerrero, Keshvad, Jarrad y Barzán, e hicieron una ofrenda de joyas y perlas a la nueva corona. Ghobad escuchó las palabras de los mayores. Acudieron incluso Afrasiab y su tropa. Al día siguiente, el rey convocó al ejército. Rugidos se desataron en la corte. Rostam, con las armas y la armadura de guerra, se movía como un elefante, levantando polvo de la tierra.

A un lado se hallaba Mehrab, el rey de Kabul, al otro Gajdahm, el luchador dispuesto. En el corazón mismo se encontraba Gharán, el guerrero, acompañado por Keshvad, el destructor de ejércitos. Tras ellos, Zal y Keighobad, en una mano fuego, en la otra viento. Al frente de todos, la bandera de Irán, de colores rojo, amarillo y violeta. El ejército cubría la tierra toda. Parecía un barco en el undoso mar de China. El campo de batalla estaba lleno de escudos y las armas brillaban como lámparas. Toda la tierra se convirtió en el mar Negro, donde se veían cien mil velas encendidas cuando se entrechocaban las espadas en la oscuridad. El ágil Gharán, al ver la situación, lanzó un grito como un trueno y, moviéndose a izquierda y derecha, luchaba con todo el que encontraba. Así se comporta la vieja Rueda: a veces es como un arco, a veces como una flecha.

Rostam contemplaba la actitud de Gharán y vio cuál era su manera de luchar. Se acercó a su padre y le preguntó:

–Oh, gran héroe, dime, Afrasiab, el hombre del mal pensamiento, ¿dónde se sitúa en la batalla? ¿Qué lleva y

turón no pudiera resistir. Se rompió y Afrasiab cayó al suelo. Sus jinetes, al punto, lo rodearon. Así el adalid turco logró escapar a Rostam. Y éste lamentaba lo ocurrido

–Hijo mío, escúchame, hoy tienes que estar muy despierto. Aquel turco, en la lucha, es un dragón. En odio y en velocidad es como una nube dañina. Su bandera es negra, su armadura, negra, sus brazos de hierro y su casco de hierro. Todo el hierro que ostenta está dorado y lleva una señal negra en la cintura. Ve con gran cautela, es un valiente y un hombre con buena suerte.

Rostam le dijo:

–¡Oh, gran héroe!, no te preocupes por mí. El Creador del universo me acompaña. Mi corazón, mi espada y mi fuerte brazo son mi muralla.

Entonces hostigó a *Rajsh,* de fuertes pezuñas, y el caballo de cola taurina relinchó. Afrasiab lo vio en el campo y quedó perplejo ante el adolescente. Preguntó a los turcos quién era aquel dragón de tal modo desatado.

–¿Quién es?, ¿quién es? –insistía– No sé su nombre.

Uno le contestó:

–Es el hijo de Zal, es Rostam, también llamado Tahamtán. ¿No ves que viene con el mazo de Sam? Es un joven que busca conquistar la gloria.

Afrasiab llegó ante la tropa como un barco levantado por las olas.

Rostam supo que era él, hostigó el caballo con las piernas y empuñó la gran maza que llevaba al hombro. Cuando estuvo muy cerca de Afrasiab, dio con la maza en su silla, lo agarró del cinturón y, como una pantera, lo arrancó del caballo. Quería llevarlo ante Ghobad para que éste, en su primera guerra, hiciera justicia. Pero el peso de Afrasiab y la fuerza del jinete hicieron que el cin-

aconsejada por nuestros ancestros. Ni está vacía la tierra de la semilla de Iraj, ni el veneno mortal se convertirá en medicina. Se va uno, y otro ocupa su sitio, no queda sin

¿Por qué no lo he atado?, se preguntaba, ¿por qué confié en el cinturón?

La buena nueva llegó al rey: Rostam había destrozado el corazón de la tropa enemiga. Desde el momento en que se había enfrentado con el rey turco, la bandera de éste había desaparecido. Lo había cogido por el cinturón y echado al suelo humillado. Gritos de dolor se levantaban de las gargantas de los turanios.

Ghobad avanzó como el fuego. Movía la tropa como el viento mueve el mar. Aumentó el estrépito de los golpes, brillaron las espadas y las heridas. Parecía que una nube saliera de la tierra venciendo a la luz del sol. Debido al polvo de los jinetes que cubrían el gran campo, las tierras se compactaban y no había ya siete, sino seis tierras, y los cielos no eran siete, sino ocho[13]. Mil ciento sesenta héroes valerosos murieron de heridas en el campo de batalla. Los turcos abandonaron el combate y encaminaron su ejército hacia Damghán[14].

Con la armadura rota, el cinturón desgarrado, sin trompa, ni tambor, confuso de pies a cabeza, Afrasiab se dirigió a donde Pashang se hallaba. Con la lengua llena de palabras y las manos vacías, dijo:

–¡Oh, renombrado rey, la guerra que provocasteis era ilícita! Romper el acuerdo con el rey de Irán no era la vía

[13] Frase famosa de Firdusi por sus brillantes ecos, ya que se creía que había siete cielos y siete tierras, y él atribuye a lo violento de la batalla que la tierra pierda una capa y se añada una al cielo.
[14] Zona del noreste de Irán.

amo el universo. Llegó Ghobad, se puso la corona y abrió una nueva puerta al odio. Un jinete descendiente de Sam, al que Zal ha dado el nombre de Rostam, ha aparecido. Avanza como un dragón airado, como si quisiera quemar la tierra con su aliento. Cabalgando, hiere en lo alto y en lo bajo. Con su maza, lazo y espada, destrozó toda nuestra tropa. ¿A quién no sorprende una cosa semejante? Al ver mi bandera en un rincón, me alcanzó con un golpe de maza, de tal modo que me separó de la silla, como si yo no tuviera ni el peso de una mosca. El cinturón se rompió, caí de sus garras a sus pies. Los jinetes acudieron todos a una y me alejaron de aquella montaña. He visto un cuerpo de elefante con garras de león. Algo que está fuera del alcance del juicio, la inteligencia y la imaginación. Golpes a millares con la maza asesta al cuerpo y a la cabeza, como si fuera de hierro, como si su rostro fuera de piedra. Para él es lo mismo enfrentarse con el mar o con un tigre. Es un león devorador o un elefante de inmensa mole. Cabalgaba como si de un día de caza se tratara. Parecía tomar el combate como un juego. No hay más salida que hacer la paz. Vuestro ejército no podrá con él. Los suyos me dieron el mismo territorio que el gran Fereydún otorgó a Tur y borraron lo acontecido. No debisteis buscar venganza. La rosaleda está hoy en capullo, dentro de poco habrá pasado el tiempo de recoger las flores. No dejéis la labor para mañana, ¿quién sabe qué giros dará el Tiempo? La guerra contra Irán os parecía un juego y este juego indujo al ejército a la invasión. Muchos fueron los héroes famosos que perecieron

en esta batalla, pero aquello de lo que uno nunca se puede recobrar es de la derrota. Dejad, pues, de pensar en el pasado y buscad hacer la paz con Keighobad. Si tenéis

principio, estableció el bien con generosidad, y esto fue encomiable. Era un gesto que hubiera debido restablecer nuestra confianza, pero nosotros nos aparta-

otro deseo, fijaos en las cuatro partes de su ejército: a un lado, Rostam, como sol radiante, contra el que no puede fuerza alguna a la hora de luchar; a otro lado, Gharán, el guerrero, cuya vista nunca experimenta la derrota; en el tercero, Keshvad, el del casco dorado, ese mismo que fue a Amol y se llevó la familia real; y en el cuarto, Mehrab, el señor de Kabul, bajo la orden del rey y adalid de Zabol.

Unos años de paz

El adalid de los turcos, con los ojos llenos de lágrimas, estaba perplejo por lo que contaba Afrasiab. Eligió un hombre inteligente y lo envió a Irán tal como exigía la situación. Escribió una carta al modo de Artang[15], llena de colores e ilustraciones, con estas palabras:

En el nombre del Creador del sol y de la luna, astros con los que adornó el universo, saludos y paz para el alma de Fereydún, a cuya semilla se debe nuestra existencia. Tur se comportó mal con el benevolente Iraj, cuando quiso apoderarse del trono y la corona. De estos hechos acontecidos con Iraj nació el odio. Manucher buscó venganza hasta el final. Fereydún, al

[15] Libro de Mani, bellamente ilustrado.

mos de la vía de los grandes. Gracias a él, bajo nuestro poder se hallaban las tierras que se extienden desde el río Jeyhún hasta el transocéano, hasta Bujara. En tiempos del gran rey Fereydún, nuestro territorio alcanzaba los límites donde aquel río marcaba la frontera. Iraj nunca aspiró a esta zona. Fereydún, comportándose aún mejor, le otorgó una parte del territorio iranio. Si nos desviamos de esta senda, estrechamos para nosotros el universo y sólo conseguiremos heridas de la espada y de la ira de Dios, tanto en este mundo como en el otro. Del mismo modo que el gran Fereydún dividió su reino entre Tur, Salm e Iraj, debemos ser generosos y abandonar el odio, que la tierra no merece tantas catástrofes. Al final, nadie tendrá más que un pedazo de suelo que albergue su cuerpo. Cuando nos llega el día, quedamos bajo él, envueltos en un sudario y hundidos en un hoyo. La codicia trae consigo el dolor y el sufrimiento, trae penas para el corazón en este fugaz mundo de cinco días. Si Keighobad acepta esto, todo hombre con juicio lo respetará. Ninguno de nosotros pondrá los ojos en el Jeyhún, ni en sueños, y tampoco nadie de Irán cruzará este río. Así sea. Y que con un saludo, recuerdos y buenos mensajes, ambos países recuperen la alegría.

El rey de Tur, una vez sellada la carta, la envió a Irán con una tropa. Los que llevaron la carta a Keighobad le hablaron según el tono de la carta. Ghobad les respondió:

–Sabéis bien que nosotros nunca fuimos los primeros en presentar batalla. La primera acción fue obra de Tur, y por ella quedó vacío el trono de Iraj. Por entonces,

pre una luz para el mundo. Otorga la ciudad de Kabul a Mehrab, y ten preparada la punta de la lanza, bañada en veneno, pues donde hay un reino hay también guerra, por pequeño que sea el territorio.

Afrasiab se dispuso al combate y cruzó las aguas del Jeyhún. Ya sabéis lo que hizo con el rey Nozar, cuyo corazón llenó de dolor y de ira, pues, movido por el odio contra Aghriras, el inteligente, lo trató de manera inhumana. Si os arrepentís de tan mal comportamiento y volvéis de nuevo a respetar el compromiso, considerad que yo no me entrego a la codicia ni al odio, tengo suficiente cosecha en este mundo de cinco días. Así que os otorgo marcar el límite más allá de las aguas del Jeyhún, siempre que Afrasiab se conforme.

Así Ghobad redactó un nuevo acuerdo: sembró un árbol en el jardín de la grandeza. El enviado volvió veloz como un rayo y entregó la carta a Pashang. Éste dejó cuanto tenía dispuesto y movió la tropa tan deprisa que dispersó el polvo en el aire y cruzó como un viento el río Jeyhún. Estos sucesos los comunicaron a Keighobad diciendo: «El enemigo, sin más, abandona la guerra».

El corazón del rey desbordó de alegría, pero Rostam le dijo:

–Oh, majestad, no busquéis conciliación cuando el tiempo es de guerra. Antes no había ninguna señal de paz. Hoy ha sido mi maza la que los ha traído aquí.

El rey le dijo:

–No he visto nada mejor que la justicia. El bisnieto de Fereydún, Pashang, cuando está satisfecho, no busca la guerra. El que tiene inteligencia no necesita mirar hacia el mal. He redactado, sobre seda, un mandato según el cual desde Zabolestán hasta el río Sind está todo bajo tus órdenes. También Sartajt y Nimruz. Intenta ser siem-

dar también algo al estado, que, a su vez, lo dará al que no tiene para comer y al que no es capaz de sostenerse. Hay un lugar donde se da alimento y es mi corte; un lugar para todo el que es de este ejército.

Así Keighobad vivió cien años. ¡Mirad quién fue el

Adornó entonces la cabeza de Rostam con la corona de oro y su cintura con el cinturón dorado. Luego, el bondadoso Ghobad dijo:

–Sin Zal, el majestuoso trono carece de valor. El mundo entero vale menos que un cabello de Zal. En él se reúne el recuerdo de los más grandes.

Y envió un vestido real con hilos de oro entretejidos y una corona, y un cinturón adornado de rubíes y turquesas a Dastán, el hijo de Sam, añadiendo que era merecedor de mayores regalos todavía.

Desde allí, Ghobad dirigió el ejército hacia Pars, donde se encontraban las llaves de los tesoros. En aquellos momentos su morada se hallaba en Estajr[16], donde ostentaba la corona. Todo el mundo fue a recibirle, pues él era la cabeza visible del reino. Ghobad subió al trono real y su empeño fue ejercer la justicia y la bondad.

Habló entonces con los hombres más venerables:

–Bajo mi reinado, en cualquier parte de su territorio, si el poderoso se comporta mal con el débil, la justicia y la fe desaparecen. Prohíbo, pues, que en toda su extensión se lleve a cabo lo que no es justo. Hay que temer la ira de Dios y ésta la despierta la mezquindad. La comodidad es para mi dolor y sufrimiento. Donde hay tierra y agua, reside mi tesoro. El que combate y el que trabaja la tierra son iguales. En mi reino ambos son mi ejército. El que posee bienes, además de comer, por agradecimiento debe

[16] Zona del sur de Irán, cerca de la actual Shiraz.

Un diablo bajo disfraz de juglar

EL ÁRBOL fuerte y de gran altura, con el paso del tiempo se debilita. Sus hojas se marchitan, su raíz se ablan-

verdadero rey de aquel universo!

Ese rey tenía cuatro hijos inteligentes, que fueron su huella en el mundo. El primero, el rápido en sus juicios, Keikavús; el segundo, Keiarash; el tercero, Kelpashín, y el cuarto, el llamado Arash. Todos ellos vivían en paz y prosperidad. Pasados aquellos cien años de su vida, sentado en el trono y ceñida la corona, el arco del destino de Ghobad llegó a sus últimos pasos.

El rey, al sentir que la muerte se aproximaba, que era irremediable el marchitarse de la hoja verde, convocó a Keikavús, le habló de la justicia y de la generosidad, y le dijo:

–Cuando yo deje la vida, ponme en el ataúd y sube al trono. Me siento como el día en que desde la montaña Alborz vine alegre con un grupo de compañeros. Si tú eres justo y tienes una fe pura, no recibirás más que alabanzas. Si tu cabeza cae en la trampa de la codicia, esto se volverá contra ti como una espada sacada de la vaina.

Dicho esto, abandonó el ancho mundo, prefirió la caja al castillo.

Y aquí concluye la historia de Keighobad. Demos paso a la de Kavús[17], su primogénito.

[17] El mismo Keikavús.

El jefe de la corte se dirigió con precaución hacia el rey y le comunicó:

–Un juglar está en la puerta. Toca el barbat[19] y canta bien.

Kavús mandó convocarlo y lo sentó en el lugar de

da y su cabeza se inclina hacia abajo. Si se le mueve el pie de donde está, deja el sitio a una rama nueva y otorga la flor, la hoja y el jardín a esta rama que es una primavera brillante como una lámpara. En el mundo, el recuerdo de todo padre se da en el hijo. A través de él se revelan sus secretos. Si el hijo merma la grandeza y la fama de su padre, hay que tenerlo por ajeno y no considerarlo como un hijo. El que pierde la vía del maestro, si experimenta el mal en el mundo, lo merece. Así son los modos de este anciano mundo donde habitamos, no podrás distinguir el pie de la cabeza.

Cuando Kavús ocupó el lugar de su padre, todos se pusieron a su servicio. El mismo trono, collar y pendientes, la misma corona adornada con joyas, los mismos caballos árabes de largas melenas, y su reino sin par en el mundo. De este modo, en la áurea rosaleda, durante un tiempo bebió buen vino.

Hallándose sentado en trono de oro, sobre base de cristal, como hombre que domina el mundo, Kavús consultó con todos los héroes de Irán, uno más, uno menos, hasta que un diablo, con apariencia de juglar, se presentó en la corte y pidió audiencia. Dijo este diablo:

–Vengo de la región de Mazandarán[18] y soy un buen músico entre los juglares. Si merezco ser siervo del rey, abridme el camino hacia su trono.

[18] Región del norte de Irán que se halla entre la montaña Alborz y el mar Caspio.

ejército hacia Mazandarán. Dijo entonces a los grandes de la guerra:

–Sin parar hemos estado celebrando fiestas. Si el valiente sigue al ocioso, no se harta de comodidad. Comparado con Jamshid, Zahak y Keighobad, yo soy superior

los músicos. El juglar, entonces, creó con el barbat una bella melodía, que acompañó con una canción de Mazandarán:

¡Que sea eterna nuestra ciudad Mazandarán,
que siempre sea próspero nuestro territorio!
Todos sus jardines están llenos de flores,
y todas sus montañas llenas de tulipanes y jacintos.
El tiempo es agradable y la tierra está cubierta de colores.
No hace calor, ni frío, pues siempre es primavera.
En la rosaleda es juglar el ruiseñor.
Y por la ladera de la montaña corre la gacela.

Por sus arroyos, la corriente es como agua de rosas,
cuyo aroma alegra el alma.
Pasamos el año entero entre sonrisas a la orilla del río.
Y por doquier vuelan halcones de caza.
Todo el territorio está adornado
con telas de seda y dinares;
doncellas con áureas coronas y
hombres fuertes con cinturones dorados.

Kavús, al oír estas palabras, empezó a concebir un nuevo plan. Su corazón guerrero se inclinaba a dirigir su

[19] Nombre antiguo del laúd. Literalmente significa «pecho de pato», debido a la forma que tiene este instrumento.

pensar en una cosa semejante, es decir, no se le pasó por la cabeza que algo así era señal de fuerza, fama y arte. Manucher, que se adelantaría a todos, nunca sintió en el corazón la necesidad de buscar una salida, alejando este mal del territorio iranio».

Entonces dijo Tus a los otros señores de la guerra:

en dicha, majestad y justicia. En el arte he de ser superior: la cabeza coronada debe estar presente en todo el universo.

Cuando los señores de la guerra oyeron estas palabras, no las consideraron felices. Todos quedaron pálidos con los rostros crispados: nadie había osado emprender la lucha contra los diablos. No hubo quien expresara la respuesta que en verdad quería dar, pese a que el frío viento les encogía el corazón a todos, tanto a Tus, Gudarz, Keshvad y Guiv, como a Jarrad, Gorguín y Yomham Niv[20]. Dijeron, en cambio, en voz alta:

–Somos tus siervos. No nos movemos por la tierra sino bajo tus órdenes.

Luego se reunieron entre sí y hablaron de lo que sentían en lo hondo del corazón. Unos a otros se comentaban: «Llega a su fin nuestro buen hado. La muerte conquista Irán y a nosotros, en este territorio, no nos quedan edificaciones, ni agua, ni tierra. Jamshid, con toda su grandeza y la fuerza de su anillo[21], a cuyo servicio estaban todos los diablos, aves y hadas, nunca habló de Mazandarán, ni buscó la lucha con los fuertes diablos. A Fereydún, el erudito, poseedor de hechizos, no se le ocurrió

[20] Nombres de los héroes.

[21] Tanto a Jamshid como a Salomón se atribuye la posesión de un anillo en cuya piedra estaba el nombre supremo de Dios, por lo cual los diablos y los hombres les estaban sometidos.

a la zona de Mazandarán. No te demores ni un instante, que el rey emprenderá la marcha enseguida. El viento se llevará la cosecha de todos los esfuerzos que hiciste desde que empezó a reinar Keighobad.

Dastán, al oír este mensaje, se enojó profundamente.

–Oh, valientes héroes y guerreros, esta aventura sólo tiene un remedio. Lo pondremos en práctica y no será difícil. Hay que enviar un ágil jinete a Zal, el hijo de Sam, para advertirle: «Aunque tengas la cabeza enjabonada, no te la aclares[22], presta atención y ven enseguida». Zal abrirá sus labios consejeros para hablar con el rey y decirle que el gran Satán advierte que no hay que abrir la puerta a los diablos. Sólo Zal podrá hacerle cambiar de opinión. Si no puede, se acabará esta época de grandeza.

Los señores de la guerra agotaron el tema. Eligieron un jinete valiente, que, cabalgando, se fue hacia Nimruz, donde se hallaba Zal. Una vez allí, le entregó el siguiente mensaje de los héroes:

Oh, valiente hijo de Sam, ha surgido un sorprendente problema, cuyas consecuencias son difíciles de valorar. Si no te ciñes el cinturón y acudes a resolverlo, no quedará cuerpo, ni territorio alguno. Un deseo se ha apoderado del corazón del rey. Ha sido obra del diablo, que lo ha desviado del camino recto. No intenta proteger el fruto de los sufrimientos de sus antepasados. Sin valorarlos, aspira a conseguir un tesoro creyendo que no entraña dificultad, y pretende ir

[22] Expresión que indicaba la urgencia.

Tus le dijo:

–¡Oh, héroe triunfador, has soportado el sufrimiento del largo camino, por ayudar a los mayores entre los iranios! Has preferido estos padecimientos a la comodidad. Todos te admiramos y nuestro honor se debe a la grandeza de tu corona.

Zal replicó a los paladines:

Su cuerpo se puso a temblar como un árbol.

Dijo Zal:

–No me sorprendería que Kavús, este ser egoísta, que no ha probado todavía el frío ni el calor del mundo, no confíe en mí. Si no escucha mi consejo, me llevará a la hartura y, en este caso, me quitaré un peso del corazón y no volveré a pensar en los asuntos reales. Iré, sin embargo, a darle todos los consejos que pueda. Si me escucha, llegará a buen fin.

La codicia de Kavús

Pasó el héroe del universo la noche entera reflexionando y, al romper el alba, cuando el sol dejó ver su corona en el cielo, se ciñó el cinturón y emprendió el camino dispuesto a presentarse al rey, acompañado de los más grandes. La noticia llegó a Tus, Gudarz y Guiv; también a Roham, Gorguín, y al fuerte Niv.

Cuando Zal, el que lleva la corona de los héroes, se halló cerca de la capital de Irán y su victoriosa bandera apareció, los comandantes del ejército fueron a recibirlo. Todos los héroes lo alabaron y, juntos, se dirigieron hacia la corte.

Luego empezó a hablar del asunto que le había llevado a su presencia con excelsas palabras:

–Oh, rey del universo, mereces el trono y la corona majestuosa. Antes que tú hubo reyes y nunca emprendieron la vía que te propones seguir. Manucher dejó este vasto mundo y gracias a él quedaron muchos tesoros y castillos. Siguieron sus huellas Nozar y Keighobad, va-

Zal replicó a los paladines:

–El que no está pulido por el paso de los años, aprende del consejo de sus mayores. Después, le enseña más la Rueda giratoria. No es conveniente privar al rey de nuestros consejos. Él los necesita. Y si vuelve sus ojos a la razón y escucha nuestras palabras, llegará a arrepentirse de sus hechos en el mundo.

Acto seguido se dirigieron todos a la presencia del rey y desfilaron ante la corte. Primero entró Zal, el blanco, y tras él los grandes héroes que ostentaban cinturones dorados. Zal, el hijo de Sam, también llamado Dastán, al ver a Kavús sentado alegremente en el trono real, se le acercó cabizbajo, con las manos cruzadas, y le dijo:

–¡Oh, señor del universo, honor de los grandes y valientes, no hay trono y corona como los que ostentas, la Rueda no recuerda una vida tan dichosa como la tuya! ¡Que tu vida transcurra siempre en la alegría y la victoria! ¡Que la sabiduría y la justicia imperen en tu cabeza y en tu corazón!

El gran rey lo alabó y lo hizo sentar en el mismo trono. Luego le preguntó por su largo viaje, por los héroes y por Rostam.

Zal respondió al rey:

–Tu eterna realeza y la alegría de todos depende de tu destino. Tus súbditos tienen la cabeza alta debido a tu corona.

tos. A mis ojos son bien poca cosa, son débiles, tanto los diablos como la magia. A tus oídos llegará esta noticia: el mundo ha quedado limpio de ellos. Tú, acompañado por Rostam, cuida de nuestro territorio. Estad atentos y alerta por Irán. El Creador del orbe está conmigo. La cabeza del gran diablo es mi caza. Si ahora no eres mi compañero de guerra, no nos detengas en esta

liosos hombres que hicieron grandes obras. Éstos poseyeron un valiente ejército dotado de armas poderosas y, en cambio, nunca pretendieron ir hacia Mazandarán. Allí se encuentra la morada del diablo hechicero. Está dotada de un talismán y su entrada es mágica: no se puede abatir con la espada, ni con la ciencia, ni es asequible con tesoros. Tampoco su trampa puede abrirse. No te lances a lo que sólo te puede causar sufrimiento, no eches a perder lo que posees. Los que allí van, pierden el amparo de la fortuna. Es preciso renunciar a este camino. No hay que encaminar el ejército hacia allí. Ninguno, entre los reyes, concibió esta idea. Si estos héroes actúan con menos ímpetu que tú, es porque son siervos del Justo Juez. No plantes un árbol de codicia y lo riegues con la sangre de sus cabezas.

Pero Kavús le respondió de este modo:

–No siento tener necesidad de tus opiniones. Si me comparo con Fereydún y Jamshid, creo que les soy superior en fuerza, grandeza y riqueza. También respecto a Manucher y Keighobad, que no pensaron en Mazandarán... Mi ejército, mi coraje y mi tesoro los supera. El universo está bajo mi afilada espada y obligaré a someterse a todos los diablos. Apoyándome en mi espada los dominaré a todos y no dejaré habitantes en Mazandarán, o bien los constreñiré a pagar enormes impues-

de Irán. Atendiendo la petición de los héroes, soportaste los contratiempos que comportó recorrer un difícil camino.

Todos los paladines lo abrazaron. Y él emprendió la marcha hacia Sistán.

Tras la partida de Zal, el adalid, empezaron los movimientos para preparar la tropa. El rey ordenó a Tus y a Gudarz que pusieran en marcha el ejército. Cuando la

puerta.

Cuando Zal oyó estas palabras del rey, comprendió que no tenía los pies en el suelo, entusiasmado por su intento. Le dijo entonces:

–Eres rey y nosotros tus servidores. Si hablamos contigo, como hablamos, es por tu bien. Si tus órdenes son de justicia o de tiranía, hablamos y seguimos tus órdenes. Mi corazón ya se siente libre de pesar. Te he dicho todo lo necesario. Ni se puede evitar la muerte del cuerpo, ni se puede coser el ojo de la codicia. La abstención no es el remedio para borrar la necesidad, pero el que quiere dominar el mundo no puede buscar muerte, codicia y necesidad. ¡Que tengas siempre un mundo gozoso! ¡Espero que nunca te arrepientas de no haber escuchado mi consejo!

El rey se despidió de Zal, lamentando en su corazón aquella llegada. Zal abandonó la corte de Kavús. Ante sus ojos oscuros estaban el sol y la luna. Los grandes héroes le acompañaban, entre ellos Tus, Gudarz, Roham y Guiv. Y Guiv dijo a Zal:

–Pido a Dios que él mismo sea nuestro guía. Deseo que siempre estés lejos de la codicia. Deseo que siempre estés fuera del alcance del enemigo. Dondequiera que estemos y donde vayamos, siempre te admiramos. Después del Creador del orbe, eres tú la mayor esperanza

al monarca, todos con los cinturones abrochados y los cascos puestos. Dijo el rey a Guiv:

–Elige dos mil jinetes, provistos de grandes mazas. Así podremos conquistar Mazandarán. A cualquiera que allí veas, joven o viejo, sepárale el alma del cuerpo. Prende fuego, además, a toda construcción. Pasarás la noche donde pases el día. Actúa de forma que, antes de que los diablos se den cuenta, el mundo haya quedado vacío de ellos.

noche dio paso al día, los guerreros y el rey emprendieron el camino hacia Mazandarán. Kavús dejó el territorio iraní a Milad, incluidos la corona y las llaves del tesoro. Le advirtió:

–Si aparece algún enemigo, sacarás de la vaina tu afilada espada. Zal y Rostam son tus refugios ante cualquier mal. Son los custodios de la hermosa corona y apoyan al ejército.

Entonces se elevó el sonido de los atabales, y Gudarz y Tus tomaron el mando de la tropa. Kavús fue exhortando al ejército hasta la montaña de Esparuz[23]. Allí mismo, en el punto donde se escondía el sol, ordenó montar el campamento. Precisamente en aquel lugar tenían su morada los infames diablos: en sus inmediaciones hasta el elefante sentía temor.

Tendieron, pues, la tela dorada en el trono con cabeza de carnero[24]. Y el aire expandía un aroma de vino gozoso. Los paladines se reunieron ante el trono del rey y pasaron la noche con vino y vituallas. Antes de la salida del sol, dieron fin al banquete y, uno a uno, se acercaron

[23] Montaña muy alta del norte de Irán.

[24] El trono de algunos reyes estaba adornado con el moldeado de una cabeza de carnero.

de los diablos, Sanjá, que, también muy dolido por los sucesos, se encontraba en su corte, el rey le dijo:

–Ve, a la velocidad en que la luz recorre el universo, hasta donde se halla el Diablo Blanco y avísale de que un enorme ejército ha llegado a Mazandarán y ha saqueado la ciudad. El triunfador, Kavús, está a la cabeza. Se trata de una tropa de fuertes guerreros. Dile que si no viene a socorrernos, no volverá a ver ni un alma en Mazandarán.

dios se den cuenta, el mundo haya quedado vacío de ellos.

Guiv se despidió para tomar las medidas pertinentes. Eligió los jóvenes valientes de la tropa y partió. Y llegó hasta la puerta de Mazandarán. En ella empezó una tempestad de espadas y enormes mazas. Ni las mujeres, ni los niños, ni los hombres que ya necesitan bastón se salvaron de las heridas. Guiv prendió fuego a las ciudades, las saqueó y lo dejó todo limpio de seres vivos.

De repente, llegó a una ciudad que era como un paraíso: llena de plantas y flores. Y esa belleza se extendía a cada uno de sus barrios. La adornaban, además, mil doncellas con collares y pendientes. Y todas llevaban tocados. Sus rostros eran más hermosos que la luna llena. En cada rincón de la urbe había un tesoro: oro, dinares y perlas.

De aquel descubrimiento llevaron noticia a Kavús. Se trataba de un lugar deleitoso incomparable. El rey reaccionó exclamando:

–¡Viva quien dijo que Mazandarán es un paraíso! Toda la ciudad es como una taberna. Está más tupida de flores y es más bonita que la seda china. Sus doncellas son como las huríes, de rostro semejante a la flor del granado.

Transcurrida una semana, los iranios habían saqueado la ciudad entera. Llegó la noticia al rey de Mazandarán y su mente y su corazón sucumbieron al dolor. A uno

Sanjá, al oír el mensaje, se apresto a transmitirlo de inmediato al gran diablo. El Diablo Blanco le respondió:

–No desesperes de los giros del mundo. Iré yo mismo con una enorme tropa y cortaré los pasos de Mazandarán.

Llegó la noche y apareció una nube densa que oscureció todo el mundo. El universo se convirtió en el mar Negro. Toda luz desapareció. Concluidas las horas de sombra, cuando llegó el alba, Kavús seguía viendo sólo tinieblas. El ejército permaneció con las tinieblas en los ojos y todos los héroes famosos se enfurecieron.

El Diablo Blanco acabó con muchos de ellos. Su cosecha no era más que el mal hado. La negrura dominó también la vista de Kavús, y la tropa sufría por sus malos actos. Todos fueron hechos cautivos y, con ellos, se incautaron los tesoros del saqueo.

El reino de Kavús era joven, pero su suerte era anciana. Hay que aprender de la historia. La sorpresa se sorprende ante la sorpresa.

Kavús, al experimentar aquel dolor, se dijo que el comportamiento inteligente era mejor que el tesoro. Transcurrió una semana de penalidades. El rey no conseguía ver a ningún iranio. Llegado el octavo día, el Diablo Blanco rugió:

roe, agitado y con la cara pálida. Miró otra vez con detención el campo y no vio más que oscuridad. Dijo al amable y despierto *Rajsh:*

–La noche oscura es para dormir, y tú no me dejas, insistes en despertarme. Si vuelves a hacerlo, con el filo de mi espada, te cortaré la cabeza. Iré a pie a Mazandarán y yo mismo llevaré la espada y la maza.

Por tercera vez el sueño dominó a Tahamtán, que lle-

El héroe respondió:

–Soy Rostam. Desciendo de Dastán, de Sam y de Narimán. Yo solo lucho como un ejército. Cabalgo por todo el mundo con *Rajsh.*

Al ver la gran fuerza del cuerpo del dragón, *Rajsh* fue en ayuda de Rostam, el que vela por la corona, enderezó las orejas y, de pronto, saltó al centro y cogió al gran dragón

vaba su vestidura de tigre. De nuevo rugió el enojado dragón. Y se diría que salía fuego de su boca. *Rajsh* dejó de pastar a toda prisa, pero no se atrevía a ir hacia el héroe. Aquella increíble situación lo hundía en la pena y la duda. Temía tanto a Rostam como al dragón. Con todo, su corazón estaba inquieto por Rostam, y, como un viento veloz, corrió hacia él. Rugía y llameaba; golpeaba el suelo y sus herraduras desgarraban la tierra.

Rostam, al despertarse del gozoso sueño, se enfadó con el agitado caballo. Pero el Creador del universo, de pronto, iluminó todo el espacio y el dragón no quedó ya en la oscuridad.

En cuanto Rostam lo vio, desenvainó al punto la espada. En el firmamento atronó una nube primaveral, en la tierra se levantó el fuego de la pelea. Dijo Rostam al dragón:

–Dime tu nombre, que de ahora en adelante no verás el mundo. No quiero, sin saber tu nombre, separarte el alma del oscuro cuerpo.

El furioso dragón le respondió de este modo:

–Nadie que luche conmigo queda con vida. Este campo es todo él mi dominio, y también el alto cielo es mi espacio. Por aquí no piensa en volar el águila y la estrella no verá esta tierra ni en sueños. Dime tú cuál es tu nombre. La que te parió, te llorará.

bello espacio adecuado para gente joven. Una fuente cristalina, cuyos visos eran semejantes al ojo del faisán, y al lado una copa llena de vino, un cordero asado, pan, salero y mermelada, todo dispuesto.

Era la comida de los diablos, todos los cuales desaparecieron cuando Rostam llegó. Éste bajó del caballo y le quitó la silla, sorprendido como estaba por la visión de aquel cordero asado y del pan. Se sentó a la vera de la hermosa fuente y vio una copa dorada llena del vino

con los dientes. Como un león le rompió el hombro. El héroe quedó perplejo ante su valentía, mas de inmediato, con la espada cortó la cabeza del dragón, cuya sangre corrió como un río. Ya no se veía la tierra debajo de su cuerpo: todo era un manantial de sangre. Tahamtán, sorprendido por todas estas cosas, invocó el nombre de Dios. Volvió a lavarse el cuerpo con agua, pensando que el universo gira sólo gracias al poder de su Creador Vigilante y exclamó:

–¡Oh, Justo, tú me has otorgado sabiduría, fuerza y gloria! Gracias a ello, ante mí lo mismo es un león, el diablo, o un elefante; lo mismo son el desierto y el río Nilo; lo mismo los malvados, sean pocos o muchos. Cuando se adueña de mí la ira, es igual.

El encuentro con Olad

Al concluir las palabras dirigidas al Creador, Rostam llamó a su caballo rubicán y lo preparó. Lo montó y reemprendió el camino, cuyas sinuosidades lo llevaron a un paraje encantado.

Fue cabalgando por el largo sendero, hasta que salió el radiante sol. Veía árboles, plantas, agua corriente, y un

copa y una joven escanciadora. No sabía que todo aquello encerraba magia y hechicería. Detrás de la mujer seductora se hallaba un diablo. Mencionando al Clemente, le ofreció un cáliz de vino, pero ante el nombre del Dios del amor la cara de la bruja se transformó. Su alma no soportaba que se adorara a Dios, su lengua no podía pronunciar sus alabanzas. Así, en cuanto oyó el nombre de Dios, su rostro se volvió oscuro. Tahamtán lo observó y, rápido, le arrojó el lazo y le atrapó la cabeza. Entonces

hermosa fuente y vio una copa dorada llena del vino. Junto al vino encontró un *tanbur*[28]. El campo parecía un espacio dispuesto para un banquete. Tahamtán cogió el instrumento y empezó a tocar y entonar tristemente estas palabras:

Aquí está Rostam, errante y de duro destino.
En el día de la alegría, es la tristeza su abrigo.
Su morada es el campo de batalla;
su rosaleda, el desierto y la montaña;
vino, copa, beber y una rosa perfumada,
no son cosas que el Creador le otorgara.
Siempre está en lucha con la ballena,
o enzarzado en pelea con la pantera.

Aquella canción, el quejido de Rostam y la melodía del *tanbur* llegaron a oídos de una bruja, la cual, aunque no era hermosa, se engalanó como la primavera. Maquillada y perfumada se acercó a Rostam, lo saludó y se sentó a su lado. Tahamtán dio gracias y alabó a Dios por permitirle hallar en Mazandarán comida dispuesta, vino,

[28] Instrumento de cuerda de mástil largo muy antiguo que todavía se toca en varias partes de Irán.

le preguntó por su identidad con estas palabras:

–Muestra tu verdadero rostro.

Aunque su lazo la había atrapado y ya lo veía; veía a una vieja pestilente, llena de arrugas, toda ella maligna y engañosa. Rostam, sin más, con la espada la partió en dos, asustando así a los diablos. Y de nuevo se puso en marcha, como todo hombre con un camino y una meta.

Siguió su rumbo hasta un lugar donde no había ni pica de luz. Todo estaba oscuro como el rostro de la noche. No se veía el sol, ni la luna, ni estrella alguna. Era como si el astro rey estuviera encarcelado y las estrellas presas en algún lazo. Entonces, aflojó las riendas para que el mismo *Rajsh* eligiera la orientación: no distinguía si había que subir o bajar.

Por fin percibió un lugar donde había luz, cuya tierra era como seda verde. El viejo universo había rejuvenecido: todo era frescor y agua corriente. Rostam tenía la ropa empapada de sudor y necesitaba descansar y dormir. Se quitó la vestidura de tigre y el casco de guerra sudorosos, los dejó a ambos al sol y se apresuró a descansar. Quitó a *Rajsh* las riendas y lo soltó a pastar en una finca.

Cuando la ropa se hubo secado, volvió a ponerse el casco y la vestidura y, como los leones, se hizo una cama

verdad me los enseñas y los encuentro, entonces no te faltará nada. Le quitaré trono, corona y maza al rey de Mazandarán, y serás tú quien reine en este territorio. Ya no tendrás que sufrir más trabajando.

Olad le dijo:

–Limpia de ira tu corazón y abre los ojos. No separes de mi cuerpo el alma. Todo lo que buscas, lo encontrarás. Te diré dónde están las casas del Diablo Blanco y de Bid,

ciudad. Tú solo no podrás con ellos. Si fueras de hierro, la lima diabólica te haría polvo. Su ejército es rico en armas y dinero. Entre sus secuaces no se conoce la indolencia.

Ante estas palabras, Rostam sonrió y dijo:

–Si me acompañas en este camino, verás en qué se convierte esta famosa tropa, debido a este único hombre fuerte, con el apoyo del poder de Dios, el Victorioso, el

por la buena noticia que me has dado. Desde aquí hasta el lugar del cautiverio de Keikavús te iré guiando de ciudad en ciudad. Hasta donde el rey de Irán se halla hay una distancia de cien lagos. De allí hasta el reducto del Diablo Blanco hay otros cien lagos y el camino es difícil. Entre estos dos caminos hay un gran pozo, cuya dimensión no se puede medir. Este temeroso pozo está entre dos montañas. Ni un solo pájaro vuela por el cielo de este lugar. Doce mil diablos guerreros vigilan de noche este pozo. Su caudillo es Pulad Ghandi, y a su lado están Bid y Sanjá. El cuerpo de Pulad es como un monte. Su pecho, cuello y hombros son enormes. Aunque tengas un cuerpo poderoso y una gran fuerza, no es prudente pelear con este diablo. Si puedes dejarlo atrás, verás un campo de rocas que ni siquiera los ciervos pueden atravesar. Después, si logras pasar, encontrarás un río de una anchura de dos leguas. Un gran diablo vigila la orilla, y muchos otros están a sus órdenes. Luego llegarás Bozgush[30] y hasta donde se encuentra el rey de Mazandarán hay un camino muy largo y terrible. Por todas partes hay jinetes del rey. Llegan a ser trescientos mil. Tienen, además, mil doscientos elefantes de guerra, es decir, no caben todos en la

[30] En aquel entonces, pueblo del norte de Irán.

–Es la ciudad de Mazandarán. Allí no se duerme ni la mitad de la noche. Es donde vive el diablo Arjang, que a cada momento lanza gritos.

Oídas estas palabras, Rostam, tras haber atado fuertemente con el lazo a un árbol a Olad, se fue a dormir hasta que el sol dejó ver su rostro.

Al despuntar el día, el héroe colocó la maza de su abuelo en la silla y se lanzó a la cabalgada con el corazón orgulloso, el casco real en la cabeza y la vestidura de tigre puesta. Se dirigía a enfrentarse con Arjang, el caudillo, y

destino, la afilada espada y su arte. Los enemigos verán en mí su muerte. En la guerra conocerán la herida de mi maza, sufrirán en su carne y en sus huesos terribles dolores, por lo que no sabrán hacia dónde dirigir las riendas del caballo. Lánzate ya y enséñame el camino por donde llegar hasta Keikavús.

Arjang

SIN DESCANSAR durante la noche ni al día siguiente cabalgaron hasta la montaña Esparuz. Aquel era el lugar desde el que Kavús había movido el ejército y desde el cual se impuso el mal con la victoria de los diablos brujos.

Pasada la mitad de la noche, se oyeron gritos y ruidos en la oscuridad del campo. En lontananza se encendieron fuegos y por todas partes llameaban antorchas. Tahamtán preguntó a Olad:

–¿Cuál es aquel lugar donde se ven fuegos a derecha e izquierda?

Él le respondió:

–Se acabaron los malos tiempos. Estoy oyendo el rugido de *Rajsh* y esto me ilumina el alma y el corazón.

El héroe sabio y combativo se presentó de inmediato ante el rey. Todos lanzaron gritos de alegría, se postraron ante él y quisieron saber de los inacabables retos a los que había tenido que enfrentarse. El rey Kavús lo abrazó, le preguntó por Zal y las dificultades del camino, y le dijo:

–A escondidas de estos brujos, corre hacia *Rajsh*. Si se entera el Diablo Blanco de que Arjang no está ya en este mundo y de que Rostam ha llegado donde se halla

al llegar ante el famoso ejército, lanzó un grito atronador y pareció que se agrietaran la montaña y el mar.

Cuando oyó aquel enorme rugido, Arjang salió de su tienda. Rostam lo vio y fue directo hacia él veloz, como las llamas del fuego, y lo alcanzó. Al punto le cogió la cabeza por el cuello y se la arrancó, como un león. Tiró su cabeza ensangrentada donde se hallaba la tropa. Los diablos, al contemplar la enorme maza de Rostam, sintieron miedo en su corazón. Dejaron de pensar en las casas y el territorio e intentaban salvarse como fuera, de modo que el padre se adelantaba al hijo. Tahamtán, el de cuerpo poderoso como un elefante, sacó la espada y acabó con aquella tropa entera. El héroe de los espacios volvió triunfante, a toda prisa, a la montaña Esparuz. Liberó a Olad del lazo y se sentó con él a la sombra de un gran árbol. Le preguntó por el camino que conducía a donde se hallaba el rey Kavús. En cuanto oyó la respuesta, emprendió la marcha y, delante de él, iba corriendo el guía.

Rostam, el que vela por la corona, entró en la ciudad, mientras su caballo *Rajsh* lanzaba un relincho sobrecogedor. El rey dijo entonces a los iranios:

el rey Kavús, todos los grandes diablos se unirán y todos tus sufrimientos serán en vano. El mundo entero se llenará de estos seres malignos. Parte, encamínate a la morada del Diablo. Te esperan nuevos padecimientos, espada y flecha. ¡Qué Dios purísimo te acompañe y que acabes con la cabeza de todos ellos! Tienes que atravesar siete montañas; y, en cada rincón, se esconden los perversos. Después encontrarás una cueva temerosa que, se dice, hace desbordar pavor y espanto. Está rodeada de fuertes diablos dispuestos al combate como panteras. En dicha cueva está el Diablo Blanco, que a todos inspira miedo y esperanza. Intenta acabar con él, pues él es el caudillo y el refugio de su ejército. Nuestra tropa, de tantas penas, tiene la vista oscurecida. La mía no sale ya de la negrura. Según los médicos, la única esperanza es la sangre del corazón y el cerebro del Diablo Blanco. Un experto doctor me ha dicho que echando tres gotas de sangre de ese Diablo en el ojo toda la negrura desaparecerá de la vista.

El Diablo Blanco

El héroe de cuerpo poderoso como un elefante se preparó para la lucha. Sin detenerse, desde allí, reemprendió el camino. Dijo a los iranios:

–Estad ojo avizor, voy a enfrentarme con el Diablo Blanco. Él es un poderoso guerrero que domina muchas artimañas. Lo apoya un numeroso ejército. Si consigue doblar mi espalda, quedaréis a merced del mal; si el Dios de la luz me acompaña y si me concede una buena estre-

Sacó la gran espada de la vaina y lanzó un alarido como un trueno al pronunciar su nombre. Se adentró luego entre la tropa, y al que se le ponía delante le cortaba la cabeza. Los enemigos le abrieron camino, dándose a la fuga, y dejaron de combatir con él. Veloz como un rayo de sol, Rostam se dirigió a la guarida del Diablo Blanco. Se halló ante aquella cueva oscura como el infierno y, de tanta oscuridad, no podía ver al Diablo. Se quedó quieto, espada en mano, sin distinguir nada, ni siquiera la salida. Se frotaba las pestañas y los ojos y, con ellos, recorrió los

lla, recuperaréis el país y el trono. Y de nuevo se levantará el árbol de la realeza.

Dicho esto, emprendió la cabalgada muy decidido, mientras desbordaban su cabeza el impulso de lucha y de venganza.

Cuando *Rajsh* hubo atravesado las siete montañas, donde estaban emboscados numerosos seres maléficos formando grupos, y se hallaba ya cerca de la cueva sin fin, apareció de pronto el ejército de los diablos.

Dijo entonces Rostam a Olad:

–Por el modo en que has respondido a mis preguntas, he visto que dices la verdad y eres honrado. Ahora llega la última parte: enséñame el camino y dime el secreto.

Olad le contestó:

–Cuando el sol calienta, el sueño se apodera de los diablos. Entonces podrás vencerlos en combate. De momento tienes que esperar. Después no verás diablos en pie, despiertos, excepto unos cuantos vigilantes, y podrás derrotarlos si el Victorioso te acompaña.

Rostam no se apresuró, pues, y esperó a que el sol se hallara en lo alto del cielo. Entonces ató a Olad, su cabeza y sus piernas, con el lazo, y montó en su caballo.

rincones de la tiniebla. De pronto, percibió una mole enorme, que cubría la cueva entera. Tenía el rostro como un fantasma, el pelo de león; su altura y anchura llenaban el espacio. Algo parecido a un monte negro se acercó a él: eran sus antebrazos de hierro y su casco.

Cuando ya lo tenía muy cerca, Rostam sintió que el miedo asomaba a su corazón, pero como un elefante airado se lanzó contra aquella mole y le dio un golpe con su espada. Tan fuerte era el golpe de Rostam que cortó la pierna al diablo. Él, con la pierna cortada, se lanzó a la lucha: era un animal furioso e inmenso. Éste hería a aquél y aquél a éste. Por la sangre vertida, el suelo se convirtió en barro. Rostam se dijo a sí mismo: «Si hoy me salvo, permaneceré eternamente vivo». El diablo se decía: «Estoy desesperado, pero si con la pierna cortada y la piel desgarrada me salvo de las garras de este dragón, no habrá nadie más grande que yo, ni ahora ni en toda la historia de Mazandarán».

Con estos pensamientos, el Diablo Blanco alentaba a su corazón. Tahamtán, con fuerza divina, seguía luchando a pesar del dolor que le causaban los golpes recibidos. Extendió la mano, la lanzó como una zarpa y

agarró el cuello del Diablo, logrando derribarlo. Hundió en él la daga, justo en el corazón, y le sacó el hígado del cuerpo. La cueva estaba llena de sangre que manaba como un río.

Rostam dejó atrás el lugar, regresó junto a Olad y le dio el hígado del diablo. Enganchó el lazo a la silla del caballo y empezó a cabalgar hacia donde se hallaba el rey Kavús. Olad le dijo:

–Oh, fuerte león, con la espada dominas todo el mundo. Mi cuerpo lleva señales de tus ataduras. Mi cuello

drá mencionar. La verdadera suerte la tengo yo por tener bajo mi mando a un héroe que no conoce obstáculos.

De esta guisa continuó hablando con Rostam:

–¡Oh, héroe y sabio, de bendita raíz!, echa en mis ojos unas gotas de la sangre del Diablo para que pueda volver a ver tu cara.

Cuando las gotas de sangre llegaron a sus ojos, desapareció la oscuridad de su vista y se hizo claro su entorno con inmenso brillo.

Acompañaron luego al rey al trono de marfil y le ci-

está agarrado a tu lazo. Mi única esperanza es tu compromiso. Oír la noticia de tus labios es mi deseo, pues romper un compromiso no es propio de ti. Eres de estirpe real y te comportas como un león.

Rostam repuso:

–Todo Mazandarán dejaré en tus manos y, a partir de ahora, no padecerás ninguna necesidad. Yo te otorgaré la grandeza. Tenemos por delante una difícil tarea. Nos esperan sufrimientos y altibajos. Hay que destronar al rey de Mazandarán, encarcelarlo en un pozo y cortar con la espada las cabezas de miles de diablos. Si entonces sigo vivo y en la tierra, no romperé mi compromiso contigo.

Rostam, héroe de bendito paso, llegó así ante el rey Kavús y le dijo:

–Oh, rey, el malvado ha muerto, puedes recobrar el sosiego. He abierto el costado del Diablo Blanco y, a partir de ahora, el rey nada tiene que temer de él. Le he sacado el hígado. ¿Qué ordena ahora Vuestra Majestad?

El rey Kavús quedó admirado:

–¡Ojalá la corona cuente siempre contigo! A la madre que tenga un hijo como tú, sólo con admiración se la po-

heron la corona en la cabeza. Cuando Kavús se hubo sentado en el trono, Rostam y otros héroes, como Tus, Faribors, Gudarz, Guiv, Roham, Gorguín y el joven Farhad se reunieron y pasaron una semana entre músicas y vino. El rey Kavús recobró la calma.

Llegado el octavo día, todos ellos, paladines, guerreros y hombres de a pie, sacaron las mazas y se dispersaron por Mazandarán. Partieron a la orden del rey, como la llama que prende en seco cañaveral. Con sus agudas espadas lo destruyeron todo e incendiaron toda la ciudad.

El rey Kavús se dirigió luego a la tropa:

–Ya han sido castigados por el mal que han hecho. Recibieron su merecido. Hay que dejar de matar. Necesitamos un hombre inteligente y de peso que sepa dónde parar y dónde acelerar para que vaya hacia el caudillo de Mazandarán a despertar su corazón y ponerle la cabeza en su sitio.

Un árbol como una lanza

ESTA DECISIÓN gustó al hijo de Zal y también a todos los héroes que lo acompañaban. El rey redactó una carta en seda blanca, llena de esperanza, pero también de temor. En ella empezó nombrando a Dios:

Loado sea el Justo, al que se debe toda la perfección del universo, que ha creado la inteligencia y el orbe giratorio y ha permitido tanto la ira como el amor; Dios del sol y de la luna, que siempre dan vueltas; el

Farhad, el fuerte, al oír la orden del rey, respetuosamente besó el suelo y tomó la misiva. Con ella se dirigió a la ciudad donde habitaba el rey de Mazandarán, rodeado de héroes y sabios. Éste, al enterarse de que llegaba de parte del rey Kavús un inteligente emisario, reunió el ejército y a todos los hombres sobresalientes del lugar y les dirigió estas palabras:

–Actualmente no se pueden separar sabiduría y locura. Comportaos todos como panteras, alejad de vuestras cabezas el juicio.

En las caras de aquellos hombres se adivinaba el eno-

Dios del sol y de la luna, que siempre dan vueltas, el Creador nos ha concedido el reinar, para bien o para mal.

Si uno es justo y actúa de buena fe, de todos recibe admiración; pero si se comporta mal y no sabe ser buen mediador, la alta Rueda será severa con él. Si el que rige el universo es justo, no se pueden evadir sus dictados. Ya ves los hechos que Dios ha permitido. Ha reducido a polvo al diablo y la magia. Así que ahora puedes comprender cómo actúan las sucesiones de la vida, de modo que el juicio y la inteligencia sean tus maestros. Quédate, pues, con la corona de Mazandarán y ven aquí como vasallo y paga los tributos y los impuestos. Y estate atento a Rostam: a él no podrás enfrentarte. Si quieres conservar la corte de Mazandarán, ya te he señalado el camino. De lo contrario, te espera la misma suerte que a Arjang y al Diablo Blanco: abandonar toda esperanza de vida.

El rey llamó a Farhad, el de espada de acero, y le dijo:
–Lleva esta carta de consejos a aquel diablo desatado.

jo, pero ninguno desveló su opinión. Uno de ellos agarró la mano de Farhad y la apretó de tal modo que éste sintió dolor en la carne y en los huesos, mas él no manifestó reacción ninguna y evitó cualquier señal de dolor en el rostro.

Llevaron entonces a Farhad ante el rey. Éste le preguntó por Kavús y por el difícil viaje. Farhad entregó al canciller la carta escrita sobre seda perfumada de almizcle. El rey, al enterarse de las hazañas de Rostam y su victoria sobre el diablo, sintió que las lágrimas empañaban sus ojos y el miedo se apoderaba de su corazón. Se dijo a sí mismo: «El mundo no conocerá la calma debido a Rostam. Su nombre nunca desaparecerá». Y le entró congoja por causa de Arjang y del Diablo Blanco, y por la muerte de Pulad Ghandi y de Bid. Cuando el rey hubo leído la carta entera, sus ojos derramaban sangre. Respondió entonces a Kavús con este escrito:

Mi corte supera la tuya en soldados. Mi ejército cuenta con millares de hombres más que el tuyo. Si muero, ese ejército, fuerte como un león, acabará con

Kalahvar se arrancó y, como un león, llegó ante Rostam y habló con él con furia salvaje. Luego le cogió la mano y se la estrechó con tal fuerza que la dejó morada. Rostam reaccionó apretando la de su adversario hasta tal punto que sus uñas se cayeron como hojas de un árbol. Kalahvar, con la mano colgando, la piel destrozada y sin uñas, se presentó ante el rey y, sin ocultar nada, ni siquiera el dolor, le contó lo sucedido añadiendo:

–Para ti, la paz es mejor que la guerra. Tu corazón está tranquilo, no lo sometas a un riesgo innegable. Tú, con este héroe, no podrás. Es mejor conseguir su aquiescencia y pagar los impuestos. Convertir así el sufrimien-

y una corona. Mandarme llamar ante él es absurdo. No se trata de la tradición de los anteriores reyes. Dile que medite y que no desee el trono de otros. Este deseo de ser superior acaba en la humillación. Gira las riendas y vuelve a la corte de Irán, si no la maza acabará con tu vida. Si muevo la tropa, no distinguirás la cabeza de los pies. Tienes ilusiones vanas. Emprende el camino y tira el arco. Si me enfurezco, será el fin de vuestro tiempo.

Rostam, pensativo, se fijó en el rey, en la tropa, los sabios y los paladines. No le parecía un criterio inteligente el suyo, y le pasó por la cabeza emprender la guerra contra él. Entonces se levantó para marcharse y el rey

to en lo fácil es mejor a temer por la vida.

Al mismo tiempo llegó Tahamtán. Se comportaba ante el rey como un rugiente león. El rey lo miró y lo invitó a sentarse. Le preguntó por Kavús y por su ejército, y las dificultades del largo camino, y cómo había vencido los altibajos. Luego dijo:

– ¿Eres Rostam?, con este cuerpo y estos brazos fuertes...

Él le contestó:

–Yo soy su servidor, si es que merezco servirle. Donde él está, yo no puedo estar. Él es un héroe, un guerrero y un jinete.

Entonces le entregó la famosa carta, el mensaje del orgulloso rey de Irán.

Al oír estas palabras y leer la carta, el rey de Mazandarán montó en cólera y dijo a Rostam:

–¿Qué buscas? ¿A qué se debe esta absurda conversación? Di a tu señor que si él es el caudillo de Irán y domina las garras y el corazón de los héroes, yo soy el rey de Mazandarán y poseo un ejército, un dorado trono

po. Era un ejército enorme, el polvo que por sus movimientos se levantaba hacía desaparecer el sol. No se veía ni mar, ni campo, ni montaña, y la tierra estaba agotada por el galope de los caballos.

Informaron al rey Kavús de que se acercaba el ejército de los diablos. Ordenó entonces a Rostam, el hijo de Zal, el blanco, que se preparara antes que los demás. A Tus, Gudarz, hijo de Keshvad, Guiv y Gorguín, el invicto guerrero, los mandó ocuparse de la tropa, preparando las mazas y los escudos. Llevaron la tienda del rey y de otros caballeros importantes al territorio de Mazandarán. El ala derecha del ejército iba al mando de Tus y hacía vibrar el corazón de la montaña con el sonido de las trompas; el ala izquierda, al mando de Gudarz, debido a

mandó ofrecerle regalos. Él no aceptó ropa, ni caballo, ni oro. Se sentía indignado ante la actitud de aquella corona. Y se alejó furioso contra el rey de Mazandarán, cuya estrella y cuya luna veía oscuras. La sangre se estuvo agitando en su corazón hasta que llegó ante Kavús, el rey iranio, y desveló para él cuanto había visto en Mazandarán. Luego le dijo:

–No os aflijáis, soberano, actuad con valentía y emprended la guerra contra los diablos. Sus héroes y guerreros son muy débiles a mis ojos.

El ejército de Mazandarán

Una vez Rostam hubo salido de Mazandarán, el rey de aquella región no tardó un instante en prepararse para la guerra. Ordenó que todos se reunieran fuera de la ciudad y, desde allí, dirigió el ejército hacia el cam-

–¿Por qué estáis perplejos ante este diablo? ¿Por qué están pálidas vuestras caras ante su grito?

Los valientes no respondieron, se hubiera dicho que todos ellos habían perdido el vigor ante Juyán. Rostam movió la rienda y, haciendo girar su lanza, se acercó al rey:

–Si es orden del rey, me enfrentaré a este malvado diablo.

Dijo Kavús:

–Ésta es tarea tuya, nadie de Irán se atreve a acometer esta pelea.

Al oír las palabras del rey, el héroe de los espacios se dirigió al campo de batalla como una fiera desatada. Espoleó al valiente *Rajsh* sosteniendo en su mano la lanza

las armas daba al lugar el aspecto de un gran monte de hierro. En el corazón del ejército se hallaba el rey Kavús, y, por todas partes, hileras de caballeros luchadores. Al frente de todos ellos estaba Rostam, el de cuerpo poderoso como un elefante, que no conocía derrota en guerra alguna.

Un renombrado héroe de Mazandarán, de nombre Juyán, con su maza colgada al hombro, siguiendo la orden del rey de los diablos, se lanzó con ardor contra Kavús. Su armadura brillaba y el calor de su espada quemaba la tierra. Pasó delante de la tropa irania y la montaña resonó por sus gritos. Dijo:

–¿Quién se atreve a competir conmigo? ¿Habrá alguien tan ágil y fuerte que sea capaz de hacer que el agua se evapore?

Ninguno de los adversarios se lanzó contra Juyán, la sangre se había paralizado en sus venas. Entonces el rey llamó a todos los héroes y guerreros y les preguntó:

la armadura hecha pedazos. Los héroes y guerreros de Mazandarán estaban perplejos ante la escena, y los miembros de la tropa, presos de angustia, palidecían. Entre ellos empezaron a correr rumores.

El caudillo de Mazandarán ordenó al ejército:

–Cabalgad todos a la guerra, comportaos como panteras.

De ambas partes se elevó el sonido de trompas y tambores. El cielo era azul y la tierra oscura. Como los rayos que salen de una nube negra, se veían fuegos despedidos por las espadas y mazas. El espacio se llenó de rojo, negro y violeta, de tantas lanzas y banderas como se agitaban. La tierra parecía el mar Negro, con olas de dagas, mazas y espadas. Los caballos se movían veloces, como los barcos en el agua, como si todos estuvieran mezclándose con

de punta mortal. Era un elefante furioso, un elefante montado sobre un dragón. Movía las riendas, levantaba polvo, gritaba y hacía temblar el campo. Cuando llegó frente a Juyán, le lanzó estas palabras:

–¡Oh, ser de mala estrella!, tu nombre será borrado de entre los héroes. De momento hay posibilidad de perdonarte, pero cuando empiece la batalla no tendrás reposo.

Juyán le contestó:

–No te envanezcas y teme a Juyán y su daga de hierro. Tu madre llorará con dolor ante la armadura y el casco que llevas.

Al oír estas palabras, Rostam rugió terriblemente. Delante y detrás de él se levantaron nubes de polvo. Apuntó entonces con la lanza a la cintura de Juyán y ésta se introdujo justo por donde se sostenía la armadura, de modo que no le quedó soporte ni nudo alguno. Lo levantó luego de la silla del caballo, como ave ensartada. Lo arrancó del caballo y lo tiró al suelo, la boca sangrando,

sus armas e indumentaria. Tanto por la derecha como por la izquierda, Guiv actuaba como un lobo ante corderos.

Desde el alba hasta la puesta del sol la sangre corrió como agua en el río. Del corazón desapareció el amor; de la cara, la vergüenza. Se hubiera dicho que las mazas llovían desde el cielo. Por todos los rincones, montones de muertos, las hierbas del campo manchadas por los cerebros. No cesaba el tronar de los tambores y trompas y el sol estaba perpetuamente velado por una cortina negra.

Rostam, el de cuerpo poderoso como un elefante, se lanzó hacia donde se hallaba el rey de Mazandarán con una gran tropa. Él no se movió de su sitio ni un instante, afincado en su rencor. Los diablos y los héroes en lucha estaban reunidos en torno a él. Tahamtán recordó al Creador del universo, puso la lanza de punta mortal en

las aguas. Era una lluvia de mazas contra las armaduras, y los cascos caían como las hojas del sauce azotadas por un viento otoñal.

A lo largo de una semana las dos grandes tropas siguieron enfrentándose. Llegado el octavo día, el rey Kavús se quitó la corona real y, ante el Creador del universo, rompió a llorar. Tocó el suelo con su rostro, diciendo:

–Oh, Juez verdadero, Tú que eres el creador del agua y de la tierra, dame el triunfo sobre estos diablos valientes y atrevidos, otórgame la grandeza y renueva el trono real.

Luego se puso el casco y se dirigió hacia el gran ejército. Rugidos y sonido de trompas se levantaron. Y el ejército avanzó como una montaña. El rey ordenó a Guiv y a Tus atacar al enemigo por detrás. Cabalgaban Gudarz, Zangue Shadvarán, Roham y Gorguín, el invicto guerrero. También Farhad, Barzín y Guiv, junto a jóvenes jinetes. Por la derecha Gudarz dirigía la tropa que se movía con

manos de su escudero, levantó la maza y emprendió la marcha encendido de furor. El espacio resonaba por sus alaridos. En el enfrentamiento guerrero contra este héroe mortal, ni diablo ni fiera salvaba la vida. Por el campo estaban dispersas trompas de elefantes y cadáveres: todo lo ocupaba la muerte.

La recompensa de Olad

Luego Tahamtán pidió la lanza y, cabalgando, se abalanzó sobre el rey de Mazandarán. Éste, al ver la lanza de Rostam, perdió el valor y la sed de venganza. Rostam lo alanceó por la cintura. Su armadura se desmoronó, mas, gracias a un hechizo, su cuerpo se con-

Cuando Kavús pisó la capital de Irán, el cielo estaba velado por el polvo que se levantaba. El griterío de la gente llegaba hasta el sol, eran exclamaciones de mujeres y hombres que acudían a recibirle. Y en la ciudad de Irán, la capital, toda ella en fiesta, no se ahorraron vino, música ni juglares. Por el rey, el mundo se renovaba; en el cielo de Irán salía ya una nueva luna.

Al llamamiento de Rostam, todos los héroes se reunieron y, contentos, se presentaron ante el rey que presidía aquella famosa corte. Tahamtán se acercó al soberano y se sentó junto al trono. Entonces, el Rey de los Reyes de la tierra preparó para Rostam los regalos merecidos: un trono de turquesa adornado con la cabeza de carnero; una corona con joyas incrustadas; un brocado real tejido con oro, pulsera y colgante majestuosos; cien hermosas doncellas de servicio, de cuerpo esbelto y cuyos bucles olían a almizcle; cien caballos con silla y

A continuación, el rey alabó con calor a Rostam:

–Nunca habrá nadie semejante a ti en la corte. Eres el soporte del corazón de todo rey. ¡Que vivas siempre con grandeza y honor!

Rostam descendió, besó el trono y se dispuso a emprender el viaje de vuelta. En la ciudad resonaban los tambores y, a su modo, todos expresaban alegría.

Partió el héroe de cuerpo poderoso como un elefante y el rey se sentó en el trono y se entregó a las tareas de gobierno del país según las leyes y tradiciones. Estaba contento tras haber cerrado las puertas a la tiranía. Otorgó la comandancia de las fuerzas a Tus, diciéndole:

–Aleja todo mal de Irán.

Entregó el reino de Sepahán[31] a Gudarz con estas palabras:

–Todo este territorio queda bajo tus órdenes.

Era ya el momento del festejo y del vino, y el rey disfru-

riendas doradas; unas cien yeguas de pelaje negro, cargadas de ropa y tejidos de seda chinos, romanos y persas; unas cien bolsas de monedas de dinar, de perfumes, colores y de todo; una copa de rubí llena de almizcle puro; otra de turquesa llena de esencia de rosa, y una carta escrita sobre seda, con aromas de almizcle y de incienso. Entregó entonces la carta al héroe, que era luz del universo, renovándole la entrega del reinado de Nimruz. Decía así:

Transcurrido los días del rey Kavús, nadie tiene derecho a la corona del país de Nimruz, excepto el renombrado Rostam, el hijo de Zal, el señor de la maza y de la espada, que reinará en él.

taba de los placeres del mundo. Con la espada de la justicia había cortado la cabeza de la tristeza. Todo era vida gozosa, alejada de los pensamientos de muerte. La tierra se llenó de verdor y frescura y el país parecía el jardín del paraíso.

La noticia se divulgó: el rey Kavús dominaba ahora sobre el trono y la corona de Mazandarán. El mundo entero se sorprendió de tanta grandeza. ¡Kavús la había logrado! Todos los soberanos, portando los mejores regalos, llegaron a formar una fila ante la corte del rey.

Aquí concluye el episodio de la guerra de Mazandarán, ahora hablaré de la batalla de Hamavarán.

[31] Ispahán.

Kavús combate de nuevo

El rey Kavús decidió ampliar el reino. Desde Irán llegó hasta Turán y China, y luego pasó por Mokrán[32]. Aceptó impuestos de todos, como súbditos, y no hubo toro que se atreviera a pelear con el león.

Asimismo fue con su tropa cabalgando hacia Barbarestán[33] y reclamó el trono y la corona. El rey de Barbarestán se preparó para la guerra y el color del mundo cambió. La tropa de Barbarestán llegó dispuesta al combate y se alejó la fiesta del ejército de Kavús. De tantas lanzas que cruzaban el cielo, el espacio se convirtió en bosque, el sol estaba molesto debido al polvo que levantaban los caballos y ni siquiera se adivinaban los elefantes. No se veían las riendas ni los brazos de los jinetes. Caían heridos, grupo tras grupo, como ola tras ola del mar. Gudarz, al ver tan difícil situación, levantó una enorme maza, espoleó el caballo y avanzó seguido de mil jinetes armados

Kavús los perdonó y los trató con cariño, creando una nueva ley como nueva vía.

Y se elevó otra vez el sonido de las campanillas y el gemido de las trompas. Se dirigían ahora a la ciudad de Mokrán, pasando cerca del monte Qaf[34]. Los de Mokrán, al enterarse de la llegada del rey, fueron a recibirlo con loas. Los prohombres lo reconocieron como rey y aceptaron grandes impuestos. Obedecieron las órdenes del soberano sin que el rey ni la tropa tuvieran que luchar ni sufrir por ello.

Posteriormente, Kavús condujo el ejército a Zabolestán para participar en los banquetes del hijo de Sam. El rey proclamó un mes de fiestas en Nimruz. A veces pedía un halcón e ir a la caza de panteras, a veces juglares. Todo esto, sin embargo, no duró mucho tiempo: en un rincón de la rosaleda brotó una espina. Nadie se salva de pruebas, y cuando se llega a lo más alto, hay un descenso. Parecía que todas las cuestiones del mundo estaban resueltas y que los árabes fallaban, cuando un hombre valiente con fama y riqueza alzó la bandera desde Egipto y

con lanzas y flechas. Su modo de luchar acababa con el corazón de la tropa enemiga; avanzaba rugiendo, y el rey detrás de él. Y se hubiera dicho que no había ningún jinete de Barbarestán, pues, por el polvo que levantaban, no se percibía lanza alguna.

Los mayores de la ciudad, al ver el vuelco de la situación, se dirigieron al rey Kavús, cansados y arrepentidos del error. Exclamaron:

–¡Somos siervos del rey, pagar el impuesto es nuestra carga; en vez de monedas, pagaremos en oro y joyas! Estamos agradecidos al soberano.

[32] Región entonces del sureste de Irán, actualmente de Pakistán.
[33] Región de Afganistán.

Damasco. Estas tierras dieron la espalda a Kavús y sus habitantes se negaron a someterse como súbditos.

Llegó al rey la información de que había quien reclamaba la corona. El gran tambor sonó y se levantó Nimruz. La tropa estaba contenta con el rey, sol del universo. Todos escribieron los nombres en los escudos; las espadas hervían en las vainas.

El rey, hostigado, ordenó construir innumerables barcos y naves, y situó la tropa en el mar. Eran mil leguas de distancia, mucho para recorrerlo a pie. Se dirigía a tres

[34] Monte simbólico situado en Alborz, cordillera a la que el autor se refiere siempre como montaña.

durante toda una semana estuvo con la copa en la mano, de tantas fiestas, compartiendo alegría y deleites sin parar. Día y noche, como un criado, el rey de Hamavarán estaba a su lado. Y, como él, su tropa, dispuesta a servir a los iranios. Así siguieron los sucesos hasta que todos se sintieron seguros ante cualquier duda y daño posible. Como el anfitrión había previsto, de estos sucesos se enteraron los bereberes, y una noche, mientras todos estaban despreocupados y desarmados, se elevó un sonido de cornetas. El rey de Hamavarán se alegró de la llegada de la tropa de Berbería que, de golpe, sorprendió a Kavús, y también a Gudarz, Guiv y Tus.

Dirá la gente clarividente: ¿qué lección se saca de esta aventura? Si no es un consanguíneo, el hombre no puede confiar en otro totalmente. E incluso hay relaciones consanguíneas que se acaban: se pierde el amor y se cambia de rostro. Para valorar el amor de alguien has de probarlo tanto en el beneficio como en la pérdida. Si tu hijo supera tu situación, de envidia se adelgaza tu afecto. Es

Sudabeh, al ver a las criadas, se rasgó las vestiduras. Tiraba de sus negros bucles y se arañaba la cara pintándola de rosa con la sangre. Les dijo:

–¿Cómo se puede llevar a cabo una cosa así? ¿No hay ni un caballero entre los hombres? ¿Por qué no apresasteis a Kavús durante la guerra? Cuando vestía armadura y tenía su trono y montaba su alazán os aterraba el sonido de sus tambores, y sólo ver a jinetes como Guiv, Gudarz y Tus, os sometisteis al trono dorado. Quitad la mano de nuestro vínculo.

Llamó a los enviados perros, mientras derramaba lágrimas de sangre sobre las rosas de sus mejillas. Añadió:

–No quiero separarme de Kavús, esté en la tumba o en cautiverio. Si Kavús merece estar encarcelado, a mí tendrán que cortarme la cabeza, sin culpa alguna.

Los enviados repitieron estas palabras a su padre, y él se llenó de ira, la cabeza y el corazón arrebatados. Acto seguido encarceló a Sudabeh junto a su esposo. Embargada de tristeza y con el rostro empapado de sangre, estaba bajo el

supera tu situación, de envidia se adelgaza tu afecto. Es el modo de este mundo impuro, cualquier viento malvado lo mueve de sitio.

Cayó Kavús en la trampa, y los hombres de Hamavarán decidieron su futuro. Había una montaña cuya cima rozaba las nubes, creada por Dios desde el fondo del mar. En ella se encontraba un castillo, a tal altura que parecía rozar el cielo. El rey de Hamavarán envió allí a Kavús acompañado por Guiv, Gudarz y Tus, y los encarceló a todos. Designó mil guardias, fuertes y expertos en la espada, para vigilarlos. Saqueó todas las pertenencias de Kavús, repartiendo caballos y joyas entre los suyos. Dos grandes equipos de sirvientas se ocuparon de devolver a Sudabeh a su lugar en una litera majestuosa. Toda la corte estaba a su servicio.

sublevado, entró entonces en combate con los árabes. La batalla duró tres meses. Muchas cabezas se perdieron ansiando la corona. Estos son los modos de un mundo fugaz, de tres y cinco días: a veces te otorga gracia y gozo, a veces dolor y sufrimiento. Al fin su mal y su bien acaban. La vida es una caza, la muerte la caza.

Los turcos derrotaron a los árabes. Su deseo de acrecentar sus dominios acabó en fuertes daños. Las tropas se dispersaron por Irán. Mujeres, hombres y niños se convirtieron en siervos. Todos salían en busca de refugio. El mundo iranio era pura oscuridad. Muchos se fueron a Zabolestán, con súplicas al hijo de Dastán: «Tú eres nuestro refugio en todo mal, pues la cabeza del rey Kavús ha desaparecido. Irán se ha convertido en un montón de ruinas; es doloroso que se convierta en guarida de leones y panteras. Todo eran moradas de guerreros, todo eran palacios reales, ahora es espacio de sufrimiento, guarida de dragones de mortales garras. El héroe de los espacios, el que ha mamado leche de pantera, puede apoyarnos en

tristeza y con el rostro empapado de sangre, estaba bajo el mismo techo que el rey Kavús. Era tanto su compañera de penas como su sierva. Cuando el rey de la gran corona fue hecho cautivo, sus tropas volvieron a Irán. Y por todos los confines se oyó: «El gran ciprés ha desaparecido del vergel».

Al ver vacío el trono dorado del rey, hasta de los lugares más lejanos acudían pretendientes dispuestos a hacerse con la corona. Guerreros con lanzas, turcos de Turán y árabes del desierto, con gran movimiento salieron tropas de todas partes.

Afrasiab, el aguerrido rey de Turán, preparó un gran ejército. Se hallaba preso del insomnio y no podía comer de desasosiego. Irán entero se levantaba con gritos de guerra y la paz había desaparecido del mundo. Afrasiab,

El rescate de Kavús

ROSTAM ENVIÓ un mensajero al rey Kavús, un jinete inteligente y despierto, y al soberano de Hamavarán otro renombrado héroe. Había escrito una carta severa y llena de amenazas, hablando de la maza, la espada y la guerra:

Has preparado una trampa para el rey de Irán, traicionando así el nuevo lazo familiar. Hacer trampas en la guerra no es de caballero; hay que ir limpio a la batalla como una pantera. El caballero nunca hará trampa en la guerra, aunque su corazón desborde de odio. Si dejas en libertad al rey Kavús, te habrás salvado de las garras y el aliento del dragón. De lo contrario, prepárate para enfrentarte conmigo: será tu cuello el que soporte mi peso.

A esta misiva recibió la siguiente respuesta:

este duro trance. Es hora de buscar remedio; es hora de arrancar este puñal del corazón».

Los ojos de Rostam derramaban lágrimas como lluvia; la sangre hervía en su corazón, el dolor en su alma. Al punto dio la respuesta:

–Acudiré yo mismo con la tropa: estamos preparados para la guerra. Cuando sepa algo del rey Kavús, limpiaré Irán de los turcos.

Tan pronto se enteró del estado del rey, de su cautiverio y el fin de su tropa, mandó llamar a todo el ejército de Kabul y partió con él, dispuesto para la lucha.

El rey Kavús nunca volverá a pisar la llanura. Cuando vengas a Hamavarán, no verás más que espadas y enormes mazas. Está preparada la misma cárcel y atadura, si ése es tu deseo. Iré a luchar contra ti con mi tropa y así cumpliremos con nuestra tradición.

Cuando estas líneas llegaron al héroe de cuerpo poderoso como un elefante, todos los valientes del ejército se reunieron. En barcos y lanchas, la tropa alcanzó la frontera de Hamavarán. Empezaron a saquear y a segar vidas: la sangre corría como riachuelos por el país. Informaron al rey del lugar: «Rostam ha puesto ya la silla a *Rajsh*».

del rugido de los héroes; la tierra acusaba heridas por las herraduras de los caballos. Se hubiera dicho que el universo era de hierro, que la montaña se vestía de armadura. Las nubes ardían en el cielo, ¿quién podía soportar tal situación?

Rostam llevó su tropa al campo de la batalla y allí vio las de tres reyes de tres países. Exhortó así a su victorioso ejército:

–No dejéis de fijaros en las lanzas. Concentraos en los caballos, sus melenas y las riendas, y mantened los ojos en la punta de las lanzas. Si son cien mil y nosotros cien, sabed que no es la multitud lo que otorga la victoria.

De repente brillaban flechas y espadas, y se hubiera dicho que el cielo iba plantando rojos tulipanes en la tierra. El campo, de tanta sangre, parecía una taberna; el cielo, de tantas espadas, un acerado cañaveral. Por doquier, cabezas de jinetes cortadas y armaduras dispersas a lo ancho de la llanura y la montaña.

Tahamtán espoleó a *Rajsh* y, velozmente, prescindien-

dado esto, los reyes de los tres países se levantaron dispuestos a cumplirlo.

Pusieron a Kavús en libertad y también a Guiv, Gudarz y Tus, permitiéndoles abandonar el castillo. Armamentos de tres países, tres tesoros y tres reyes, con sus cortes, ejércitos y coronas, estaban a las órdenes de Rostam. Kavús, con la majestad del sol, vistió sus galas, se puso ropajes de seda romana. Montó un veloz caballo, con rienda de oro, y mandó sentar a Sudabeh en una litera de madera laqueada, adornada con distintas joyas. Ella lo hizo así, mientras admiraba al sol luciente. Se reunió una tropa de unos trescientos mil hombres, todos jinetes armados, con adiestrados caballos. A éstos se sumaron bereberes, egipcios y cien mil guerreros de Hamavarán.

El rey envió un mensajero al emperador romano, un jinete conocedor del camino, con este comunicado:

Preparad un ejército con los más célebres guerreros de Roma, los más honorables de esta tierra, los jinetes

do de toda aquella sangre, fue cabalgando hacia el rey de Damasco, lanzó su lazo a la velocidad del viento, lo atrapó por la cintura y, estrechando el cerco, como una bola lo levantó de la silla: lo dominaba como a un palo para jugar al polo. Lo tiró al suelo. Farhad, el de espada de acero, le ató las manos y el famoso rey quedó cautivo.

En combate con los jabalíes iranios, el rey de Berbería fue hecho prisionero con cuarenta de sus jinetes. En el suelo se formó un monte de cadáveres. El mismo rey de Hamavarán estaba exhausto. Se comprometió entonces a entregar a Kavús y a sus héroes a Rostam. Lo mismo haría con el tesoro, la corona y las joyas, así como el trono, todo ello unido a un sinnúmero de sirvientas. Acor-

perto y fuerte, que dominaba la lanza, y escribieron una noble carta con palabras bellas y sonoras:

Cuando una tropa de Gorguestán se lanzó a luchar contra el victorioso rey, nos sentimos indignados por el hecho de que pretendiera ser superior. Afrasiab buscaba la corona real de Irán, porque su cabeza se desvió del camino del juicio. Entonces fuimos hacia él con altas lanzas, convertimos su tranquilidad en amargura: muchos de los suyos y de los nuestros murieron. Eran tiempos en que se sucedían los males y los bienes uno tras otro. Ahora ya hemos comprendido sus intenciones: de nuevo pretende el trono real. Todos los luchadores famosos por el manejo de la espada están preparados para hacerle frente. Cuando el rey oriente las riendas a Berbería nos colgaremos las mazas al cuello y pintaremos la montaña con la sangre del enemigo: crearemos un río Jeyhún en el desierto.

más expertos, maza y escudo de sus amigos, para acompañarme a los territorios prósperos.

La ira de Afrasiab

INFORMARON AL César de lo ocurrido en Hamavarán, del aspecto que tenía el campo lleno de jinetes decapitados y sus lanzas, de los hechos de Rostam con los hombres de Berbería y de Egipto, y con sus reyes, en el día de la batalla. Llamaron a un caballero victorioso, jinete ex-

El jinete montó el caballo árabe y, veloz, se dirigió a Berbería. Cuando el rey de Irán recibió la misiva, consideró adecuadas aquellas palabras y, satisfecho con el comportamiento que describían, escribió una carta a Afrasiab:

Sal de Irán y abandona la codicia. Estamos disgustados por tus acciones. Te basta el territorio de Turán. Por error coges la rienda. Dado que no necesitas, no busques más, pues te causará grandes sufrimientos y dolores. Para ti, lo mejor es ser súbdito y cuidar de la piel que cubre tu cuerpo. ¿No sabes que Irán es mi

morada y que el mundo entero está bajo mi mandato? Aunque es fuerte y valiente, la pantera no lanza sus garras contra el león.

Cuando la carta llegó a manos de Afrasiab, llena su cabeza de deseos de venganza y el corazón de ira, le respondió:

Este discurso sólo puede proceder de un hombre malvado. Si te hubieras conformado con Irán como hogar propio, no habrías puesto tus miras en Mazandarán.

Y añadió:

Irán, por dos razones, me pertenece. Hay que escuchar las palabras de la verdad: el hijo de Fereydún es mi abuelo. Irán entero es territorio mío. Por otra

herraduras, y el cielo estaba oscuro. Entre el zumbido de los arcos, las heridas del hacha de guerra cubrían de una marea de sangre el campo de batalla. Dos tercios de la tropa turania cayó. Los guerreros iban perdiendo la esperanza. Afrasiab, al contemplar la situación, ardía sin que hubiera fuego. En voz alta dijo:

–Oh, mis valientes, oh, héroes y leones míos, vuestra educación a mi lado ha sido para un día como el de hoy. Proseguid en la lucha, haced un cerco que estreche el mundo para Kavús. Atacad a los enemigos con lanza y espada, dad a sus cabezas golpes mortales. Y a este valiente Rostam de Sistán, al que desde que mamaba le dieron por leche espadas, ¿habrá alguien que lo aprese? ¿Habrá alguien que le separe la cabeza del tronco? Al que, en este día de batalla, lo haga caer de su caballo, feroz como pantera, le daré a mi hija y a la realeza; lo sentaré tan alto que esté con las constelaciones.

Los turcos, al oír estas palabras, se lanzaron todos

parte, con mi brazo experto en la espada, he limpiado todo el terreno de árabes. Con la espada domino las cimas y derribaré el águila de la nube negra. Ahora me he preparado para la guerra. Las banderas ondean a toda asta.

El mensajero, veloz como el viento, regresó y transmitió a Kavús aquellas palabras. El rey, al oír la respuesta de Afrasiab, preparó a sus hombres para combatir con él. Desde Berbería se movió un ejército cuyos límites no se veían, ni se veía hueco alguno entre la tropa. Afrasiab se preparó para la batalla. El polvo se elevaba hasta el cielo. El universo ensordeció por el gemido de la tropa y el bramido del tambor. La tierra toda era hierro de las

caban refugio en sus dominios, ya pertenecieran al mundo civilizado o al indómito y agreste, y hasta al de las hadas. Los soberanos de todos los reinos se convirtieron en sus súbditos; los que llevaban corona eran ya parte de su ejército.

Fue Kavús quien otorgó a Rostam el nombre de «héroe de los espacios», considerando que todo el bien del mundo dependía de él. Dio orden a los diablos de construir un palacio en el monte Alborz, una difícil tarea que los dejó agotados. Se trataba de un estilo innovador: quería que este palacio estuviera construido con piedras volcánicas. Y quería también dos palacios más, cada uno con diez columnas, éstas y todo el interior hecho igualmente con piedras volcánicas y con clavos de acero. En aquellos edificios se encontraban sus caballos de guerra y los camellos que llevaban las literas. Construyó además otros dos palacios, éstos de cristal y enteramente adornados con piedras preciosas. Eran los lugares para los

rápidamente a la batalla. Se endureció la contienda con el ejército iranio, pero, buscando más beneficios, los hombres de Afrasiab sufrieron más daños. Al ver tan clara la situación, Afrasiab, desde allí, se llevó el ejército a Turán.

Kavús aspira al trono celeste

El rey Kavús se dirigió a Pars, la capital, y se creó de nuevo un mundo de contento. Se sentó en el trono y ejerció la justicia. Y su vida era gozosa y alegre. Debido a tanto esplendor, a los tesoros y a la belleza, todos bus-

siguió hasta que un alba, el Gran Diablo se reunió con ellos a escondidas del rey y les habló de este modo:

–Hoy trabajar para el rey no es más que soportar dolores, hay que encontrar un diablo hábil que domine las artimañas del diálogo y consultar con él. Éste podrá desviar la mente de Kavús y se acabará nuestro padecer. Tendrá que desviar su cabeza de Dios, para que su grandeza se derrumbe y caiga sobre la tierra.

Los demás diablos le escuchaban y reflexionaban, pero nadie decía nada por miedo a Kavús. Finalmente, un diablo malvado se levantó y dijo:

–Yo poseo esta habilidad.

Y se vistió de elocuente siervo, digno de ser consultado.

Pasado un tiempo, un día el gran rey dejó la corte para ir a cazar. Ese diablo se le acercó, besó el suelo y entregó un ramo de flores a Kavús, acompañando el gesto con estas palabras:

banquetes y las fiestas, ya que el buen comer da fuerza al cuerpo. Hizo también dos casas para las armas de guerra, ambas de plata, y un palacio de oro para morada propia. Luego construyó en torno a éste altísimas murallas. Allí no se distinguía el verano del invierno, el aire del aroma, la lluvia del vino. Su azotea estaba adornada con mosaicos y, entremezclados, había rubíes y turquesas. En aquel lugar siempre era primavera esplendorosa y las rosas, de admiración, se ruborizaban. Allí todo estaba lejos del dolor y el sufrimiento. En su reino sólo los diablos sufrían padecimientos.

Gracias al bien y a la justicia, que el rey impartía, el mal del Tiempo se adormeció. Los diablos, encadenados al sufrimiento, se quejaban de los castigos recibidos. Así

–Vuestra grandeza es tan alta que merece dirigir un lugar más alto: la Rueda celeste. Todo el mundo está bajo vuestras órdenes, ya sea el pastor, ya el soberano. Todos forman vuestro rebaño, pero aún os falta una tarea en el universo para que sean eternas vuestras huellas. ¿Qué misterio os oculta el sol con sus giros, su salida y su puesta? ¿Cómo es la luna? El día y la noche ¿qué son? ¿Quién ordena girar a la Rueda?

El diablo logró desviar el corazón del rey y su espíritu se alejó del juicio.

Pensaba que el cielo giratorio, en su totalidad, se hallaba en lo que el propio rostro reflejaba, no sabía que dicha Rueda no existe por sí misma y que las estrellas son muchas, y Dios es uno y todos siguen sus mandatos,

bién la espada. Al oír el grito de Rostam, Alkus sintió que el corazón salía de su cuerpo. Velozmente montó el caballo negro como la noche y no pensó siquiera, a la manera de los caballeros, en seguir luchando.

Rostam le dijo:

–¿Por no haber experimentado las garras del león te has creído valiente luchador?

Zavaréh se montó con dolor en su caballo, el cuerpo empapado de sangre, la espada en la mano. Y Alkus atacó entonces a Rostam. Así preparó su sudario. Dio con la lanza en el cinturón del héroe, sin que éste se separara de la armadura. Tahamtán le respondió con una lanza. La sangre del corazón le empapó hasta el casco. Con la misma lanza lo separó de la silla. Le hizo dar contra el suelo como una piedra. Ambos ejércitos estaban asombrados

silla con la intención de atrapar a Afrasiab. El aro del lazo le sorprendería. El adalid turco hurtó el cuerpo. Al mismo tiempo su veloz caballo, como una flecha, arrancó a correr.

El héroe se salvó del lazo de Rostam, huyendo con la boca seca y empapado del sudor.

Del ejército turanio que entró en la guerra dos tercios no regresaron al campamento. Muchos de los hermosos caballos y las sillas doradas, los cascos y espadas con vainas de oro, aparte de otras cosas valiosas, quedaron en manos de los iranios. De éstos, ninguno se encaminó hacia los muertos. Los hombres muertos no fueron registrados para obtener objetos de valor.

Los héroes escribieron una carta al rey Kavús relatando la caza y el combate con los turanios, y anunciándole

ante el hecho, pero el miedo dominó a los guerreros de Turán. Entonces, los siete paladines valientes sacaron las espadas avanzando como leones. Tras ellos iban los luchadores con las mazas colgadas al hombro; de tal modo se entregó al combate la tropa que no se podía distinguir cada hombre. Tantos guerreros enemigos mataron que el campo entero se tiñó de granate. Por todas partes se veían cabezas, con cuerpos o sin cuerpos, de los héroes. En el campo de batalla no había espacio para cabalgar. Por lo mismo estaba cortado el camino de regreso.

Tahamtán incitó a *Rajsh* a correr más, persiguiendo a Afrasiab, el guerrero. Así dijo a su caballo:

–Oh, buen amigo, no pierdas tiempo a la hora de la batalla, para que pueda dejar sin vida al rey turanio. Con su sangre daré color de coral a las piedras.

Rajsh, de naturaleza de fuego, se lanzó como si de los costados le salieran alas. Rostam abrió el lazo desde la

que de ellos ninguno había muerto, sólo Zavaren había caído del caballo. Eso era todo.

En aquel hermoso oasis se quedó Rostam dos semanas. La tercera se encaminó con los suyos a la corte, a visitar al rey de bendita corona.

Ésta es la manera de un mundo de tres y cinco días: a uno le da placeres y a otro sufrimiento. Para uno como para el otro todo pasa deprisa. El hombre sabio ¿se preocupa, acaso? Las palabras de esta historia llegan a su fin. Ahora os contaré lo que aconteció a Rostam con Sohrab.

Ahora hablaré de la batalla de Sohrab, de la guerra de su padre contra él.

Según las palabras del campesino[1], relataré una de las antiguas historias. Como recuerda el sacerdote, Rostam, un día por la mañana, decidió ir de caza, llenó su aljaba de flechas y, como un león furioso que busca una presa, se dirigió al territorio de Turán. Al llegar cerca de aquel territorio vio el campo lleno de cebras. A Rostam, el que vela por la corona, se le encendió el rostro como una rosa y, sonriendo, espoleó a *Rajsh*.

Con arco y flechas, maza y lazo, derribó varias cebras.

ladines? Dirán que Tahamtán se quedó dormido y se murió. Ahora no hay otra salida que ir hasta allí, hay que someter el corazón entero a la tristeza».

Así anduvo, lleno de pena y dolor, el corazón partido y todo él acongojado, y cuando ya estaba cerca de la ciudad de Samangán, el rey del lugar y otros caballeros célebres se enteraron de que había llegado a pie, precisamente el héroe que vela por la corona, y de que su caballo *Rajsh* se había extraviado en el coto de caza.

El rey, que ostentaba formalmente la corona, y las autoridades fueron a recibirle. Le dijo el rey de Samangán:

Con leñas, espinos y ramas de árbol, encendió un gran fuego. Cuando el fuego llameó intensamente, arrancó un árbol para usarlo como pincho. Ensartó en él una cebra entera, que en su mano no parecía más que un ave, y fue comiéndola mientras se asaba. Cuando acabó, tiró los huesos y se tumbó en el suelo a dormir, despreocupado del mundo, mientras su caballo *Rajsh* pastaba por el campo. En aquel momento, unos siete u ocho jinetes turcos atravesaban el coto de caza y vieron un caballo en el oasis. Se acercaron al río donde se hallaba, lo atraparon y se lo llevaron a la ciudad, pensando cada uno en la parte de beneficio que le tocaría por el animal. Cuando Rostam se despertó del alegre sueño, necesitaba ya a su caballo de largas patas. Al no encontrarlo se entristeció y, preocupado, fue velozmente hacia Samangán. Se dijo: «¿Dónde voy ahora, corriendo a pie, muerto de vergüenza porque se han llevado mi caballo? ¿Qué dirán los pa-

[1] Firdusi, en muchas ocasiones, comienza sus relatos «según el campesino» o «según el sacerdote zoroastriano» *(mobad)*. En este caso parte de los dos.

contento por la buena noticia, aceptó la invitación. El rey alojó a Rostam en su palacio y, siempre de pie, atendía sus órdenes. Convocó además a las autoridades civiles y militares, y los reunió a todos en una fiesta. Las escanciadoras, de esbeltos cuerpos, negros ojos y cara de rosa, sirvieron vino. Los concurrentes se sentaron a celebrar el banquete, amenizado por la presencia de juglares; todo ello para apartar la tristeza de Rostam. Éste, embriagado, fue preso del sueño, pues le resultaba difícil estar sentado. Le ofrecieron entonces un dormitorio tranquilo, según su dignidad, perfumado con aromas de rosa y almizcle, y a él se dirigió.

–¿Qué sucede? ¿Quién es capaz de competir contigo? En este país todos deseamos tu bien, estamos atentos a tu camino y a tus órdenes; nuestro cuerpo y alma están a tu servicio. Tuyas son la cabeza y la vida de todos los valientes.

Rostam, al oír sus palabras, las consideró llenas de malas intenciones y le dijo:

–En este oasis mi *Rajsh*, suelto y sin rienda, se ha perdido. Hay huellas suyas hasta Samangán, hasta donde están el río y el cañaveral. Si lo encuentras, te estaré agradecido y por esta bondad te daré una recompensa. Si no se encuentra mi caballo, se cortarán muchas cabezas.

Le dijo el rey:

–Oh, gran hombre, nadie te puede hacer un mal. Sé mi huésped y no te enfades, tu deseo será plenamente satisfecho. Pasemos sólo esta noche bebiendo vino alegremente y liberemos el corazón de toda tristeza. El valioso *Rajsh*, ese caballo del héroe más famoso del universo, no ha desaparecido.

Tahamtán se alegró al oír estas palabras, que aliviaron su ánimo. Consideró conveniente asistir al banquete y,

–Soy Tahmineh y estoy vencida de tristeza. Soy la única hija del rey de Samangán, descendiente de leones y panteras, en belleza no tengo par en el universo. Bajo el cielo azul, pocas hay como yo y nadie me ha visto desvelada nunca ni nadie ha oído mi voz jamás. Como fábulas he oído muchas de tus historias. Sé que no temes león, diablo, ballena ni pantera, y posees fuertes zarpas. Siendo noche oscura, entras solo en Turán, paseas por este territorio, despreocupado, y asas tú solo una cebra entera; con tu espada eres capaz de hacer llorar al cielo; cuando tienes la maza en la mano, el león se asusta y la pantera siente inútiles sus garras, y el águila, al ver tu

Tahmineh

PASADA PARTE de la noche, cuando la luna se hallaba en lo alto de la Rueda celeste, se oyeron murmullos y palabras en voz baja. Suavemente se abrió la puerta del dormitorio y una muchacha, con una vela perfumada en la mano, fue a sentarse graciosamente en el lecho del que se hallaba embriagado. Su cara era como la luna, su color como el de la aurora. Sus cejas como arcos, sus bucles como lazos y su altura de ciprés. Rostam, el héroe de cuerpo poderoso como un elefante, quedó perplejo y la contemplaba alabando a Dios.

Le preguntó:

–¿Cuál es tu nombre?, y ¿qué deseas en la noche oscura?

Ella le respondió de este modo:

espada desnuda, deja de precipitarse sobre la caza. Al oír estos relatos sobre ti me he mordido los labios de deseo. Quería tu fuerte cuerpo, tus hombros y tu pecho. Y Dios te ha encaminado a esta ciudad. Ahora soy toda tuya, si me deseas. Excepto tú, nadie me verá, ni ave en el cielo ni pez en el mar. Por esto me he acercado a ti, he sacrificado el juicio ante el deseo, esperando además que de ti Dios me dé un hijo. Si lo hiciera, tal vez sería un héroe como tú y el cielo le concedería un destino glorioso, presidido por el sol y Saturno. Además, encontraré tu caballo buscando por todos los rincones de Samangán.

Rostam la escuchaba y se fijaba detenidamente en aquella cara de hada. La veía llena de sabiduría y, además, le daba noticias de *Rajsh*. Su propósito le pareció venturoso.

Ateniéndose entonces a la idea, el deseo y la petición de ella, del mejor modo posible se comprometió. Tras hacerla su pareja, pasaron ambos aquella larga y oscura noche compartiendo sus secretos. Cuando el sol luciente, desde el cielo, estuvo a punto de lanzar su brillante lazo,

Rostam entregó a la joven su brazalete. En él había incrustada una piedra famosa en todo el mundo. Acompañó la dádiva con estas palabras:

–Consérvalo. Si el paso del tiempo te otorga una hija, lo atarás a sus bucles. Tendrá así buen destino y un brillante sino. Si tu estrella te otorga un hijo, átalo a su brazo, será la señal sobre la identidad de su padre. En altura igualará a Sam, el hijo de Narimán; en caballerosidad y comportamiento destacará entre los mejores. Será capaz de derribar el águila de la nube. Ni siquiera el sol le podrá imponer su fuerza.

El héroe de los espacios pasó toda aquella noche jun-

to, disfrutaba con arcos y flechas; llegado al décimo no tenía rival en las competiciones. Un día se acercó a su madre y le preguntó:

–¡Oh, madre, osada entre todas!, di, ¿por qué soy superior a los de mi edad? ¿Por qué soy tan alto, comparado con ellos? ¿De quién desciendo, cuál es mi origen? Cuando me pregunten por mi padre, ¿qué puedo responder? Si siguieras ocultándome la respuesta a esta pregunta no te dejaría viva en este mundo.

La madre contestó:

–Escucha atentamente y alégrate, no te enojes. Eres hijo de Rostam, el héroe. Desciendes de Sam y de Nei-

to a la hermosa, hablando de todo con ella. Cuando el sol radiante, desde el cielo, acariciaba con amor la cara de la tierra, la abrazó con fuerza, para despedirse, y le besó la cara y los ojos. La muchacha de cara de hada, llorando por su partida y deseando su regreso, se inundó de pena y de tristeza.

Llegado el día, el generoso rey se acercó a Rostam y le preguntó sobre su sueño y su descanso. Luego le dio la buena nueva del encuentro de *Rajsh*, con lo cual el que vela por la corona se sintió lleno de alegría. Acarició al caballo y, gozoso, le puso la silla, contemplando al luciente *Rajsh*, pensando en el comportamiento del rey.

Pasados nueve meses, la hija del rey dio a luz a un niño, hermoso como la luna. Su cuerpo era tan fuerte como el de Rostam, o como el de Sam, el león, o el de Narimán. Tahmineh, sonriente y con el rostro exultante, le puso el nombre de Sohrab.

Cuando cumplió un mes, aquel niño parecía tener ya un año. Por su fortaleza, claramente recordaba a Rostam, el hijo de Zal. A los tres años ya jugaba al polo; al quin-

do los pasos de Tus de Irán. Otorgaré entonces a Rostam el trono y la corona. Convertiré en su morada la corte de Kavús. Desde Irán iré a la guerra contra Turán, competiré cara a cara contra el rey turanio. Me adueñaré del trono de Afrasiab. La punta de mi lanza atravesará hasta el sol. Al ser Rostam el padre y yo el hijo no hay otra cabeza que merezca más la corona.

Cuando el sol luce y también la luna, ¿para qué muestra su cara la estrella?

ram[2]. Tu cabeza está a la altura del cielo en grandeza y fuerza, porque eres de renombrada raíz. En el mundo no hubo nadie como Sam, el hijo de Narimán. Ni la Rueda en sus giros lo podía rozar.

Tahmineh sacó entonces una carta de Rostam, el de cuerpo poderoso como un elefante, y enseñó a Sohrab a escondidas tres brillantes rubíes, engastados en oro, que desde Irán él le había enviado. E insistió:

–Afrasiab no tiene que saber ni una palabra de esta historia. Si tu padre te reconoce gracias a estas señales, serás el más honrado entre los héroes. Te llamará a su lado. Entonces el corazón de tu madre se romperá por tu partida.

Sohrab le respondió así:

–En el universo nadie oculta esta historia. Los guerreros más célebres desde siempre relatan las aventuras de Rostam. No hay raíz semejante a ésta. Ocultar lo mío ¿qué significa? Ahora preparo un ejército poderoso de turcos invencibles y derrocaré a Kavús del trono, cortan-

[2] Narimán, el bisabuelo de Rostam.

gilad bien, pues, a Sohrab, y una noche acabad con él, mientras duerma.

Los astutos Humán y Barmán fueron a visitar a Sohrab. Le llevaron un regalo real: diez caballos, diez yeguas con sillas y carga, un trono adornado con turquesas y otras piedras, cuyas patas eran de marfil, y una corona de oro. Acompañaba el obsequio una grata carta de ruegos que le había escrito Afrasiab:

Si logras el trono de Irán, la paz reinará en el mundo. De este territorio hasta allí no hay mucho camino. Samangán, Irán y Turán son, en realidad, una sola tierra.

Hojir

DE CADA rincón se unieron a él guerreros, todos valientes y duchos en la espada. Llegó la noticia a Afrasiab: «Sohrab ha lanzado los barcos al mar. Su boca todavía huele a leche y piensa ya en la espada y la flecha. Aún barre el suelo con la espada, debido a su corta edad, y ya busca la guerra contra Kavús».

Afrasiab, al oír estas nuevas, respiró hondo, lleno de contento. Llamó a los más valientes de su ejército, los que llevaban grandes mazas, y reunió diez o doce mil guerreros, entre ellos hombres como Humán y Barmán.

El caudillo de Turán dijo entonces a los superiores del ejército:

–Hay que mantener oculto este secreto. Cuando ambos se enfrenten cara a cara, Tahamtán, sin duda, buscará una solución. El hijo no debe conocer al padre. Hay que evitar que despierte su amor y su cariño. No sea que aquel héroe anciano muera por la mano de este león. Vi-

Te mandaré toda la tropa que sea necesaria. Tú sube al trono y ponte la corona. En Turán no hay hombres más valientes y expertos que Humán y Barmán. Te los he enviado para que estén a tus órdenes. Durante un tiempo serán tus huéspedes. Si vas a la guerra, lucharán y estrecharán el mundo para el malvado.

Con esta carta y el obsequio del soberano iban también varios jinetes armados. Informado Sohrab de que Barmán, Humán y la tropa estaban en camino, fue veloz como el viento a recibirlos. Sintió gran alegría al ver a la tropa, mientras Humán, ante su fuerte cuello y sus hombros, se quedó sorprendido y perplejo. Entregó a Sohrab la carta del rey Afrasiab junto con el regalo, los caballos y yeguas cargadas. Él, que buscaba dominar el mundo, al leer la carta, desde allí mismo puso en marcha al ejército.

Había una fortaleza inexpugnable, llamada Sepid[3], que era el refugio y seguridad de los iranios. El guardia

[3] Blanca.

de la fortaleza, Hojir, era un experto en la guerra. Era fuerte, valiente, ágil y astuto. Cuando Sohrab llegó cerca del castillo, el valiente Hojir lo vio, montó su veloz caballo y cabalgó desde la fortaleza al campo. Sohrab, el guerrero, al darse cuenta, se enojó, y sacando la espada de la vaina salió del ejército como un león y fieramente llegó hasta Hojir. Dijo entonces al experto en la guerra:

–En vano has venido solo a la batalla. ¿Quién eres? ¿Cuál es tu nombre? A la que te parió le toca ya llorar por ti.

Hojir le respondió:

–Basta ya, nadie entre los turcos puede conmigo, soy

Gordafarid

AL LLEGAR a la fortaleza la noticia de que habían cogido a Hojir y lo habían llevado cautivo, hombres y mujeres dejaron oír un lamento por la pérdida del guerrero y por los suyos que, sin él, quedaban como huérfanos. Enterada la hija de Gajdaham, valiente amazona, de que faltaba ya el comandante de la fortaleza, decidió ponerse en acción. Dicha joven era famosa por sus hechos guerreros. Su nombre era Gordafarid y en todos los tiempos no había parido madre una criatura semejante. De vergüenza por lo acontecido a Hojir, su rostro encendido de color

el valiente Hojir, el que está al mando del ejército. Te arrancaré la cabeza del cuerpo y la enviaré al rey del universo. Aquí mismo tu cuerpo enterraré.

Se rió Sohrab de estas palabras y, al oírlas, se precipitó contra Hojir. De tal modo se alanceaban que era imposible reconocer uno del otro. Hojir dio con la lanza en la cintura a su adversario, pero la punta no llegó hasta donde él deseaba. Sohrab, el león, cogió la lanza y le devolvió el golpe con el otro extremo. Lo arrojó del caballo al suelo sin pensar con quién luchaba. Sohrab bajó del caballo y se sentó encima de su pecho con la intención de cortarle la cabeza.

Hojir se volvió, apoyándose en el brazo derecho, y tristemente pidió clemencia a Sohrab. Éste lo soltó y se la concedió. Hojir, entonces, aliviado, dio muchos consejos a Sohrab. Luego Sohrab le ató las manos y lo envió ante Humán.

tulipán se oscureció como la pez. No había tiempo que perder. Se puso la armadura de los guerreros y, ocultando el cabello debajo, se colocó en la cabeza un casco romano. Acto seguido emprendió el descenso desde la fortaleza, con firme decisión y montando un veloz caballo.

Como un héroe se presentó ante la tropa y lanzó un grito como un radiante trueno:

–¿Dónde están los héroes y los guerreros, y vuestros valientes y expertos caudillos?

Sohrab, el león, al verla, se rió mordiéndose los labios. Dijo:

–De nuevo una cebra ha caído en la trampa del señor de la espada y la fuerza.

Se puso entonces la armadura y en la cabeza un casco chino y, cabalgando como el viento, se acercó a donde Gordafarid se hallaba.

La chica, al verlo, colocó una flecha en el arco, abriendo los brazos. Ni las aves se salvaban de sus flechas.

Gordafarid lanzó una lluvia de flechas contra Sohrab y atacó a los suyos tanto por la derecha como por la iz-

quierda. Sohrab se fijó en ella y sintió vergüenza. Irritado se precipitó a combatir. Levantó el escudo hacia la cabeza y avanzó. Por lo violento de la pelea mucha sangre se vertía en el suelo. Gordafarid, al ver a Sohrab, que como un fuego llameante cabalgaba hacia ella, se colgó el arco al hombro y, mientras su caballo bayo levantaba las manos, dirigió la lanza contra Sohrab y la tiró con todas sus fuerzas. Enfurecido Sohrab como una pantera, ya que veía que el enemigo administraba bien la lucha, cogió la rienda, espoleó al caballo y, acercándose a ella a la velocidad del rayo, le arrebató la lanza y, con gran habilidad, la atacó y dio en la cintura de Gordafarid, rompiendo su

Gordafarid ya se veía cautiva. A menos que utilizara un engaño, no encontraba solución. Mirándole dijo:

–¡Oh, valiente, entre los héroes eres como el león, ambas tropas están contemplando nuestra lucha, nuestras mazas, espadas y maniobras; ya que tengo el pelo y el rostro desvelados, habrá muchos rumores entre los de tu tropa, dirán que en la guerra contra una mujer de tal modo salían chispas en el campo de batalla, que será mejor que a escondidas lleguemos a un acuerdo. Acatar el juicio es de grandes. No intentes dañarme. Los dos ejércitos nos miran. Ya está a tus órdenes la fortaleza y la tropa. Hay paz, no tenemos que provocar guerra. El castillo, su guardia y todo lo que hay dentro son tuyos, si

armadura. Luego la levantó de la silla como una pelota movida por un golpe del palo en el juego del polo. Cuando iba a caerse de la silla, Gordafarid sacó la afilada espada de la vaina y, con un golpe, partió en dos la lanza, montó al caballo y dio la vuelta, alejándose con rapidez, levantando una nube de polvo. No era capaz de competir con él.

Sohrab, rugiendo, se acercó de nuevo a Gordafarid. Entonces ella se quitó el casco y liberó su cabellera; y, emergiendo de la armadura, lucía su cara como el sol.

Sohrab comprendió entonces que era una chica, con una cabeza y unos bucles que merecían una corona. Sorprendido por la tropa irania y por ver que una muchacha luchaba de tal modo, se dijo: «¡Sus jinetes, en el día del combate, levantarán nubes del polvo!». Desató entonces su lazo de la silla, lo lanzó y atrapó a Gordafarid por la cintura. Le dijo:

–No puedes escaparte, oh, cara de luna, ¿por qué buscas la guerra? A una cebra como tú nunca la cazaré. No te rebeles, de mis garras no te liberarás.

ancianos estaban todos afligidos. Gordafarid soltó entonces una carcajada y subida a lo alto de la muralla miraba a la tropa y a Sohrab montado a caballo. Entonces le dijo:

–Oh, caudillo de los turanios, ¿por qué te has molestado?, vuélvete, deja esta persecución y abandona el campo de batalla.

Y riendo con ironía continuó:

–Los de Turán no pueden encontrar una pareja irania, ésa es la verdad. No soy para ti, que no te aflija esta pena. Aunque tú tampoco pareces ser como los turanios, eres de los héroes dignos de admiración; en cuanto a fuerza, bra-

tillo, su guardia y todo lo que hay dentro son tuyos, si vas allí todos respetarán tus órdenes.

Cuando desveló su cara ante Sohrab, mostrando las perlas de sus dientes y abriendo sus labios de granate, él pensó que era como una puerta que daba al paraíso, que no había jardinero que recordara un ciprés como ella: dos ojos de gacela, dos cejas como dos arcos, parecía un capullo de rosa a punto de abrirse.

Dijo Sohrab:

–No vayas a romper este acuerdo, ya has visto cómo soy en la batalla. No confíes en la muralla de esta fortaleza, no es más alta que la Rueda. El golpe de la maza arrodillará la fortaleza, y nadie es capaz de tocarme con la lanza.

Gordafarid movió la rienda y dirigió su alto caballo bayo hacia la fortaleza. Sohrab la siguió. En la puerta se hallaba Gajdaham. Gordafarid abrió la puerta, dejó ir su cuerpo fatigado hacia el interior. La puerta se cerró. Todos los del castillo estaban tristes. La pena dominaba los corazones, los ojos derramaban lágrimas de sangre por lo que había pasado a Hojir y a Gordafarid. Jóvenes y

Intercambio de cartas

CUANDO VOLVIÓ Sohrab, el viejo Gajdaham convocó al escribano y redactó una carta al rey, con la intención de enviársela con un veloz jinete. Empezó por alabar al Creador, y luego le informó de los giros dados por la Rueda del tiempo:

Ha llegado hasta nosotros un gran ejército compuesto de fuertes guerreros, con un paladín al frente que no debe tener más de catorce años. Es tan esbelto como un ciprés, tan brillante como el sol en Géminis y su cuerpo es poderoso como el de un elefante. No

zos, hombros y cuello no tienes par entre los paladines, pero si el rey de los reyes se entera de que un héroe tal dirige un ejército de Turán, él y Rostam se moverán. Vosotros no podéis competir con Tahamtán. De los de tu tropa, ninguno salvará la vida. A ti no sé qué te sucederá, lamentaría que este poderoso cuerpo desapareciera entre panteras. Es mejor que des órdenes y que orientes el ejército hacia Turán. No confíes demasiado en tus fuertes brazos, la necia vaca se prepara a sí misma para la muerte al saciar su hambre debido al insaciable deseo de su cuerpo.

Sohrab, al oír estas palabras, se avergonzó: muy fácilmente había perdido la fortaleza.

En la falda del monte donde estaba el castillo había un pueblo. Lo saqueó y lo destruyó, cometiendo de este modo una maldad. Dijo:

–El día de hoy ha llegado a su fin, dejamos de momento la batalla. Mañana, al alba, convertiré en polvo esta fortaleza y veréis en qué culmina el día de guerra.

De noche, tras sellar la carta, el enviado partió sin decir palabra. Había un camino por debajo de la fortaleza que el enemigo desconocía. Aquella noche, Gajdaham salió por la misma vía, y todos los próximos con él. Cuando el sol asomó la cabeza por la montaña, los turcos se prepararon. Sohrab, lanza en mano, montó un fuerte caballo, se acercó y vio la puerta de la fortaleza abierta. No había nadie para combatir, jinetes y guerreros se habían ido con Gajdaham.

La carta llegó al rey, y éste se entristeció al oír aquellas palabras. Convocó a los superiores del ejército y les contó la historia. Casi todos los paladines se reunieron con el rey de Irán: Tus, Gudarz y Guiv; Gorguín, Bahram y el joven Farhad. El rey dijo secretamente a sus héroes:

he visto a nadie con tales brazos y tal maza. Si coge la espada india, en su avance avergonzará al mar y a la montaña. Su grito es como un trueno, su brazo rompedor y eficaz con la espada. Hojir, el valiente, montando un ágil caballo, fue a enfrentarse con él. Cuando llegó ante Sohrab, no duró encima del caballo lo que un pestañeo, ni el tiempo que tarda un olor al pasar de la nariz al cerebro. Sohrab lo arrebató de la silla. Hojir, perplejo ante su fuerza, se encuentra ahora sano en el refugio de Sohrab. Mi alma está en vilo por su destino. He visto muchos jinetes turcos, pero no recuerdo un caballero como él, ni creo que nadie recuerde un jinete tal. Es como si fuera el mismo Sam montado a caballo. Si dejamos pasar un poco de tiempo, si no nos movemos ahora sin decir nada, si el rey se demora, si no pone en marcha al ejército para el combate, este guerrero dominará la fortaleza ya que posee la fuerza y nadie es capaz de detenerle. La muralla no aguantará su paso, hasta el león huye al verle.

tengo el corazón quebrado. Todos los paladines se reunieron para leer una carta enviada por Gajdaham. Tal es la situación que en el mundo, excepto tú, nadie puede salvarnos. Todos los nobles caballeros reunidos han considerado que es necesario que el honorable Guiv vaya a buscarte. Cuando leas esta carta, ni de día ni de noche hables de ella, guárdala como un secreto sólo compartido con tus audaces jinetes. Parte de Zabol con rapidez. Según la descripción de Gajdaham, sólo tú y nadie más puede vencer a Sohrab.

Dijo entonces el rey a Guiv:

–Muévete como el humo. Agarra bien las riendas de un veloz caballo. Tienes que presentarte ante Rostam, en

y el joven Farhad. El rey dijo secretamente a sus héroes:

–Esta historia será larga, según lo que nos dice Gajdaham. Alejad las preocupaciones de vuestro corazón. ¿Qué vamos a hacer? ¿Cuál es el remedio? ¿Quién en Irán será capaz de competir con este hombre?

Todos acordaron que Guiv fuera a Zabol a encontrarse con el héroe de los espacios, Rostam. Entonces el rey ordenó redactar una carta para él, encabezada con alabanzas al Creador, Dios del universo y del Tiempo. Seguía dirigiéndose a su admirado héroe:

Que seas clarividente y de despierto corazón. Eres el alma y el apoyo de los héroes. Posees garras y fuerza como un león: el que destrozó la atadura de Hamavarán; el que conquistó la tierra de Mazandarán. Ni el río Nilo es veloz como tu caballo, ni el elefante es capaz de enfrentarse a ti. Eres el refugio de todos los iranios. Eres el que lleva el honor de los héroes. Un suceso doloroso se ha producido y de tristeza

un veloz caballo. Tienes que presentarte ante Rostam, en Zabol, de modo que no te entretengas ni descanses, aunque llegues de noche. Al día siguiente, vuelve. Dile a Rostam que la batalla se aproxima.

Cuando Guiv llegó cerca de Zabolestán, Zal, también llamado Dastán, se enteró de ello. Tahamtán fue a recibirlo con la tropa. Los superiores, por tratarse de un acto oficial, se pusieron el sombrero. Rostam bajó del caballo. Preguntó a Guiv por el estado de la capital y del rey y ambos se encaminaron hacia su castillo. Cuando se quedaron a solas, Guiv relató lo que había oído, le entregó la carta y habló largo y tendido de Sohrab. Tahamtán, al oírlo y leer la carta, se reía y a la vez estaba sorprendido por la historia, por el hecho de que un caballero como Sam, el jinete, apareciera en el mundo. Eso entre los de espíritu libre[4] no le sorprendía, pero entre los turanios no era de esperar.

[4] Se refiere a los iranios.

por un hombre que, comparado con todo el que estaba de pie ante él, resultaba, aun sentado, más alto. Había junto a él una cabalgadura digna de su tamaño, con un lazo que rozaba el suelo. Aquel caballo, de vez en cuando, rugía como si la tierra estuviera hirviendo.

Sohrab comentó:

–Otro hombre de su altura no hay entre los iranios. Y tampoco un caballo parecido al suyo, ni una bandera con la imagen del dragón, ni una lanza cuya punta es un león dorado.

Hojir dijo:

–Es un paladín que ha llegado recientemente de China a servir al rey.

Le preguntó entonces sobre su nombre y él le respondió:

–Ignoro su nombre. Estaba en esta fortaleza cuando

Sohrab prosiguió:

–Más allá de los rayos del sol se ve un campamento de color blanco. En él hay jinetes con capas de seda romana. En número superan los mil. Están en fila y junto a ellos hay peones con escudos y lanzas. En conjunto forman una tropa que no tiene límites. Sentado en un trono de marfil, sobre el que se halla un sillón de teca, hay un adalid. A la entrada de su tienda hay un laberinto y unos cuantos esclavos están de pie dispuestos a servirle. ¿Quién es?

Hojir le respondió:

–Lo llaman Fariborz y es el hijo del rey y la corona de los héroes.

Sohrab preguntó de nuevo:

–Aquel campamento rojo, en cuyo umbral se ven peo-

él se presentó ante el rey.

Se entristeció Sohrab porque de Rostam no apareció señal alguna. Su madre le había hablado de las señas de identidad de su padre. Él las veía todas sin poder confirmarlas. Esperaba que Hojir mencionara su nombre para que aquel diálogo llegara a un fin agradable. Pero era lo contrario lo que estaba escrito.

Sohrab siguió preguntando por otros héroes:

–¿Y aquel campamento que está en la linde con muchos jinetes y elefantes dispuestos, donde suena el gemido del *karna*[11], y ostenta una bandera con un lobo, con el asta con punta dorada?

Hojir le respondió:

–Es el de Guiv, el hijo de Gudarz, llamado «el valiente» por los héroes.

[11] Trompa antigua, véase nota 5.

Otra vez preguntó Sohrab al honorable Hojir, pues era imperiosa su necesidad de ver al que buscaba, sobre aquel hombre alto, y aquel caballo, el largo lazo y aquel campamento verde.

Hojir contestó al héroe:

–¿Por qué iba a ocultarte información alguna? Si no digo el nombre del chino es porque lo desconozco.

Le dijo Sohrab:

–Tus palabras no se ajustan a la razón. No mencionaste nada de Rostam, el que es el héroe del universo. No puede quedar oculto entre la tropa. Dices que es el mayor del ejército y que es el que custodia todo lo de la patria.

Así le respondió Hojir:

–Tal vez es aquel héroe cazador de leones. De momen-

nes, en cuyo entorno destacan los colores rojo, amarillo y violeta de las banderas a toda asta... ¿A quién pertenece la que ostenta un jabalí de cabeza dorada y enorme cuerpo?

La respuesta fue:

–Su nombre es Goraz[12]. Es un luchador infatigable, pelear con él es como pelear con varios leones desatados. Es inteligente y desciende de héroes. Nunca se queja ante el dolor o la dificultad.

Buscaba Sohrab las señas de identidad de su padre, pero era en vano. Hojir ocultaba cuanto a ellas se refería. ¡Oh, Rueda del universo!, ¿cómo actúas? Lo hecho, hecho está. El Señor del mundo ha llevado ya a cabo su tarea. El destino está escrito en el Tiempo y, esté escrito como esté escrito, hay que aceptarlo.

[12] Significa jabalí.

joya no pulida que se halla en la piedra. Cuando, tras estar oculta, se libera, será una radiante pieza difícil de valorar».

Hojir le respondió:

–Todo rey harto de corte y corona buscaría luchar contra alguien capaz de dejar a un elefante furioso sin vida. Todo el que compite con Rostam acabará dejando el cuerpo en la tierra. La fuerza de Rostam puede con cien hombres fuertes. Tiene la cabeza más alta que un árbol. Cuando se enfurece en la batalla, le da igual un elefante que un hombre. No hay quien pueda competir con él en el mundo, ni siquiera el Nilo es tan veloz como su caballo.

Sohrab repuso con resquemor:

–Entre los héroes, Gudarz[14] tiene mala suerte por te-

to se halla en Zabolestán, ya que es la época del gozo en los vergeles.

Sohrab le dijo:

–No digas eso. Todo adalid tiene los ojos puestos en la guerra. Si apuesta por divertirse el héroe de los espacios, viejos y jóvenes se reirán de él. Yo mantengo mi compromiso contigo, lo repito y cumplo la palabra: si me muestras a Rostam, serás el más honrado en todo el mundo. Satisfaré todos tus deseos, te daré cuanto buscas en el mundo, abriré para ti las arcas de tesoros nunca vistos. Si no me descifras este misterio, si me ocultas esta verdad, tu cuerpo no seguirá unido a tu cabeza. Ten, pues, cuidado respecto a qué eliges entre estas dos cosas. ¿Recuerdas lo que dijo el *mobad*[13] al rey cuando éste desveló un misterio?: «La palabra no dicha es como una

[13] Sacerdote zoroastriano.

morir con honor es mejor que contentar al enemigo. Si yo muero por su mano, el día no se enturbiará como el agua del río. Si Gudarz y sus destacados hijos, y si todos los admirables héroes perecen, yo no deseo la vida. Esto es lo que he aprendido del santo *mobad:* llegado el momento en que se arranca el ciprés del campo, no merece la pena que el faisán siga oliendo las plantas».

Dijo entonces a Sohrab:

–¿A qué se debe esta agitación? Sin cesar me hablas de Rostam. No debes buscar pelea, no debes enfrentarte en una batalla con él. En la guerra, te convertirá en polvo. No puedes vencer al héroe de cuerpo como elefante, no puedes hacerte con ese héroe.

Al oír tan fuertes palabras, Sohrab volvió el rostro y le dio la espalda a la vez que le abofeteaba con el dorso

ner un hijo como tú. Con tan escasa fuerza y sabiduría no has logrado ver a los verdaderos guerreros. ¿Dónde habrás oído el sonido de las herraduras? Por ello hablas tanto de Rostam y tu lengua no deja de admirarlo. Temes al fuego porque el mar tranquilo te sonríe. Cuando el verde mar se arranca de su sitio no puede resistirlo ni la veloz llama. El sueño domina a las tinieblas y la oscuridad se acaba cuando el sol saca su espada radiante.

El experimentado Hojir se dijo a sí mismo: «Si le revelo la identidad de Rostam, este turanio de fuertes brazos, enorme cuello y con señas de grandeza, se dispondrá a combatir contra el ejército. Lanzará a galopar a su enorme caballo y si con sus poderosas manos da muerte a Rostam, nadie en Irán podrá emprender la venganza y él dominará el trono del rey Kavús. Decía el sabio que

[14] El padre de Hojir.

El joven Sohrab lanzó un grito y a voz en cuello criticó al rey Kavús. De este modo le dirigió la palabra:

–¿Cómo te comportas en la batalla? ¿Cómo te atreves a llamarte rey si no puedes resistir en la guerra? Asaré tu cuerpo colgado de esta lanza. Así haré llorar por ti a las estrellas. Me juré en el banquete, donde anoche fue asesinado Zanderazam, que no dejaría vivo en Irán a nadie que lleve lanza y que ahorcaría vivo a Kavús. ¿A quién, entre los guerreros iranios, tienes tú para enviarlo a luchar contra mí?

Así siguió hablando con mucha ira y nadie, entre los iranios, le respondía.

Sohrab se inclinó y, con un golpe de la lanza, arrancó ochenta clavos del campamento, de modo que una parte de éste se vino abajo. De cada rincón se levantó el sonido

de la mano. Hojir cayó al suelo al instante.

Rostam se hurta

SOHRAB SE puso de inmediato la armadura e igualmente un casco chino en la cabeza. De ira le hervía la sangre en las venas. Montó en su veloz caballo y, rugiendo, cogió una lanza y como un animal enfurecido partió hacia el campo de batalla. Ninguno de los héroes iranios se atrevía a mirarle.

Se reunieron los paladines y se decían que también él parecía un elefante. Consideraban que no era fácil dirigir hacia él la mirada. ¿Quién sería capaz de combatirle?

tienda echó una mirada al campo y vio a Guiv huyendo por el camino. Colocó la silla en el luciente *Rajsh* y dijo a Gorguín:

–Date prisa.

Roham sostenía la rienda del caballo, Tus la armadura y su montura. Éste decía a aquél y aquél a éste: «Deprisa».

Tahamtán, desde su tienda, los oía. Hablando a su propio corazón, se dijo: «Este asunto es tarea del diablo, esta turbación no se debe a sólo una persona».

Con rapidez se puso la vestidura de tigre, se ciñó el cinturón real, montó al caballo y se tragó el camino. Zavareh quedaba como guardia del campamento y de la tropa. Los que acompañaban a Rostam llevaban su estandarte. Él avanzaba beligerante y furioso. Cuando vio a Sohrab, su impresionante cuerpo, su enorme torso,

del *karna*[15]. Aquella tropa de valientes huyó como la cebra ante un león. Kavús se puso triste y exclamó:

–¡De entre tantos paladines, que alguno vaya a avisar a Rostam! Debido a este turco, parece paralizado el cerebro de mis valientes. No tengo jinete capaz de competir con él. Nadie en Irán puede hacerse cargo de este cometido.

Tus fue a dar el mensaje de Kavús y dijo a Rostam cuanto había oído. Éste le dijo:

–Cuando los reyes, súbitamente, me llamaban, a veces era para regalarme tesoros, otras para celebrar una fiesta. De Kavús no puedo esperar otra cosa que los padecimientos de la guerra, nada más.

El héroe ordenó entonces preparar a *Rajsh* y que los jinetes se dispusieran seriamente a combatir. Desde su

[15] Trompa larga empleada en la guerra, véase nota 5.

vencido a numerosas tropas. Muchos diablos han sucumbido combatiendo conmigo. Estuviera donde estuviera, no he conocido derrota. Obsérvame durante la batalla. Si salvas la vida, ya no temerás ni a la ballena. ¿Qué crees que he hecho ya sea en el mar, en las montañas o en el combate contra las tropas de los más esclarecidos turanios? Las estrellas son testigo: por mi heroísmo, el universo entero se somete a mi paso.

Sohrab le dijo:

–Te voy a preguntar algo y la verdad debe ser nuestro pilar. Creo que tú eres Rostam, que eres el descendiente de Narimán.

Pero él le respondió:

–No soy Rostam, descendiente de Sam, hijo de Narimán. No, no lo soy. Él es un gran héroe, yo no soy tanto como él: carezco de trono, de corte y de corona.

como el de Sam, el jinete, le dijo:

–Apartémonos de aquí. En el campo de batalla nos enfrentaremos cara a cara.

Sohrab se frotó las manos y se dirigió al campo, pasando por delante del ejército. Dijo así a Rostam:

–Vayamos juntos. Apartémonos de ambos ejércitos. No necesitamos a nadie de la tropa. En la batalla, tú y yo bastamos. No me detendré mucho en el campo. Tú no soportarás más que un puñetazo mío. Eres alto y tienes enormes hombros y cuello, pero ya están tocados por la edad.

Rostam se fijó en aquel héroe triunfante, en aquellas zarpas suyas, en su alto caballo y en su cuerpo, y le dijo:

–Ten calma, oh joven enardecido. La tierra está seca y fría y las palabras son ardientes y fáciles de expresar. Incluso en la vejez he participado en muchas batallas y

po empapado de sudor y el rostro polvoriento, con la lengua llena de grietas debido a la sed, se detuvieron, el uno lejos del otro, el padre lleno de dolor y el hijo desbordado por el sufrimiento. ¡Oh, Universo, de qué sorprendente modo actúas! Si uno se quiebra y si otro permanece intacto, se debe a ti. De ninguno de ellos se movió el amor, la razón estaba ausente, el amor no desveló su cara. Los animales distinguen a sus crías, ya sea un pez en el mar o una cebra en el campo; el ser humano, en cambio, preso de la codicia, no es capaz de distinguir al hijo del enemigo.

Rostam se decía: «Ni siquiera la ballena se muestra de tal modo en la batalla. El Diablo Blanco quedó humillado ante mí, hoy me siento desesperado por mi heroicidad y un joven con poca experiencia del mundo, sin

como el: carezco de trono, de corte y de corona.

Sohrab quedó desesperado. El rostro blanco del día se había vuelto negro. Con la lanza al hombro, se preparó para la lucha, sorprendido, pues detectaba las señas indicadas por su madre, pero nadie las confirmaba. La batalla estalló en un reducido espacio. Empezaron a luchar con las lanzas cortas, y éstas se destrozaron. Dirigieron luego las riendas hacia la izquierda. Sacaron las espadas indias, de las que ya saltaban chispas. Debido a los golpes, éstas se hicieron pedazos. Los golpes eran tan fuertes como los del día del Juicio final. Entonces cogieron las enormes mazas, y así de cansados quedaron los brazos. Debido a la fuerza, las mazas quedaron dobladas, los veloces caballos agotados y los héroes iracundos. Cayeron las armaduras de los caballos y se rompían las de los héroes. Tanto los caballos como los paladines se detuvieron. Ya no respondían brazos ni garras. Con el cuer-

mazazo en el hombro. Éste, aunque se revolvía de dolor, por valentía no lo mostraba. Sohrab se rió y dijo:

–Oh, jinete, no resistes los golpes de los héroes. En la guerra, tu caballo se comporta como un asno. Las dos manos de su jinete no son válidas aunque tenga la estatura de un ciprés. Pero si el viejo actúa como un joven es necio.

Ambos rivales se dieron la vuelta y se separaron, con el alma y el corazón desbordado de penas. Tahamtán se dirigió hacia donde se hallaba el ejército turanio en pos de guerra, como una pantera, y avanzó hacia el interior, pero aquella enorme masa de combatientes se dispersó.

Sohrab, el héroe, movió la rienda, atacando a los iranios. Embestía contra su tropa a golpe de maza y así acabó con muchos paladines.

La preocupación se apoderó del corazón de Rostam:

hombre entre los héroes y los grandes, me ha dejado hastiado de la vida».

Los dos ejércitos contemplaban la lucha. Cuando descansaron los caballos de ambos hombres, durante un rato libre de pelea y de golpes, prepararon los arcos tanto el viejo como el joven. El uno por su armadura, el otro por su vestidura de tigre hacían vanas a las flechas y sus puntas. En el extremo de su ira se cogieron por la cintura el uno al otro. Tahamtán, que al coger una piedra era capaz de arrancar la montaña, agarró la cintura de Sohrab, intentando de este modo moverlo de la silla del caballo. El joven no lo sintió siquiera. Rostam parecía haber perdido su habilidad. Los dos leones estaban ya hastiados de la lucha, ambos cansados, ambos se movían con lentitud.

De nuevo Sohrab levantó la gran maza, ciñendo al caballo con los muslos, y asestó a Rostam un violento

Rostam contestó:

–El día está ya oscuro. Cuando aparece la espada del que ilumina el universo, en este campo hay un trono y una horca, victoria y derrota. Será el filo de las armas el que delimite el aspecto del mundo. Al alba volveremos con la espada de la guerra y veremos cuáles son los designios del Creador del mundo.

Ambos partieron y el rostro del día se oscureció intensamente, la Rueda del universo estaba perpleja por los hechos de Sohrab. Parecía que el cielo lo hubiera creado para la guerra: galopaba sin parar ni un instante, como si su montura fuera de hierro y él poseyera un temple extraordinario y un cuerpo invulnerable.

Ya era noche oscura cuando llegó junto a su tropa. Llevaba el cuerpo herido por el combate. Dijo a Humán:

–Hoy, desde que el sol salió, aquel jinete valiente llenó

«Sin duda, a Kavús le llegará algún mal por la mano de este joven y diestro turanio, de brillante armadura y fuertes brazos».

Galopando volvió hacia el campamento iranio, movido por este pensamiento que abrumaba su corazón. Contempló a Sohrab en el medio del ejército, vio cómo por su mano el color del agua se tornaba granate.

Rostam, al contemplar esto, se entristeció y lanzó un rugido, como un león furioso. Le dijo:

–Oh, turco, bebedor de sangre, de entre los iranios ¿quién te ha hecho mal? ¿Por qué te comportas perversamente con todos, como un lobo contra un rebaño?

Sohrab le dijo:

–La tropa de Turán no ha tenido la culpa de nuestra lucha. Fuiste tú el que primero fue hacia ellos. Nadie estaba en guerra contigo.

La lucha cuerpo a cuerpo

Por su parte Rostam fue a inspeccionar la tropa. Habló con Guiv y le preguntó:

–¿Cómo actuó hoy Sohrab en la guerra con el ejército?

Guiv dijo al gran héroe:

–Nunca había visto a nadie como él. Enardecido se adentró hasta el corazón de la tropa. De entre todos, fue a enfrentarse con Tus. Éste iba a caballo, lanza en mano. Al ver que Gorguín caía, Tus arremetió. Sohrab entonces, rugiendo como un león airado, le asestó un golpe con una maza doblada. A Tus se le cayó el casco de la cabeza. No resistió y volvió el rostro. Muchos de los héroes estaban presentes en la batalla, pero ningún paladín estaba a su altura. Nadie, excepto Rostam, el héroe de los espa-

el mundo de guerra y agitación. ¿Qué os hizo aquel de enorme cuerpo e impulsos de león?

Le respondió Humán:

–Según la orden del rey, la tropa no se movió de su sitio, era una tarea muy difícil. ¿Quién se atrevería a empezar la batalla? Se acercó el temible guerrero a por este gran ejército, como en plena ebriedad, como si fuera a enfrentarse con un solo hombre.

Dijo Sohrab:

–En este ejército él no ha acabado con ninguno de los héroes y yo he dado muerte a muchos de los iranios, hice barro de la tierra con su sangre. Ya es hora de celebrar un banquete y alejar del corazón la tristeza con el vino.

cios, lo vencerá. Siguiendo la tradición, la tropa no se movió de su lugar, ningún jinete fue a enfrentarse con él. Y él galopaba de derecha a izquierda.

A Rostam le preocuparon estas palabras y fue a presentarse ante el rey Kavús. Kekavús, al verlo, sentó al héroe a su lado y le escuchó. Rostam habló de Sohrab, de su estatura y de su enorme cuerpo. Dijo:

–Nunca se ha visto un muchacho aún adolescente tan heroico y con tal fuerza. Su cabeza roza las estrellas, el volumen de su cuerpo no lo soporta la tierra, sus brazos y sus piernas se dirían de caballo y los supera en anchura. Con la maza, la espada, la flecha y el lazo, con todas las armas, nos hemos enfrentado. Al final me dije que, con anterioridad, yo había hecho saltar a muchos héroes de la silla, así que agarré su cinturón y lo apreté con toda fuerza, quería arrancarlo del caballo, igual que a los otros,

derribarlo, hacerlo caer al suelo. Como si fuera un volcán frente al viento, ese jinete no se movió. Cuando llegue mañana al campo de batalla, lo obligaré a una lucha cuerpo a cuerpo[16], así hallaré una salida. Ése será mi intento. No sé quién saldrá vencedor. Veremos cuál es la voluntad de Dios. Suya es la victoria, la gloria y la fuerza. Él es el Creador de la luna y del sol.

Kavús le dijo:

–Dios purísimo destrozará el corazón de tus enemigos. Yo, esta noche, ante el Creador del universo, rezaré con el rostro en tierra. De Él nos viene la grandeza y el triunfo. Debido a sus órdenes la luna ilumina desde el cielo y lo hará esta vez también. Él satisfará tu deseo y elevará tu nombre hasta el sol.

Rostam respondió:

–Con la luz divina del rey[17] se cumplirán los buenos

aquí la tropa y mi bandera, el trono y mis zapatos dorados. Permanece a punto delante del campamento cuando el sol radiante salga de su escondite. Si logro la victoria, no me detendré ni un instante en el campo de la batalla, pero si mi destino es adverso, no te pongas a ulular ni te enfurezcas o llores. Que ni un alma, entre vosotros[18], siga en este campo, ni se emprenda el camino de la guerra. Todos debéis regresar a Zabolestán. Desde aquí id a presentaros a Dastán. Y tú convence al corazón de nuestra madre de que Dios quiso para mí este destino. Dile que su corazón no debe apenarse por mí, que estar triste no conduce a nada. Dile que nadie en el mundo es eterno y que en la vida no me ha faltado nada: muchos leones, diablos, panteras y ballenas cayeron aniquilados en mis garras. Muchos castillos y murallas he derribado. Nadie ha podido poner su mano sobre la mía. Todo el que mon-

designios.

Luego regresó al campamento, con el espíritu imbuido de pensamientos y la mente en la guerra. Lo recibió Zavareh, el alma herida, y le preguntó por lo acontecido en la batalla.

Rostam empezó por pedirle comida y bebida, apartando de su corazón las preocupaciones. Luego habló así con su hermano:

–Estate atento y sé moderado. Al alba partiré hacia la batalla para enfrentarme con aquel guerrero turco. Trae

[16] *Koshtí* o enfrentamiento cuerpo a cuerpo de dos rivales hasta que uno vence al otro cuando éste cae al suelo. Es el origen de la lucha libre olímpica.

[17] Según la leyenda irania, la legitimidad del monarca dependía de un don divino llamado *Far*. En *El libro de los reyes* hay casos en que por alejarse de este don el rey pierde la legitimidad.

campo de la batalla. Toda amargura se debe a que el hombre ansía más: ¡ay del que entre en tratos con la codicia!

Sohrab, por su parte, pasó la noche con los suyos, entre vino y juglares, pero lanzó una pregunta a Humán. Dijo así:

–Este hombre, semejante a un león, mi adversario en la batalla, de estatura no inferior a la mía, que en la lucha no permite que se aflija su corazón, cuyos hombros, pecho y cuello son como los míos, como si el Pintor hubiera repetido la misma figura, cuya valentía y modo de cabalgar me mueve al amor, hace que la vergüenza domine mi rostro, pues hallo en él las señas a las que mi madre se refería... Pienso esto en mi corazón, imagino que es Rostam. Como él hay pocos en el mundo. ¿No estaré luchando contra mi padre? ¿No me enfrentará esta guerra cara a cara con él?

ta a caballo y se mueve llama sin cesar a la puerta de la muerte. Si la vida durara más de mil años, el final sería el mismo. Cuando hayas convencido a mi madre, di a Dastán que no le dé la espalda al rey, que si el rey decide ir a la guerra, él no se eche atrás, que actúe según el rey ordene. Todos nos encaminamos a la muerte, el joven y el viejo. Nadie en el mundo se ha quedado eternamente.

Pasó así largo rato hablando también de Sohrab, y el resto de la noche entre el sosiego y el sueño.

Cuando el radiante sol asomó la cabeza y la noche, cuervo de negro plumaje, se escondió, Tahamtán se puso la vestidura de tigre, montó su despierto caballo *Rajsh* y colgó en la silla un largo lazo. Con la espada india en la mano y el casco de hierro a la cabeza, entró luego en el

[18] Rostam aquí se refiere a la tropa que le ha acompañado desde Kabul.

el rostro de la ira. Hagamos un compromiso ante el Creador y arrepintámonos de perseguir la guerra. Haz la paz conmigo y que venga otra persona a luchar. Disfruta tú de la vida. En mi corazón hay amor por ti, la vergüenza se asienta en mi cara. De verdad tienes rasgos de Narimán. Revélame tu identidad. Yo imagino que tú eres el hijo de Dastán, que eres el gran héroe Rostam.

Rostam le respondió:

–¡Oh, héroe, de ese trato nunca habíamos hablado! Anoche hablábamos de combatir, no caeré en tu trampa, no lo intentes, no soy un niño. Tú eres joven, y yo vengo preparado para la lucha. La llevaremos a cabo y se acabarán nuestros cometidos. Será lo que decida la voluntad del Creador. He superado enfrentamientos de todo tipo. No soy hombre de hablar, ni de trampas.

Sohrab le dijo:

–Venidas de un anciano, estas palabras no son agra-

Humán le contestó:

–En las guerras he visto varias veces a Rostam. He oído contar lo que en la guerra de Mazandarán hizo este héroe con su gran maza. El caballo de este jinete se parece al de Rostam, pero no tiene su fuerza y su firmeza.

Al alba, con los primeros rayos de sol, los guerreros levantaron la cabeza del sueño. Sohrab se puso la armadura, la mente en el combate y el corazón despreocupado. Rugiendo, se dirigió al campo de batalla, en la mano una enorme maza. Con la sonrisa en los labios preguntó a Rostam, como si hubiera pasado la noche con él:

–¿Qué tal la noche? De día ¿cómo te has levantado? ¿Por qué has puesto el corazón en el combate? Arroja de tus manos la maza y la espada, echa a tierra la guerra y la injusticia. Sentémonos juntos y refresquemos con vino

dables. Mi deseo era que acabaras tu vida en el lecho. Si el destino hace que tu vida esté en mis manos, aceptaremos los designios de Dios.

Bajaron entonces de los caballos de guerra, se acercaron mutuamente atentos, con armaduras y cascos. Y se lanzaron a la lucha. Sangre y sudor empezaron a gotear de sus rostros.

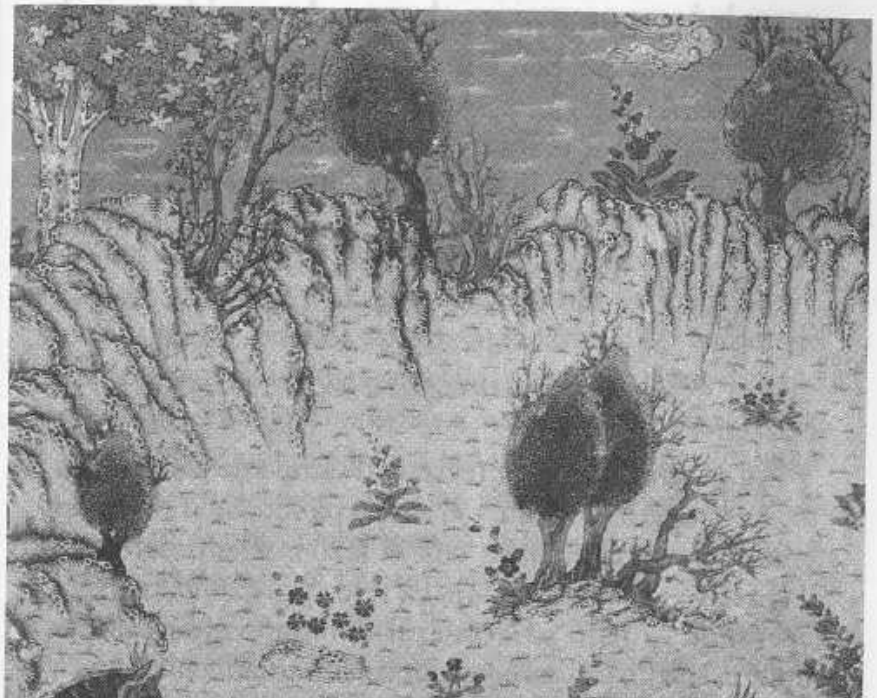
Sohrab parecía un elefante enloquecido, extendió la mano, levantó a Rostam y lo arrojó al suelo, como un león que a la hora de cazar una cebra sólo mover la zarpa acaba con ella.

Se sentó entonces sobre el pecho de Rostam, las manos, la cara y la boca llenos de polvo. Sacó una daga bien afilada e iba a cortarle la cabeza. Rostam lo miró y dijo en voz alta:

–Hay que desvelar un secreto. Según nuestra tradición, éste no es el comportamiento. Nuestra manera es diferente. El que entra en lucha y vence al otro héroe, la primera vez que pone la espalda del rival al suelo, no le corta todavía la cabeza en el combate. Si puede vencerlo de nuevo y derribarlo, entonces merece que le corte la cabeza. Ésta ha sido nuestra tradición desde siempre.

Con esta trampa quería liberarse de las garras del dragón y salvar la vida huyendo de la muerte.

El joven valiente, ante las palabras del viejo, cedió y las consideró aceptables. Su corazón, su poca experiencia y su caballerosidad, sin duda, hicieron que lo soltara aflojando la mano y se fue al campo como el león que deja pasar a una gacela. Empezó a cazar sin que su mente volviera al hombre con el que luchaba. Tras un buen rato, Humán fue a buscarlo raudo como viento y le preguntó por el combate. Sohrab relató a Humán lo sucedi-



do y cuanto Rostam le había dicho.

Humán le replicó:

–¡Ay, joven héroe!, ¿estás harto de la vida? Has soltado al león que tenías atrapado y has dejado la labor sin terminar. Por este vano comportamiento verás qué te sucede en el próximo combate.

Dijo estas palabras movido por el desconcierto ante la reacción de Sohrab, que desencadenó en él el presentimiento de que la vida del héroe se encaminaba hacia su fin. Perplejo, se alejó cabalgando. Fue hasta su campamento con el corazón lleno de furia y penas. ¡Qué bien ha dicho el maestro: «No tengas en poco al enemigo, aunque sea pequeño», pues Rostam, al verse libre de la mano de Sohrab, era ya como una espada de acero. Andando se fue hasta un río, con el impulso de un muerto

que quiere refrescarse el alma. Bebió agua y se lavó la cabeza y el cuerpo. Luego se puso a rezar ante el Creador. Le pidió triunfo y gloria, sin pensar en el papel de la Rueda que hace girar el sol y la luna ni que cuando el cielo de uno toca a su fin se le llevará también la corona.

El enfrentamiento definitivo

De la orilla del agua regresó al campo de batalla, con el corazón doliente y el rostro pálido. Sohrab, como enloquecido, cabalgaba con el lazo colgado del codo y el arco en la mano. Galopaba veloz y gritando, tras una cebra. Su caballo parecía arar el mundo entero. Rostam, perplejo, calibraba el nuevo enfrentamiento con él.

bajo, sacó la espada corta de su cintura y rasgó el costado del joven de sensible corazón. Sohrab se volvió entonces lanzando un suspiro –ajeno ya al pensamiento del bien y del mal– y dijo a Rostam:

–He llegado a esto por mí mismo. Dejé la llave de mi tiempo en tus manos. Tú, de espalda encorvada, no tienes culpa. Me has arrojado a tierra y, veloz, me has dado muerte. Los de mi edad están jugando en los campos. Ahora mi cuerpo está vencido, en la tierra. Mi madre me habló de mi padre y su amor llenó toda mi alma. Tú, por tener sed de sangre, manchaste esta espada afilada. Desde ahora, el Tiempo tendrá ya sed de tu sangre y cada pelo de tu cuerpo será para ti como una daga. Desde ahora, si como un pez te sumerges en el agua, si como la noche te apoderas de toda la negrura, si como una estrella te instalas en el cielo, si limpias la tierra de toda huella tuya, mi padre ejecutará en ti su venganza. Cuando vea mi cuerpo en la tierra, de entre tantos héro-

Sohrab, el valiente, al verlo, se exaltó ante su aire de juventud y le dijo:

–¡Oh, tú, liberado de la garra del león, te salvaste de la herida de la fiera!

El siniestro destino se puso en marcha. Y de nuevo ataron los caballos y se entregaron a la lucha cuerpo a cuerpo, agarrando las cinturas el uno del otro. Cuando la fortuna es perversa, se enfurece: hace cera de la piedra volcánica.

Al victorioso Sohrab, de tan poderosos brazos, parecía que su alto cielo se acabara. El triste Rostam extendió la mano y alcanzó aquel cuello y aquel pecho de pantera combativa. Dobló la espalda del joven valiente, al que había llegado la hora: la fuerza le fallaba. Rostam, enfurecido, lo arrojó al suelo, sabiendo que no quedaría de-

herida por mi marcha. Entonces me ató al brazo un brazalete diciendo que era el recuerdo de mi padre y que lo conservara mientras lo necesitara. Ahora, en este momento, ya resulta vano. El hijo está derrotado ante su padre. La madre, clarividente, envió también conmigo a un paladín[19] para que me mostrara a mi padre, para que me advirtiera ante cualquier situación confusa. En el momento en que le quitaron la vida a aquel héroe renombrado mi día llegó a su fin. Ahora abre mi armadura y fíjate en mi tierno cuerpo.

Así lo hizo Rostam y, al abrir la armadura, vio el brazalete, y se rasgó las vestiduras, y, diciendo: «Te he dado muerte con mis manos, ¡oh, valiente y alabado en todo el mundo!», derramaba lágrimas de sangre y se arrancaba los cabellos, la cabeza llena de tierra y la cara empapada.

Sohrab le dijo:

ve mi señal ante Rostam y le dará la noticia de que Sohrab ha caído humillado. Entonces él irá en tu busca.

Al oír estas palabras, la cabeza de Rostam empezó a dar vueltas y todo el universo se oscureció a sus ojos. Luego, tras recobrarse, entre gemidos y alaridos le preguntó:

–¿Qué señal de Rostam tienes? ¡Que su nombre desaparezca del mundo!

Sohrab le dijo:

–Veo que tú eres Rostam. Me has dado muerte por ser obstinado y de mal humor. De muchos modos te he dado pistas y tu amor no ha hecho ningún gesto. Cuando se oyó el sonido de los tambores de guerra, mi madre, con el rostro enrojecido, se acercó a mí. Tenía el alma

Se levantó un rugido por el ejército. Todos y cada uno de los luchadores gritaban enardecidos. Kavús mandó tocar trompas y tambores, y llamar a Tus, el adalid, y le dijo:

–Dirígete desde aquí al campo de batalla. Recorredlo todo cabalgando en busca de Sohrab. Nos toca ya llorar por Irán. Tras la muerte de Rostam, ¿quién de entre los nuestros será capaz de competir con él? Es necesario que arremetamos contra él todos juntos a un tiempo: la lucha cuerpo a cuerpo, con este héroe, resulta vana.

Cuando el clamor de la tropa se extendió, Sohrab dijo todavía a Tahamtán:

–Puesto que mi hora ha llegado, la suerte de los turanios está echada. Sé benévolo con ellos, haz que el rey no mande la tropa a hacerles frente. Ellos se lanzaron a combatir por mí, se acercaron al territorio de Irán por mí. Yo les había prometido mejores días, les había abierto las puertas de la esperanza. No deben sufrir por este motivo.

–Lo que estás haciendo es peor. No hay que llorar de este modo. ¿De qué te serviría matarte a ti mismo? Sucedió así porque tenía que suceder.

Cuando el sol radiante abandonó la cúpula celeste, Tahamtán no se dirigió hacia donde estaba la tropa desde el campo de la batalla. Algunos jinetes, inquietos, fueron al campo para enterarse de lo sucedido. Allí encontraron dos caballos en pie –Rostam estaba lejos y lleno de polvo–. Al no ver al héroe de cuerpo poderoso como un elefante, los jinetes se preocuparon. Pensaron que había muerto. Entonces, enloquecidos, aquellos célebres caballeros galoparon para llevar la noticia a Kavús: «El trono real ha perdido a Rostam. Su lugar ha quedado vacío».

[19] Se refiere a Zanderazam, que fue asesinado por Rostam de noche.

Mirálos con benevolencia.

De un salto, Rostam montó en su caballo, aún con la cara ensangrentada y con suspiros y lamentos en los labios, y llegó rugiendo ante la tropa, arrepentido de lo que había hecho. Los iranios, al ver su cara, se prosternaron, tocaron el suelo con el rostro y alabaron al Creador. Rostam había vuelto vivo del combate. Mas cuando vieron que se había echado tierra en la cabeza y desgarrado las vestiduras, cuando se apercibieron del cansancio de su cuerpo, le preguntaron por la causa, ¿a qué se debía aquel aspecto?, ¿por qué la tristeza anidaba en su corazón?

El héroe relató lo acontecido, y cómo él había causado el mal supremo a su ser más querido. Todos lo rodearon entre lamentos, y la tierra se llenó de aquel clamor y el cielo de piedad.

Dijo entonces Rostam a los paladines:

–Desde hoy, siento que carezco de corazón y hasta de cuerpo. Que ninguno de vosotros vaya a querellarse contra los turcos. Es suficiente, por hoy, el daño que yo he causado.

De inmediato, el héroe regresó junto a su hijo herido. Los más grandes, Tus, Gudarz y Gostaham, lo acompañaron. El ejército entero empezó a orar por el joven y honrado héroe: «¡Que Dios ponga remedio! ¡Que Dios haga que esta situación tenga buen fin!».

Rostam sacó la daga con la intención de separar su propia cabeza del cuerpo. Los demás valientes se le echaron encima, sus pestañas derramando lágrimas de sangre. Gudarz le dijo:

–¿De qué sirve ahora nada, aunque destruyas el mundo entero? Si te causas mil heridas, ¿qué beneficio obtiene el honrado Sohrab? Si él permanece vivo en el mundo,

tesoro, que cura a los más malheridos, con una copa de vino, y pluguiera a Dios que, para vuestra suerte, él mejorara de modo que, como yo, pudiera estar a vuestro servicio».

Gudarz, raudo como el viento, se presentó ante Kavús y le comunicó el mensaje. Dijo Kavús:

–Entre todos los valientes, ¿quién sería más honrado que Rostam? Pero, de cumplirse esto, se reforzaría y, sin duda, acabaría conmigo. Si un día puede tratarme con maldad, merece mal tratamiento. Él ya no cabría en todo el universo, con tal fuerza, gloria y altura. ¿No oíste que Rostam dijo: «¿Quién es Kavús? Ni el rey, ni Tus son nadie». ¿Cómo va a servir al trono? ¿Cómo será súbdito mío y cumplirá mis órdenes?

Al oír estas palabras, Gudarz regresó a toda prisa y llegó enseguida ante Rostam. Le comunicó la mala conducta del rey, que, como un vigoroso árbol de guerra daba

quédate con él y olvida el sufrimiento; pero si este joven abandona el mundo, ten en cuenta que aquí todos somos presa para la muerte, tanto la cabeza que lleva corona como la que lleva casco. ¿Quién es eterno en este universo?

Entonces dijo el héroe a Gudarz:

–¡Oh, clarividente, ve y lleva un mensaje de mi parte a Kavús. Cuéntale lo acontecido, que he quebrado el costado de mi valiente hijo. ¡Que Rostam abandone la vida! Dile: «Si recordáis cuántas hazañas he llevado a cabo con éxito por vos, haced algo para sanar mi corazón. Enviadme deprisa aquel remedio de vida[20] que hay en vuestro

[20] El rey tenía un medicamento que podía remediar los mayores males y salvar la vida de los que se encontraban gravemente heridos. En *El libro de los reyes* sólo en esta parte se menciona dicho remedio.

a cada momento nuevos frutos, provocaba nuevas situaciones de pugna. Dijo:

–Debes ir tú ante él e iluminar su oscura alma.

Rostam ordenó entonces a un escudero que tendiera una capa a la orilla del río y dejó en ella al joven traspuesto. Partió luego a ver al rey, pero sólo emprender el camino y alguien corrió tras él para comunicarle que Sohrab ya había abandonado el ancho mundo. Dijo:

–De ti espera sólo el ataúd, no el palacio. Te llamó y, luego, con un suspiro helado, gimió y sus pestañas se cerraron.

Rostam bajó al punto del caballo y echó tierra en su cabeza. Llorando, decía:

–¡Ay, joven guerrero, honrado descendiente de héroes, el sol no volverá a ver a alguien como tú, ni tampoco la

Nozar y el reino de Turán 89
Zal entierra a su padre 92
Horas oscuras 96
La derrota de Nozar 101
Una cueva en Sari 107
Años de paz y sequía 111
El reinado de Gharshasb 114
El caballo Rajsh 116
El reinado de Ghobad 124
Unos años de paz 128
Un diablo bajo disfraz de juglar 133
La codicia de Kavús 137
Vestidura de tigre 144
Victoria de Rajsh sobre el león 147
Un dragón en la oscuridad 151
El encuentro con Olad 153

III. Sohrab

Rajsh desaparece 217
Tahmineh 220
Hojir 224
Gordafarid 227
Intercambio de cartas 231
Kavús se enoja con Rostam 234
La Fortaleza Blanca 238
Las evasivas de Hojir 244
Rostam se hurta 250
La lucha cuerpo a cuerpo 257
El enfrentamiento definitivo 264

Arjang 159
El Diablo Blanco 162
Un árbol como una lanza 166
El ejército de Mazandarán 171
La recompensa de Olad 175
Kavús combate de nuevo 180
Sudabeh 183
El banquete de la traición 185
El rescate de Kavús 191
La ira de Afrasiab 195
Kavús aspira al trono celeste 199
Aventura en el coto 205
Alkus 210